



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

2 G985 T838G LAC

2



**THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS**

G985
T838g



CALL NO.

G985

~~L782g~~

T838g

APR 30 1950

TO BIND PREP.

DATE 6 Apr 50

NEW BINDING [X]

REBINDING []

REGULAR [X]

RUSH []

LACED-ON []

BUCKRAM [X]

SPECIAL PAM. []

AUTHOR AND TITLE

~~Leayza~~

Tupac-Amaru

Genealogía de Tupac Amaru.

CATALOGUER Wilson

RETURN BOOK TO L A

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER []

STUB FOR: T.-P. AND I. []

LACKING NOS. []

SPECIAL BOOKPLATE []

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Bern

**LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS
DE HISTORIA AMERICANA**

Serie I

Tomo X

**GENEALOGIA DE
TUPAC AMARU**

Por JOSE GABRIEL TUPAC AMARU

(Documento inédito del año de 1777)

CAUSAS DE LA SUBLEVACION INDIGENA

Por el Deán ANTONIO GONZALEZ PAVON

(Documento inédito del año de 1788)

DAÑOS QUE SE HACEN A LOS INDIOS

Por el Licenciado FRANCISCO FALCON

(Códice del Siglo XVI)

Arreglo, introducción, notas y comentarios de

FRANCISCO A. LOAYZA

LIMA

1946

PERU

LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS DE HISTORIA AMERICANA

TOMOS PUBLICADOS

- I—Cuarenta Años de Cautiverio (Año de 1780) 2ª edición.**
- II—Juan Santos, el Invencible (Año de 1742).**
- III—La Verdad Desnuda (Año de 1781).**
- IV—Las Crónicas de los Molinas (Año de 1553).**
- V—El Estado del Perú (Año de 1784).**
- VI—Cahuipe no existió (Año de 1536).**
- VII—Los Héroes de la Isla del Gallo (Año de 1532).**
- VIII—Las Costumbres Antiguas del Perú, por el Padre Blas Valera (Año de 1590).**
- IX—Heroínas y Mártires (Año de 1781).**

PARA PUBLICARSE

- X—Historia de los Inkas, por Fray Martín de Morúa (Año de 1609).**
- XI—Fray Calixto Túpac Amaru (Año de 1740).**
- XII—Los Kataris Insurgentes (Año de 1781).**

GENEALOGIA DE TUPAC AMARU

**LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS
DE HISTORIA AMERICANA**

Serie I

Tomo X

**GENEALOGIA DE
TUPAC AMARU**

Por JOSE GABRIEL TUPAC AMARU
(Documento inédito del año de 1777)

CAUSAS DE LA SUBLEVACION INDIGENA
Por el Deán ANTONIO GONZALEZ PAVON
(Documento inédito del año de 1788)

DAÑOS QUE SE HACEN A LOS INDIOS
Por el Licenciado FRANCISCO FALCON
(Códice del Siglo XVI)

Arreglo, introducción, notas y comentarios de
FRANCISCO A. LOAYZA

LIMA

1946

PERU

PROPIEDAD RESERVADA

INTRODUCCION

Venciendo obstáculos, pero sin desalientos, hemos llegado al Tomo X de nuestra Colección (**Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana**) y que ahora entregamos al público. Este Tomo X es integrado por tres documentos antiguos, oficiales y que son los siguientes:

1º) "**Genealogía de Túpac Amaru**". Este valiosísimo códice (de 108 páginas manuscritas) es una petición que presentó José Gabriel Túpac Amaru a la Real Audiencia de Lima, en el año de 1777, en donde extracta y resume más de 500 páginas del expediente que siguió, con probanzas auténticas, que demostraban, brillantemente, su ascendencia directa del último soberano del Imperio de los Inkas, y los privilegios que por tal motivo le correspondían.

Aparte de la luminosidad jurídica de este valiosísimo alegato, que ponemos en manos de nuestros lectores, encierran sus páginas la más completa genealogía de José Gabriel Túpac Amaru, el Precursor y Gran Caudillo de nuestra Independencia.

Creemos no equivocarnos al afirmar que José Gabriel Túpac Amaru en la prosecución de este largo proceso, perseguía algo más que el reconocimiento de sus derechos al cacicazgo y gobernación de la provincia de Tinta, que por reales cédulas la Corona de España concedió a él y a sus inmediatos antecesores. La fina-

606264

Shurraga 1.86 L.A.

FEB 23 1950

lidad era de mayor trascendencia. Túpac Amaru perseguía **in pectore** dar el barniz oficial a su genealogía auténtica. Previsor, cauto y legalista quería instrumentos legítimos, títulos saneados para (si lograba quebrar el yugo español) restaurar y ocupar el trono imperial de sus antepasados. Infelizmente la victoria se puso al lado de los conquistadores, en la gloriosa Revolución de 1780.

Esta **"Genealogía"** que ha permanecido, hasta ahora, absolutamente inédita se halla en el Archivo General de Indios de Sevilla, en la Sección Audiencia de Lima, y en el Legajo N^o 1619. Y fué foto-copiado para nosotros en el año de 1935.

En el año de 1788 vuelve a presentarse a la Audiencia de Lima José Gabriel Túpac, para que ésta declare "por bastante y cumplidas las pruebas" que él tiene presentadas sobre su ascendencia. Este documento es, en volumen, como la décima parte de la anterior presentación, y repite en extracto algunos puntos de ésta. La publicó Rómulo Cúneo Vidal en "El Comercio" de Lima, edición de la tarde, del día 26 de abril de 1922, con notables errores en los patronímicos. Posteriormente, con iguales errores, lo ha reproducido el Doctor Carlos Valcárcel en el "Boletín de la Universidad Mayor de San Marcos" de Lima, en Diciembre de 1944. Y nosotros, para mayor conocimiento de nuestra Historia, lo insertamos en el presente libro, en apéndice aparte, al final, con las correcciones correspondientes.

2^o) **"Causas de la Sublevación Indígena"**. Este es un informe de capital importancia para quien quiera conocer o escribir la historia de la Revolución Libertadora que incendió José Gabriel Túpac Amaru en el año de 1780. En este documento se encuentra el ambiente pre-

ciso de la época, poniendo en claro todas las irregularidades del clero y los inauditos crímenes de los españoles contra los indios. Esta información escrita en Madrid por el Deán de la Catedral de La Paz, Antonio González Pavón, y dirigida al Arzobispo Fray Joaquín de Cleta, Confesor de Su Majestad Carlos III, prueba indirectamente que las decantadas Leyes de Indias, en favor de los pueblos conquistados, eran meramente "papeles pintados" en manos de las autoridades que, a trochemoche, disparaba España contra las infelices colonias de América. Esas autoridades, hipócritamente, veneraban las tales leyes; pero, descaradamente, las incumplían.

Y estas atrocidades administrativas se conocían sobradamente por el Monarca de España y todos sus satélites; pues así, igual que este informe del Deán González Pavón, llegaban otros muchos a la Corte, en donde jamás se inquietaron en aplicar algún remedio, durante cerca de tres siglos de esclavitud impuesta a los americanos, como lo demuestra ampliamente González Pavón con su verbo valiente, acusador, admonitivo.

3º) "**Daños que se hacen a los indios**". Con un notable documento del Licenciado español Francisco Falcón, completamos el Tomo X de nuestra Colección.

En su notable "Diccionario Histórico-Biográfico" Manuel de Mendiburu nos da estos datos del Licenciado Falcón: "Abogado residente en Lima, a fines del siglo XVI, hombre de extraordinaria energía, defensor ardiente de los indios, y con un valor superior para arrostrar los odios de los conquistadores y encomenderos. Escribió una representación revestida de muchos fundamentos, citando hechos incuestionables de las injusticias, opresión y robos que se hacían a los indios. Todos estos agravios los puso de manifiesto con mu-

TXU

cha libertad y dureza al Concilio Limense de 1582, presidido por Santo Toribio, para que se dictasen serias providencias de remedio, y se reprimiesen de una manera firme aquellos detestables excesos. Falcón tenía poderes de diferentes comunidades de indios de las provincias del Perú, y argumentó sin cansarse en apoyo de sus aserciones”.

Los documentos de Falcón existen, originales, en la Biblioteca Nacional de Madrid (J. 89).

En fin, esperamos que este nuestro Tomo X merezca el beneplácito de nuestros generosos lectores, beneplácito que nos llenará de valor para continuar esta nuestra labor difícil a la que estamos fuertemente adheridos, con las postúmeras energías de la nuestra, todavía, inquieta ancianidad, que ya lleva a costas setenta y tres años.

1946

J. H. Loayza

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

MUY PODEROSO SEÑOR:

Don José (Gabriel) Túpac Amaro, Cacique y Gobernador de los pueblos de Surimana, Tungasuca y Pampamarca, en la provincia de Tinta; en los autos con Don Diego Felipe Betancur sobre la descendencia de Don Felipe Túpac Amaro, último **Inca** (1), Señor del Perú, que falsamente se atribuye y lo demás deducido, alegando de bien probado, digo: que de justicia se ha de servir Vuestra Alteza declarar por bastantes y cumplidas las pruebas y calificaciones de la descendencia de dicho Don Felipe, de sucesión en sucesión, hasta mi persona; y que el citado Don Diego Felipe Betancur no es descendiente del citado Don Felipe Túpac Amaro, declarando por falsos los instrumentos, en virtud de los cuales con obrepción y subrepción ha obtenido los privilegios y declaraciones de este Superior Gobierno, en perjuicio de los verdaderos sucesores, imponiéndole las penas de falsarios, lo que es conforme a Derecho.

Es la verdad de tal privilegio que, aunque la insidia, la cavilación y el orgullo de los hombres intenten confundirla, siempre resulta al fin en su esclarecimiento

(1) No es demás repetir, aquí, lo dicho en notas anteriores de esta Colección, que la palabra **kechwa** "Inka" (Inca) era título que se daba, en el Imperio Tawantinsuyo, al Emperador. También este título, generalizando, se daba a todos los del linaje del Inka por los primeros historiadores de la Conquista. (F.A.L.)

que ella misma se funda. Sucede esto puntualmente en el caso en cuestión; ha querido Don Diego Felipe Betancur ser descendiente de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca, Señor del Perú, levantándole un falso testimonio a la naturaleza, que ni quiso darle este privilegio ni esta suerte; y es preciso que esta falsa indicción le salte a la cara, en circunstancias en que un verdadero interesado le disputa, le contradice y le niega esa descendencia. Yo y mis mayores le hubiéramos hecho esta misma repulsa, si con éstos se hubiese sustanciado la pretensión de Doña Manuela Túpac Amaro, en la falsa información que dió el año de seiscientos ochenta y tres, y le hubiera yo contradicho la provisión superior de fuero y privilegios, que subrepticamente obtuvo el año de mil setecientos sesenta y cinco, confirmatoria de la que con la misma obrepción y subrepción, logró Doña Manuela, su madre, el año de seiscientos noventa y uno, fundados en unos falsos instrumentos, que se hicieron pasar por verdaderos.

Los autos están ya en cuatro cuadernos abultados que componen más de quinientas fojas (2) que no le parecerán muchas al que viere que en ellos se ponen testimonios hasta de las historias impresas, y a los que vieren los escritos de Don Vicente José García, que después de las impertinencias que comprenden, necesitan de mucho papel y de mucha tinta para sólo estampar su firma. Pero sus mismos efugios, sus mismas incubaciones y sus mismos artificios han de hacer en mucha parte mi defensa, y han de manifestar la debilidad y aún la desesperación de sus derechos, por la nimia diligencia con

(2) Hemos buscado, cotidianamente durante tres años, en el Archivo General de Indias de Sevilla "los cuatro cuadernos que componen más de quinientas fojas" citados en este alegato, que los resume y comprende a todos, sin lograr encontrarlos, desgraciadamente. (F.A.L.)

que se ha procurado probar lo que no se duda, dejando en descubierto el punto principal que se le niega.

Yo pudiera, conforme a la Doctrina de los autores y a las expresas reales decisiones, redargüir de falsos los instrumentos contrarios, para que como asunto previo y prejudicial se procediese criminalmente hasta su punición y su escarmiento, sobreseyéndose en la causa civil; pero porque ésta está ya adelantada, y pudiera atribuirse a debilidad de mis acciones, omito este recurso. De otra suerte probada, probada previamente esa falsedad, se acababan los instrumentos y los principios, de que la parte contraria deduce esa figurada descendencia de Don Felipe Túpac Amaro, y por consiguiente la disputa que sobre ella se versa, sería inoficiosa e inútil; pero la sabia integridad de Vuestra Alteza, que tanto cela el cumplimiento de las leyes, las hará efectivas en la punición de las falsedades que contienen dichos instrumentos, como lo protesto demostrar.

Siguiendo el orden de este alegato, fundaré con documentos de indubitada fe, por su antigüedad y circunstancias, que soy descendiente, de sucesión en sucesión, de Don Felipe Túpac Amaro, Inca; y fundaré que no lo es ni lo puede ser dicho Don Diego Betancur por la falsedad de sus instrumentos y por las incontestables razones, que de ellos mismos se deducen incompatibles con su misma materia y con sus mismas intenciones, que son las dos partes en que se divide este alegato.

En cuanto a la primera encontrará Vuestra Alteza probada mi descendencia y entroncamiento con el citado Don Felipe Túpac Amaro, Inca, último Señor de estos Reinos. Por el instrumento que corre testimoniado a fojas una, cuaderno cuarto, consta que Francisco de Vilela, Protector de los naturales de la ciudad del Cuzco, se presentó ante aquel Corregidor Don Pedro de Córdova y Mejía del Orden de Santiago, en nombre de

la **Coya** (3) Doña Juana Pilcohuaco, mujer legítima de Don Diego Felipe Condorcanqui, pidiendo se le recibiese información de ser dicha **Coya** Doña Juana, hija natural del Inca último Don Felipe Túpac Amaro, nieta de Manco, Inca, y bisnieta de Huayna Cápac, Señores que fueron de estos Reinos; y por consiguiente, prima hermana de Doña Beatriz Clara, Coya, y prima segunda de Doña María de Loyola y de Don Melchor Carlos.

Expresa que por haber hecho degollar a dicho Don Felipe, el Excelentísimo Señor Don Francisco de Toledo, había quedado dicha Doña Juana Pilcohuaco en casa de Doña Teresa de Ordóñez, por orden de dicho Señor Excelentísimo; que había quedado muy niña y pobre, por no habérsele dejado cosa alguna a dicho Don Felipe, su padre, cuando le prendieron; y que habiendo ocurrido al Excelentísimo Señor Marqués de Cañete, sobre que le diese una limosna para ayuda de tomar estado, o le hiciese merced de cincuenta fanegadas de las tierras que fueron del Inca, en los contornos del Cuzco, se mandó por decreto de diez y nueve de Octubre de mil quinientos noventa y dos, que diese información de ser hija legítima o natural del citado Inca Don Felipe Túpac Amaro; y que estando ya casada con Don Diego Felipe Condorcanque, con cinco hijos, tenía necesidad de dar dicha información, para lo que presenta interrogatorio con inserción del árbol genealógico de los Incas sus ascendientes.

Mandósele recibir dicha información por el citado Corregidor el año de mil seiscientos nueve, la que dió con doce testigos, todos de vista, conocimiento y ciencia cierta, según parece de dicha información, que corre de fojas siete vuelta, cuaderno cuarto, examinados al tenor del interrogatorio que corre de fojas dos vuelta.

(3) El vocablo **kechwa** "Koya" (Coya) significa Reina. (F.A.L.)

En ellos reconocerá Vuestra Alteza la certidumbre con teste con que proceden. Todos son testigos de excepción, españoles, caciques y principales, descendientes de los mismos Incas, que para el caso son más fidedignos; porque como interesados tuvieron más inmediato motivo para averiguar la sucesión de aquel tronco y de aquella Real familia de que ellos descendían; y nadie ignora cuán celosos son estos descendientes en no permitir que otro alguno se introduzca en su ilustre prosapia, a menos que a ellos les conste de ciencia cierta, o de segura tradición la descendencia de aquella estirpe, que es el estímulo que a mí me impele hoy a contradecir la que Don Diego Felipe Betancur falsamente se atribuye.

Todos los testigos de esta información, principalmente a la segunda, tercera y cuarta pregunta, afirman que Doña Juana Pilcohuaco fué hija natural de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca del Perú y sucesor de los Reyes y Emperadores que dominaron estos Reinos. Asientan que cuando de orden del Excelentísimo Señor Don Francisco de Toledo, trajeron preso a dicho Don Felipe a la ciudad del Cuzco, de la provincia de Vilcabamba, trajeron también en su compañía a dicha Doña Juana y a otra hermana suya de tierna edad, sus hijas naturales que por tales las crió, trató y reconoció; y algunos añaden que las traían cargadas los indios, y es cosa natural, siendo como eran hijas de su Inca. Asientan que vieron degollar a dicho Don Felipe en la plaza del Cuzco en un cadalso que para ello se formó; y que de orden de dicho Excelentísimo Señor, fué depositada dicha Doña Juana, como hija del citado Don Felipe Túpac Amaro, en casa de Doña Teresa Ordóñez, como persona principal, para que la criase, siendo de todos habida y reputada por hija natural de dicho Inca Túpac Amaro.

No tenemos que tratar de la ascendencia de éste, porque es principio cierto y estamos convenidos en que fué hijo de Manco Inca y nieto de Huayna Cápac, etcétera. Y así lo dicen las Historias, y lo califican las tradiciones. El punto en cuestión es el de la descendencia de dicho Don Felipe Túpac Amaro. Y ya tenemos probado, en dicha información, que Doña Juana Pilcohuaco fué su hija natural, sobre que a más de los testigos españoles de vista y ciencia cierta, es muy recomendable Don Tristán de Silva, que a la primera pregunta dice: que conoció a Doña Juana Pilcohuaco desde muchacha, que conoció al Inca Don Felipe Túpac Amaro, y que le vió cortar la cabeza en la ciudad del Cuzco, por mandado del Señor Virrey Don Francisco de Toledo; a la segunda (pregunta) asienta que tiene por hija natural de dicho Inca Túpac Amaro a la expresada Doña Juana Pilcohuaco, porque cuando lo trajeron preso de la provincia de Vilcabamba, vió el testigo que entre otras hijas niñas, que con el dicho su padre trajeron, fué una de ellas la dicha Doña Juana; y como tal su hija, fué habida y tenuta entre todos los incas naturales de aquella Ciudad. A la tercera pregunta dice. el testigo que sabe y vió que la dicha Doña Juana Pilcohuaco (después de haber cortado la cabeza a Don Felipe Túpac Amaro Inca, por mandado del Excelentísimo Señor Toledo) llevaron a la expresada Doña Juana, de su orden, a Doña Teresa Ordóñez, madre del testigo, para que en su casa como principal se criase; y que después que murió Doña Teresa, su madre, vió que Doña Juana quedó en poder y casa de Doña Feliciano de Silva, hermana del testigo, mujer del Capitán Francisco de Grado; y supo se había casado en la provincia de Canas y Canchis, porque la dicha Doña Feliciano, por muerte de su primer marido, se casó con Don Manuel Criado de Castilla, que fué Corregidor de dicha Provincia. A la

T1U

cuarta pregunta afirma que no sabe que hubiese quedado al presente otro hijo ni hija del Inca Túpac Amaro, sino es la expresada Doña Juana Pilcohuaco; porque otra hermana suya llamada Doña Isabel, a quien el testigo conoció en los Aymaraes, era muerta muchos años ha, la cual así mismo fué notorio haber sido hija del dicho Inca Túpac Amaro.

Parece que no puede dudarse de la fe de este testigo, que da razón de lo que vió y de lo que supo, con la circunstancia de ser hijo de Doña Teresa Ordóñez, y hermano de Doña Feliciano Silva, que sucesivamente criaron y tuvieron en su casa a dicha Doña Juana Pilcohuaco. De este modo, con esta distinción y con esta claridad de vista y ciencia cierta, proceden los demás testigos a afirmar que Doña Juana fué hija natural del último Inca, Don Felipe Túpac Amaro, en una información dada en los tiempos inmediatos a la degollación de aquel Inca; y en que por el mismo caso de ser particular y memorable el suceso, se tenían frescas y presentes todas las circunstancias de dicho Inca, su padre, y providencias que se tomaron por el Excelentísimo Señor Toledo para la crianza de su hijas Infantas.

Es la prueba más concluyente que se puede dar, por la calidad recomendable de los testigos, por el tiempo y por la naturaleza de sus mismas deposiciones, todas afirmativas de vista y ciencia cierta. A la verdad que en las pruebas de genealogías y descendencias, no se puede dar otra más relevante, cuando en sentir de los Autores, aunque no basta el vano rumor, es suficiente la fama pública y las deposiciones debidas en hechos de este género, que regularmente exceden la memoria de los hombres, no habiendo cosa en contrario.

Concluída esta información, dada ante un Corregidor distinguido y ejecutoriado, en que se califica la filiación de dicha Doña Juana Pilcohuaco, plenísimamente,

y también la noble stirpe de Don Diego Felipe Condorcanqui, con su marido, se presentó a su nombre el Protector Francisco de Vilela, pidiendo testimonio de ella, para ocurrir al Superior Gobierno a pedir renta y tierras para mantenerse con sus hijos, conforme a la calidad de sus personas tan principales y descendientes del Inca, cuyo testimonio se le mandó dar por dicho Corregidor para el fin expresado; pero vamos, de grado en grado, confirmando la filiación de dicha Doña Juana Pilcohuaco.

Ocurrió ésta con dicha información al Excelentísimo Señor Príncipe de Esquilache, Virrey que fué de estos Reinos, pidiendo que respecto de constar ser hija del Inca Don Felipe Túpac Amaro, y haberle quedado cinco hijos del matrimonio que contrajo con Don Diego Felipe Condorcanqui, a saber: Don Miguel, Don Felipe y Don Blas Túpac Amaro y Doña Agueda Pilcohuaco, se le señalase renta y tierras, y se declarase a favor de dichos su hijos y descendientes las extensiones concedidas a otros descendientes de los Incas, que no eran tan inmediatos ni por línea tan recta, como lo era ella y sus hijos, para que éstos fuesen reservados de servicios personales, tasas y otras cargas, a que estaban obligados los demás indios comunes y **atunrunas** (4).

En vista de esta representación e información, hecha por Don Pedro de Córdoba Mejía, Caballero del Orden de Santiago, Corregidor del Cuzco, declaró dicho Señor Excelentísimo a la expresada Doña Juana Pilcohuaco por nieta de Manco Inca, e hija natural de Don Felipe Túpac Amaro, Inca; y que como tal ella y sus hijos debían gozar de las excepciones que Su Majestad manda por sus reales Cédulas, dadas en favor de los hijos y des-

(4) **Atunruna**, o mejor escrito, **hatunruna** quiere decir: persona notable, principal. (F.A.L.)

cendientes de los Incas; en cuya conformidad manda se le guarden a Doña Juana y a sus hijos todas sus excepciones, y que sean honrados y respetados conforme a su calidad, mandando así mismo a los Corregidores del Cuzco y provincia de los Canes y Canchis que de las tierras baldías de su Distrito, y que hubiesen sido del Inca, de sus **mamaconas**, u otras que fuesen sin perjuicio de indios, informasen el número de sus fanegadas que pudiesen dar a dicha Doña Juana y sus hijos, y las que hubiese menester, según todo más largamente consta de la Superior Provisión de fojas sesenta y seis, cuaderno cuarto, expedida por dicho Señor Excelentísimo Príncipe de Esquilache, en veinte de Setiembre de mil seiscientos diez y ocho años. Con que ya Doña Juana y sus hijos, que expresamente nombra, son declarados, el año de mil seiscientos diez y ocho, por hijos y descendientes del dicho Inca Túpac Amaro en el modo referido.

El mismo Señor Excelentísimo Príncipe de Esquilache en Provisión librada, con fecha en los Reyes a veinte y cinco de Junio de (mil) seiscientos diez y nueve, a pedimento de la expresada Doña Juana Pilcohuaco, le hace merced de dos indios para su servicio y el de Doña Agueda Pilcohuaco, su hija, según parece a fojas ochenta, dicho cuaderno cuarto.

Por la Superior Provisión de fojas setenta, en que se insertan otras expedidas a favor de Doña Juana, para que se la señalasen tierras, manda el Excelentísimo Señor Conde de Chinchón, con fecha de diez y seis de Setiembre de (mil) seiscientos treinta y cinco, que dicha Doña Juana use de la posesión que se le había dado de dichas tierras, sin que fuere despojada de ellas, sin primero ser oída, y por fuero y derecho vencida. El mismo Señor Excelentísimo había librado otras providencias, que son las mismas que en ésta se insertan, con

otra librada al mismo fin de repartirle tierras a Don Diego Felipe Condorcanque por el Excelentísimo Señor Don Luis de Velasco, en veinte y cinco de Enero de mil seiscientos dos, en fuerza de las cuales se le repartieron dichas tierras, de que se le dió posesión por el Corregidor de Canes y Canchis, que es la que se confirma por dicha Real Provisión, bajo de los nombres y linderos que constan de la expresada posesión, en que se mantuvo Doña Juana, y se han mantenido sus descendientes, quieta y pacíficamente, como lo estoy yo que soy el último descendiente poseedor.

Hasta aquí se hace constar que Doña Juana Pilcohuaco fué hija natural de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca sucesor del Perú, que por tal fué declarado por el Excelentísimo Señor Príncipe de Esquilache, en fuerza de la información que dió, y por lo que a ella y a sus hijos Don Miguel, Don Felipe, Don Baltasar, Don Blas Túpac Amaro y Doña Agueda Pilcohuaco, se mandan guardar las excepciones y privilegios como a descendientes del Inca referido, con que no tiene duda que estos hijos fueron comprendidos bajo de aquella declaración.

De estos hijos sólo quedó Don Blas, que llevó la sucesión adelante y fué el Cacique de Surimana, y en quien recayeron las tierras de Doña Juana Pilcohuaco su madre. Este del matrimonio que contrajo con Doña Francisca Torres, tuvo por sus hijos legítimos a Don Bartolomé Túpac Amaro, Don Sebastián, Don Agustín y Doña Juana Pilcohuaco, a quien se le puso por nombre el de su misma abuela. El citado Don Bartolomé, por sí y los dichos sus hermanos, se presentó al Corregidor de Canas y Canchis, Don Clemente de Villavicencio, del Orden de Calatrava, en veinte de Noviembre de mil seiscientos ochenta y siete, pidiendo se le recibiese información de ser hijos de Don Blas Túpac Amaro y de Doña Fran-

cisca de Torres, nietos de don Diego Felipe Condorcanque y la Coya doña Juana Pilcohuaco, y bisnietos de don Felipe Túpac Amaro, Inca; dió la referida información con un testigo español y cuatro indios principales y Caciques de más de setenta y ochenta años. Recibióla el mismo Corregidor, ante escribano, sirviendo de intérpretes el Cura y el Escribano, y todos uniformemente asientan ser hijos de don Blas Túpac Amaro y de doña Francisca de Torres, y que dicho Don Blas lo fué de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, a quien conocieron, expresando la distinción y solemnidad del casamiento de Don Blas, con relación a ser descendiente del Inca Túpac Amaro, y no haber habido otro Don Blas Túpac Amaro que el referido padre de Don Bartolomé, Don Sebastián, Don Agustín y Doña Juana.

El expresado Corregidor Don Clemente de Villavivencio, del Orden de Calatrava, en vista de esta información, proveyó auto en el pueblo de Tinta, provincia de los Canes y Canchis, en veinte y ocho de Noviembre de mil seiscientos ochenta y siete, en que declara a dicho Don Bartolomé y a sus hermanos por hijos de Don Blas, nietos de Doña Juana Pilcohuaco, bisnietos y descendientes de Don Felipe Túpac Amaro, Manco Inca y Huayna Cápac, Señores que fueron de estos Reinos, para que como tales gozasen las excepciones correspondientes.

El mismo Don Bartolomé produjo esta información ante Don Bernardo Pardo de Figueroa, Corregidor de dicha Provincia, en veinte y tres de Agosto de mil setecientos uno, pidiendo que informase a este Superior Gobierno, ser él y sus hermanos los contenidos en dicha información, y así mismo de su capacidad y honrados procedimientos; y con efecto el citado Don Bernardo Pardo de Figueroa, Caballero del Orden de Santiago, hizo el informe que se pedía, expresando que a más de dicha información, tenía exactamente averiguado, en cua-

tro años de Corregidor, que dicho Don Bartolomé y sus hermanos eran hijos y descendientes de los referidos Don Blas y los demás hasta Don Felipe Túpac Amaro, Inca. Que estaba en posesión dicho Don Bartolomé del Cacicazgo y Gobierno, respetado de todos los caciques de dicha Provincia y españoles de ella, con todo lo demás que contiene dicho informe; que jura a Dios y a la Cruz que traía a los pechos. Así consta del instrumento que corre a fojas noventa y cuatro, y a fojas ciento siete, cuaderno cuarto.

El mismo Don Bartolomé, en veinte y seis de Junio de setecientos quince, se presentó con dicha información ante Don Diego de Esquivel Paraba y Navia, Marqués de Valle Umbroso, Corregidor del Cuzco, pidiendo en atención a su nobleza y descendencia del Inca Túpac Amaro, se le nombrase por uno de los veinte y cuatro electores que hay en aquella Ciudad, compuestos de indios nobles, y a quienes compete elegir Alférez Real, para la función del Señor Santiago.

Nombrósele, por tal, Elector, y concurrió con su voto en la elección que se hizo en aquel año, cuyo nombramiento se lo confirmó el Ilustrísimo, Excelentísimo Señor Virrey Don Diego Ladrón de Guevara, en provisión librada en veinte y cuatro de Setiembre de mil setecientos quince, como consta del instrumento de fojas ochenta y dos. Por la provisión librada por el Excelentísimo Señor Conde de la Moncloa, en diez y nueve de Octubre de mil seiscientos noventa y nueve, se le concede a Don Bartolomé, como a Cacique principal y Gobernador del pueblo de Surimana, provincia de Canas y Canches, y en atención a su noble estirpe el privilegio de poder traer y ceñir espada y daga.

Estos privilegios y demás ascensiones que gozaron y debieron gozar, se les ha mandado guardar y cumplir por los corregidores de dicha provincia, sucesivamente,

como parece del instrumento de fojas noventa, resultando así calificado que Don Bartolomé, Don Sebastián y demás sus hermanos, son hijos legítimos de Don Blas Túpac Amaro, Cacique de Surimana, y único que allí se ha conocido de este nombre, y nietos de Don Felipe Condorcanque y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, y bisnietos del último Inca Túpac Amaro.

Don Bartolomé, que fué el mayor de estos hermanos, falleció sin dejar hijos del matrimonio que contrajo con Doña Catalina Quispi Sisa; por cuya razón le sucedió en el Cacicazgo, tierras y mercedes concedidos a los hijos y descendientes de Doña Juana Pilcohuaco, hija del último Inca Don Felipe Túpac Amaro. El referido Don Sebastián casó con Doña Catalina del Camino, de cuyo matrimonio tuvieron por su hijos a Don Miguel Túpac Amaro, Don Marcos, Doña Manuela y Doña Antonia.

El dicho Don Miguel, como hijo mayor, sucedió en el Cacicazgo y tierras a él anexas. Casóse de primer matrimonio con Doña Rosa Noguera, de quien tuvo por sus hijos a Don Clemente que falleció, y a mí que, por su muerte, sucedí como hijo mayor en los derechos del Cacicazgo y tierras; aunque el citado Don Miguel, mi padre, del segundo matrimonio que contrajo con Doña Ventura Monjarras, dejó otros hijos (5). Yo quedé por su fallecimiento en la menor edad, durante ella fueron Caciques interinos Don José Noguera, mi tío, y Don Marcos Túpac Amaru, así mismo mi tío.

(5) De los hijos del segundo matrimonio de Miguel Túpac Amaru con Ventura Monjarras solamente conocemos a Juan Bautista Túpac Amaru, autor de las célebres *Memorias*, "Cuarenta Años de Cautiverio", que hemos publicado en el primer tomo de nuestra Colección "Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana". (F.A.L.)

Puesto yo en edad competente, contraí matrimonio con Doña Micaela Bastidas, y con ésto me presenté ante el Corregidor Don Pedro Muñoz de Arjona, en veinte y cinco de Octubre de mil setecientos sesenta y seis, pidiendo se me declarase por Cacique, como a legítimo sucesor de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca. Y corridas todas las diligencias correspondientes de información, partidas de bautismo y casamiento, con general aclamación de los pueblos, calificué dicha sucesión, como hijo legítimo de Don Miguel, nieto de Don Sebastián, bisnieto de Don Blas Túpac Amaro, y tercer nieto de Don Diego Felipe Condorcanque, y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, hija del último Inca Don Felipe Túpac Amaro, en cuya conformidad obtuve el Cacicazgo de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca, que actualmente poseo y poseyeron mis mayores de sucesión en sucesión hasta mí, como consta de la información y diligencias que corren desde fojas ciento ocho, aumentada dicha información en el término de prueba a que se recibió esta causa, con testigos españoles e indios principales, y lo serían todos los residentes en aquella provincia; porque a todos les es constante que yo y todos mis mayores hemos sido reputados y honrados como descendientes de dicho Inca Túpac Amaro; con que para el caso de la presente disputa, no puede darse prueba más esclarecida y más probada, que la que consta de unos instrumentos que originalmente conservo en mi poder, de letra antigua que no puede admitir sospecha, y que con citación de la parte contraria han sido reconocidos, corregidos y concertados los testimonios, como parece de la certificación y diligencia del Escribano de Cámara Don Martín de Pro, de fojas sesenta y cinco, dicho cuaderno cuarto, a mi pedimento y de orden de esta Real Audiencia.

No puede dudarse la fe de dichos instrumentos, ni creo que se atreva a dudarla Don Vicente García, apoderado y protector de Don Diego Betancour, abuelo de su mujer; pues a más de que aún antes de poner esta demanda, pudo su cavilación sacar dichos instrumentos originales del poder de la persona en quien yo los tenía depositados, y reconocerlo como los reconoció; caso que hoy dudara algo, los mismos instrumentos originales hicieran su convencimiento y su confusión; y lo que es más, es menester que se rinda a la propia confesión de mis claros derechos que hace en su carta que me escribió, y tiene reconocida bajo de juramento, a mi solicitud y de orden de Vuestra Alteza.

Los autores, como va referido, tienen por materia grave la de una causa de Genealogía; porque en ella no sólo se interesa la pretensión del particular, sino la reputación de toda una familia, pero la viveza y travesura de Don Vicente García será el autor de su daño, porque ha sido mi estímulo; pues no contento con las providencias que subrepticamente ha logrado la familia de su mujer, para suponer su origen y descendencia de dicho Inca Túpac Amaro, ha querido excluir la mía, que es la verdadera, y no supuesta, simulada y falsa como la suya; y creo que lo he de hacer demostrable con sus mismos instrumentos, con los que he de producir en su convencimiento, y con razones deducidas de ellos mismos, que si no es imposible, le será difícil desvanecer, por más que acumule documentos y figure edificios suntuosos, porque éstos han de rendirse, si sus cimientos son débiles y falibles, como lo son, y que será la materia de la segunda parte de este alegato.

Si hubiese de hacerme cargo de las impertinentes ocurrencias de Don Vicente García, de los instrumentos y calificaciones inconducentes que ha producido, y con que ha abultado inútilmente el proceso, sería obra muy

larga, y sería incidir en el mismo despropósito del desorden y confusión que él se ha propuesto, sin más que vertirlos con satisfacción y aún con injuria, para en el ínterin blasonar una descendencia que no tiene su familia. El punto de que se trata es el de la de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca del Perú, a quien por mandado del Excelentísimo Señor Toledo, cortaron la cabeza, el año de mil quinientos setenta y dos, en la plaza del Cuzco.

Siendo este el punto y la materia de que se trata, podía preguntársele a Don Vicente, apoderado y protector de Don Diego Betancur: ¿Qué conexión tiene con ésto la historia de la entrada de Don Francisco Pizarro en Cajamarca? ¿Cuál la conducencia del encuentro de Don Francisco Pizarro con Atahualpa, su arresto y demás circunstancias de aquel suceso? ¿Qué afinidad tiene con esta causa la historia de la vida del siervo de Dios Fray Pedro de San José Betancur, fundador de la Religión Bethemítica? ¿Qué relación la de si desciende Betancur de Don Martín de Arvieta, ni a qué influyen los méritos, verdaderos o inciertos de éste? ¿Ni a qué fin aglomerar en el proceso las pruebas de los hijos y nietos de dicho Don Diego Betancur, sus partidas de bautismo y casamientos, que nadie les duda ni les disputa, ni yo se lo niego en esta causa?

No obstante dicho Don Vicente ha hecho horroroso el proceso con testimonios de las Historias de Garcilaso, de Herrera, de Calancha, de Arvieta y del siervo de Dios Betancur. Yo prescindo de todo ésto, porque no me incumbe inculcarle esa descendencia de Arvieta ni de ese parentesco de Betancur; porque nada de eso es del presente caso. Lo que le importaba a la (parte) contraria es probar la descendencia de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca del Perú, que es la que le he negado y niego; lo demás de Arvieta y de Betancur se

lo permito o se lo concedo, porque ni la descendencia de Arvieto ni la de Betancur lo han de hacer descendiente de Túpac Amaro; pero lo cierto es que tan vana es aquélla como lo es ésta.

Tampoco le he disputado ni disputo a Don Diego Betancur, si tiene hijas y si tiene nietos, y si éstas se casaron con Don Ventura Guevara y Don Vicente García, y si los hijos de éstos son bisnietos de dicho Don Diego; confiésoselo llanamente, pero pregunto ¿a qué viene en esta causa presentar las fes de bautismos y partidas de casamientos de las hijas, nietas y bisnietas del citado Don Diego? Pruebe éste su entroncamiento con Don Felipe Túpac Amaro Inca; y ya con eso, sin engrosar este proceso, podían probar estos hijos, nietos y bisnietos, separadamente, que aquél era su padre, su abuelo y su bisabuelo; pero como el fin ha sido enredar y confundir los autos, ha mezclado en ellos unos asuntos que les son extranjeros; y que si algún influjo tienen, es el de la molestia y perdición del tiempo, que se gasta en su reconocimiento.

El principio y el origen de esta supuesta descendencia de Don Felipe Túpac Amaro, viene de Doña Manuela, madre de Don Diego Betancur. Esta desde el año de mil seiscientos ochenta y tres, se presentó ante el Corregidor del Cuzco, Don Pedro Balvín, pidiendo que se la recibiese información al tenor de varias preguntas. Estas y el escrito en que se produjeron, tienen reparos de gravísimo peso, que fundan la falsedad de aquella información. Titúlase, en el escrito, Doña Manuela Túpac Amaro, ñusta soltera, natural que dijo ser del pueblo de Surimana de la provincia de Quispicanche; de que resulta del primer reparo de inverosimilitud, que hace presumir falsa dicha información, porque el pueblo de Surimana no está en la provincia de Quispicanche, sino en la de Canas y Canches; y como no es creíble

que alguno ignore la provincia en que nace, es manifiesta la falsedad de dicha información, que alguno mal intruído la formó, para hacerle este obsequio a Doña Manuela; y como no hubo citación de parte legítima que la contradijese, corrió por provincia de Quispicanche, la que era de Canas y Canches, y hasta hoy nos lo quieren hacer creer, aunque todos ven que el pueblo de Surimana está en la provincia de Canas y Canches.

La primera pregunta se reduce a calificar si conocieron a Don Lucas Túpac Amaro, Cacique principal de dicho pueblo de Surimana, y a Doña Gabriela de Arce, difuntos; la segunda, si tuvieron por sus hijos legítimos a Doña Manuela y demás hermanos que expresan; y la tercera, si Don Blas Túpac Amaro, Cacique y Gobernador que fué de dicho pueblo de Surimana, casado con Doña Manuela de Ocllo, fueron sus abuelos, y la reconocieron a ella y a sus hermanos por sus nietos, y si dicho Don Blas y su hijo Don Lucas fueron habidos y reputados por descendientes del Inca Túpac Amaro, Señor natural que fué de estos Reinos.

A esto se reducen las preguntas; pero dígnese Vuestra Alteza reparar que ellas sólo ascienden, específicamente, hasta Don Blas Túpac Amaro, contentándose con la generalidad de que eran descendientes del último Inca Túpac Amaro. Verdad es que Don Blas Túpac Amaro fué nieto del Inca Don Felipe; pero es falso, falsísimo, que éste fuese casado con Doña Magdalena de Ocllo, y que tuviese por hijo a ese Don Lucas, que se supone padre de Doña Manuela; porque, como he fundado en la primera parte de este escrito, el citado Don Blas fué casado con Doña Francisca Torres, de cuyo matrimonio tuvieron por sus hijos a Don Bartolomé, Don Sebastián, Don Agustín y Doña Juana Pilcohuaco, a quien pusieron el mismo nombre de su abuela. ¿Dón-

de está, pues, ese Don Lucas Túpac Amaro, padre de Doña Manuela, que se dice hija de ese Don Blas?

Sólo ha existido en los espacios imaginarios; porque ni ha sido Cacique de Surimana, como se dice, ni han tenido de él allí la más remota tradición, como lo declara el Cura de aquella Doctrina, en su declaración a fojas ciento noventa y seis, cuaderno segundo, hecha a pedimento de la parte contraria.

Don Blas, hijo de Don Diego Felipe Condorcanqui y de Doña Juana Pilcohuaco, fué el Cacique de Surimana, y por su muerte lo fué Don Bartolomé Túpac Amaro, su hijo, como consta de la información de fojas noventa y cuatro, cuaderno cuarto, con la particular circunstancia, que deponen los testigos, no haber habido otro Don Blas que el padre de dicho Don Bartolomé y el de sus hermanos; conque si Don Blas fué Cacique de Surimana, y por su muerte lo fué dicho Don Bartolomé, como consta de la Superior Provisión de fojas ochenta y ocho, del dicho cuaderno cuarto, no hay tiempo en que lo pudiese ser ese fingido Don Lucas; porque, por muerte de Don Bartolomé, sin hijos, le sucedió su hermano Don Sebastián, y a éste su hijo mayor Don Miguel, mi padre; de quien yo como el hijo mayor soy actual poseedor del Cacicazgo de dichos pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca, según las aclamaciones del común, que corren de fojas ciento diez y nueve vuelta, cuadeino cuarto, en que expresan venirme por herencia y línea recta.

¿Cuándo, pues, pudo ser Don Lucas Cacique de Surimana, donde ni aún noticia tienen de él? Aun permitido y no concedido que ese tal Don Lucas, padre de Doña Manuela, pudiera ser descendiente del Inca Don Felipe Túpac Amaro, nunca pudo ser Cacique de Surimana; porque este Cacicazgo que ha estado en mi línea, no me ha venido, ni lo han gozado mis ascendien-

tes, por el Inca Túpac Amaro, sino por Don Diego Felipe Condorcanqui, mi tercer abuelo, a quien pertenecía; y a que se agregaron después las tierras de que este Superior Gobierno hizo merced a mi tercera abuela Doña Juana Pilcohuaco, como a hija del último Inca Don Felipe Túpac Amaro. Conque si estas tierras y este Cacicazgo han venido unidos hasta mí, de sucesión en sucesión, desde Don Felipe Condorcanqui y la Coya Doña Juana Pilcohuaco, no pudo dicho Don Lucas haber sido Cacique de Surimana, pues como se supone no es descendiente de Don Felipe Condorcanqui, ni de la Coya Doña Juana Pilcohuaco; de otra suerte estas tierras que yo gozo y este Cacicazgo que hoy poseo, fueron de los hijos de Don Lucas; esto no es así, porque siempre han sido de mi línea desde aquel tronco; luego dicho Don Lucas no fué ni pudo ser Cacique de Surimana; pero volvamos a la célebre información de Doña Manuela, que se titula Túpac Amaro.

Ella se supone dada el año de mil seiscientos ochenta y tres; sus testigos fueron tres indios ordinarios, que sólo tienen el nombre de testigos, y como el fin de Doña Manuela era entroncarse con Don Blas Túpac Amaro, que fué verdadero Cacique de Surimana, se le acomodó a un Don Lucas por su hijo, padre que se supone de Doña Manuela, y de esta suerte los testigos lo hacen Cacique de Surimana, lo hacen hijo de Don Blas, y lo hacen descendiente del Inca Túpac Amaro, poniéndose en el texto de Don Blas, que verdaderamente era nieto del último Inca Túpac Amaro; pero ni hubo tal Don Lucas, ni fué hijo de Don Blas, ni éste fué casado con Doña Magdalena de Ocllo, ni fué hijo de Don Juan Tito Túpac Amaro, sino de Don Felipe Condorcanqui y de Doña Juana Pilcohuaco, nieto del Inca Don Felipe; pero como el fin era suponer esta línea, y habiéndola de seguir rectamente, se encontraban con el inconveniente

de Don Felipe Condorcanqui y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, torcieron la línea desde Don Blas, y lo supusieron marido de la Ocllo, e hijo de don Juan Tito Túpac Amaro, viniendo así un mismo don Blas que no ha habido otro Cacique de Surimana, a tener dos mujeres y dos padres, la primera Doña Francisca Torres, que fué la verdadera, y la segunda Doña Magdalena de Ocllo que fué la fingida y la supuesta.

Lo mismo sucede en los padres; porque este Don Blas, único Cacique de Surimana, fué hijo legítimo de Don Diego Felipe Condorcanqui y de Doña Juana Pilcohuaco, que no tiene duda y está plenamente probado en mis instrumentos; con que no pudo ser éste abuelo de Doña Manuela, ni hijo de Don Juan Tito Túpac Amaro; porque a un mismo tiempo no pudo ser hijo de dos padres ni marido de dos mujeres.

Es cierto que Don Blas Túpac Amaro, Cacique de Surimana, fué mi bisabuelo, hijo de Doña Juana Pilcohuaco y nieto del Inca Don Felipe. Luego no pudo ser abuelo de Doña Manuela, luego no pudo ser hijo de ese figurado Don Juan Tito Túpac Amaro, que jamás se ha conocido en el mundo; es necesario que la parte contraria pruebe que hubo otro Don Blas, distinto del que todos conocieron; que pruebe haber sido casado con Doña Magdalena de Ocllo, y haber sido hijo de Don Juan Tito Túpac Amaro; porque de lo contrario la falsedad revienta por todos sus poros, una vez que el único Don Blas, Cacique de Surimana, tiene distintos ascendientes y distintos descendientes probados.

Yo aseguro que la parte de Betancur no ha de calificar que hubiese otro Don Blas, Cacique de Surimana; aunque apure todo el artificio y toda la cavilación, no ha de salir de la dificultad del argumento, porque ha de ser Doña Manuela bisnieta de Don Diego Felipe Condorcanqui y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, o no

ha de ser nieta de Don Blas Túpac Amaro, único Cacique de Surimana, donde no se ha conocido otro Don Blas, Cacique; pero ¿qué ha de ser, ni qué ha de probar? Si Doña Manuela fué hija de Don Lucas Túpac Amaro, y éste fué Cacique de Surimana, como hijo de dicho Don Blas ¿por qué este Cacicazgo de Surimana no pasó a Don Pascual, Don Francisco, o Don Juan Túpac Amaro, hijos de Don Lucas y hermanos de Doña Manuela comprendidos en la segunda pregunta del escrito de fojas veinticinco, cuaderno segundo, en que pidió dicha información? Así parece que lo pide el orden de sucesión de los Cacicazgos, ejecutada como la de los mayorazgos de Castilla. Es constante que ninguno de los hermanos de Doña Manuela, hijos de ese fingido Don Lucas, ha sido Cacique de Surimana; luego tampoco lo fué Don Lucas; luego no fué éste hijo de Don Blas Túpac Amaro, verdadero Cacique de Surimana.

Sabemos y tengo probado en mis instrumentos y en mis pruebas, que dicho Don Blas dejó por sus hijos a Don Bartolomé, a Don Sebastián y a Don Agustín; y está probado que Don Bartolomé fué Cacique y Gobernador de Surimana, que sucedió a su padre Don Blas. Está probado que por muerte de Don Bartolomé, que no tuvo hijos, le sucedió Don Sebastián, su hermano segundo; y está probado que, por muerte de éste, le sucedió Don Miguel Túpac Amaro; y está probado que yo, como su hijo mayor, le he sucedido y estoy en actual posesión de dicho Cacicazgo de Surimana, todos descendientes legítimos de Don Diego Felipe Condorcanqui, por donde viene el Cacicazgo, y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco. ¿Podrá satisfacer esta dificultad Don Vicente García con las Historias de Garcilaso, de Herrera, de Calancha y con el parentesco del siervo de Dios Betancur y de Don Martín Arvieta?

Ya se ve que no; luego la información dada por Doña Manuela es falsa. Los testigos de ella, como se ha referido, son tres indios ordinarios, pero como toda ella fué obra de una mano, los testigos inciden en la misma inverosimilitud y en la misma repugnancia que se nota en el escrito de Doña Manuela. El primero es Cristóbal Rimachi, natural de la parroquia de San Cristóbal, en el Cuzco, que declara conforme a las dos preguntas del escrito: que conoció a Don Lucas Túpac Amaro, Cacique del pueblo de Surimana, casado con Doña Gabriela de Arce, de quienes fueron hijos Doña Manuela, Don Pascual y Don Francisco Amaro; declara también que conoció a Don Blas Túpac Amaro, así mismo Cacique de Surimana, Inca principal y respetado en calidad de tal. Ya en esta parte se prueba, a mi favor, la distinción de dicho Don Blas, mi bisabuelo.

El segundo testigo es otro indio llamado Juan Aucayni, natural que dijo ser del pueblo de Surimana, en la provincia de Quispicanchi, de edad de noventa y cuatro años. Sin duda estaba decrepito, porque decirse natural del pueblo de Surimana, y afirmar que este pueblo es de la provincia de Quispicanchi, no puede ser sino una manifiesta fatuidad; porque siendo del pueblo de Surimana, no podía ignorar que no era de la provincia de Quispicanchi, sino de Canas y Canchis; y es cosa notable que siguiese el mismo equívoco de Doña Manuela, que también, en su escrito, se hace natural de Surimana de la provincia de Quispicanchi; lo que ésto quiere decir es que una sola mano se equivocó. Ya se ve con esto el desprecio que merece este testigo, para que se reptute falso todo lo demás que en ella expresa.

El tercer testigo es así mismo un indio llamado Don Marcos Yanqui Rimachi, principal, que dijo ser de la parroquia de San Sebastián, de edad de cuarenta y cinco años, dice que conoció a Don Lucas, Cacique de

Surimana, y que le oyó (decir) a éste que Don Blas Túpac Amaro, Inca principal, y Doña Magdalena Ocllo, su mujer, fueron sus padres, y de la descendencia del Inca Túpac Amaro, Señor natural que fué de estos Reinos, y que así también lo oyó decir el testigo a varias personas antiguas. Y sin más que esta información dada sin citación, a lo menos, del Cacique de Surimana, que era en aquel tiempo, por el derecho e interés que podía tener en la materia, declaró el Corregidor del Cuzco a dicha Doña Manuela por hija legítima de Don Lucas Túpac Amaro y de Doña Gabriela de Arce, nieta de Don Blas Túpac Amaro y de Doña Magdalena de Ocllo, descendientes del Inca Túpac Amaro. Repárese que la declaración sólo recae sobre Doña Manuela, sin embargo de que la información comprende a sus hermanos.

En este estado no contenta Doña Manuela hizo que Don Juan Flores Matajudíos, Protector de los Naturales, pidiese que se adelantase la información, con el pretexto de que habían llegado unos testigos que estaban ausentes, y con efecto se le mandaron recibir otros tres testigos, que corren de fojas veinte y ocho vuelta, cuaderno segundo; y con sólo ver que todos estos testigos afirman que conocieron a Don Lucas Túpac Amaro, Cacique principal y Gobernador del pueblo de Surimana, provincia de Quispicanchi, se está demostrando su falsedad; porque, como se ha referido, no hay más pueblo de Surimana que el que se conoce y existe en la provincia de Canes y Canchis; y, a la verdad, que ese fingido Don Lucas sólo pudo ser Cacique de ese fingido pueblo de Quispicanchi, viniendo así a parar en que la notoriedad de Don Blas y su pública calidad y distinción, se hizo apreciable para que Doña Manuela, que quiso ser **ñusta** y descendiente del Inca Túpac Amaro, quisiese también entroncarse con Don Blas, que era el

indubitado descendiente de dicho Túpac Amaro, como se prueba por sus mismos testigos.

El mismo Corregidor proveyó otro nuevo auto, en que declara ya a Doña Manuela y a sus hermanos por nobles incas, exentos de servicios personales; pero por lo que toca a tributos, manda que ocurran al Real Gobierno. Así es visto que estos hermanos de Doña Manuela, ñusta descendiente del Inca Túpac Amaro, honrados y privilegiados con unas reales cédulas del Señor Emperador Carlos V, de que después diré en su lugar, eran entonces indios tributarios, todo incompatibles con esa distinguida estirpe.

Doña Manuela que se vió ya, con tanta ligereza, declarada por descendiente de los Incas, pensó en cosas mayores; y dió un salto hasta el año de mil quinientos cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, e hizo la más terrible falsedad que puede darse: supúsose bisnieta de un Don Juan Tito Túpac Amaro, que no ha existido en el mundo, o a lo menos ni en los autos ni en las historias consta que lo hubiese.

Ni en la primera ni en la segunda información, ni en lo que es más en el memorial y carta que dirigió al Excelentísimo Señor Conde de la Monclova, el año de mil seiscientos noventa, se hace la más ligera mención de Don Juan Túpac Amaro, hijo que se supone ser del último Inca Don Felipe.

Púsosele en la cabeza apropiarse los privilegios de unas Reales Cédulas expedidas por Su Majestad Cesárea, en los años de mil quinientos cuarenta y cuatro y mil quinientos cuarenta y cinco, a favor de otros Incas, y empezó a hacer diligencias, en este Superior Gobierno, para que se le mandasen guardar; ocurrió a este fin con el memorial de fojas treinta y tres, expresando ser descendiente del Inca Túpac Amaro; y que el Rey Nuestro Señor y Emperador de gloriosa memoria, les

despachó dos Reales Cédulas a su favor, para que pudiesen poner Cadena Real, que por cualesquiera delitos fuesen presos en sus casas o cabildo, y que los delinquentes que a ellas se acogiesen, les valiese la inmunidad, que no fuesen por cosa pertenecientes a Su Majestad.

Quéjase de que no se observan estas inmunidades, y pide se les hagan guardar. No presenta las reales cédulas, ni expresa a favor de quién se libraron, ni su fecha, ni toma en fin en boca a Don Juan Tito Túpac Amaro, su supuesto bisabuelo, porque sólo procede con generalidad, asentando que se libraron cédulas a su favor, y se le concedieron privilegios, que pide se les guarden.

Repare, Vuestra Alteza, que cuando pidió la información de su descendencia el año de mil seiscientos ochenta y tres, no hizo mención de tales cédulas, ni de tales privilegios, hasta el año de mil seiscientos noventa que hizo este recurso a este Superior Gobierno.

Proveyóse el Superior decreto de fojas treinta y tres vuelta, en diez de Julio de mil seiscientos noventa, en que el Excelentísimo Señor Conde de la Monclova manda que las justicias del Cuzco le hagan guardar a Doña Manuela y a sus descendientes todas las reservas, privilegios y honras, que estuvieren concedidas por las Reales Cédulas que cita la suplicante, siendo la susodicha de las comprendidas en ellas. Ya se ve que el decreto es condicional, y le restaba a dicha Doña Manuela que andar el dificultoso camino de haber de probar ser comprendida en dichas Reales Cédulas, que sólo se contentó con citarlas en la generalidad referida; porque desde entonces se procedió con artificio y con fraude, ocultando esas cédulas, para que no se descubriese su falsedad.

El año de seiscientos noventa y uno, repitió Doña Manuela la carta de fojas treinta y cuatro vuelta, en que aunque procede con la misma generalidad, se entiende algo más en la relación de los privilegios contenidos en una de dichas Reales Cédulas, con todas sus circunstancias. Repite su queja de que por ser natural, no se la observan; y que las Justicias del Cuzco, sin atender al decoro de su casa de cadena que representan las personas reales, les envían semaneros alguaciles a sacar los presos que se valen de su casa; y pide se sirva Su Excelencia mandar, en nombre de Su Majestad, que no se le saquen dichos delincuentes, y que se le permita poner Cadena Real y las Armas Reales en su casa, como Su Majestad le tenía hecha merced. Tampoco presenta en este segundo recurso esas reales cédulas, ni expresa el año en que se libraron, ni a favor de quién.

Este recurso se sustanció con los señores fiscales, Fiscal Protector y (Fiscal) General; y conforme a su dictamen, se mandó por el decreto de fojas treinta y cinco vuelta, proveído en Lima a cinco de Mayo de mil seiscientos noventa y uno, que el Corregidor informase con vista del privilegio, que se refiere en la representación. El Corregidor hizo el informe de fojas treinta y seis, en que expresa haber visto los títulos que para el efecto exhibió la parte; y que lo que de ellos constaba era que la Majestad Cesárea hizo merced a Don Juan Tito Túpac Amaro, hijo de Don Felipe Túpac Amaro, Señor que fué de estos Reinos, para que pudiese sentarse él y sus descendientes en los Concejos y Cabildos, que no pudiesen ser presos por deudas, que pudiese poner Cadenas y Armas, etcétera.

Y remitiéndose a la información dada por Doña Manuela, dice que le parece haber probado ser descendiente de dicho Don Juan Tito Túpac Amaro, en cuya virtud su antecesor, Don Pedro Balvin, la declaró por

descendiente del susodicho. Asienta que vió los títulos y la merced real, sin examinar su verdad; pero si hubiese intervenido algún interesado, le hubiera instruído a dicho Corregidor, que esas Reales Cédulas estaban falsamente encapitadas en Don Juan Tito Túpac Amaro, que nadie ha conocido, y que fueron expedidas la una a favor de Don Alonso Tito Atauchi, y la otra a favor de Don Felipe Túpac Yupanqui; la primera a primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, y la segunda a nueve de Mayo de mil quinientos cuarenta y cinco. Hoy vemos presentadas en testimonio de testimonios esas mismas Reales Cédulas, a nombre de dicho Don Juan Tito Túpac Amaro; y con todo me parece que he de fundar concluyente su falsedad.

Dígnese Vuestra Alteza reparar en el informe de dicho Corregidor, y notará que refiriéndose a la información de dicha Doña Manuela, y a los autos en que su antecesor aprobó dicha información, expresa que la declaró por descendiente de Don Juan Tito Túpac Amaro; pero reconózcase dicha información, y reconózcanse los autos proveídos por el Corregidor Balvín, a fojas veinte y ocho y fojas treinta y dos, y se verá que ni se nombra, ni se trae a consideración a tal Don Juan Tito Túpac Amaro; porque ni doña Manuela lo pide, ni el Corregidor pudo declararla por descendiente de Don Juan Tito Túpac Amaro, de quien ni una sola palabra se dice en dicha información.

Lo que hizo fué en el primer auto, declararla por hija legítima de Don Lucas, nieta de Don Blas, y descendiente del Inca Túpac Amaro; en el segundo auto de fojas treinta y dos, dicho cuaderno segundo, declara a Doña Manuela y a sus hermanos por nobles incas exentos de servicios personales; y en cuanto a los tributos, manda que ocurran al Real Gobierno, de que resulta que estos indios privilegiados con casa de cadenas, con asiento

en los Concejos y demás privilegios que contienen dichas Reales Cédulas, eran en aquella actualidad tributarios; ¿por qué hasta entonces tuvieron sepultadas dichas Reales Cédulas, o mejor por qué no las habían falsificado como las falsificaron después? ¿Dónde está, pues, la declaración de la descendencia de Don Juan Tito Túpac Amaro, que no se pidió ni se probó en dicha información? ¿Cómo pudo aquel Corregidor Don Pedro Balvín haber declarado a Doña Manuela por descendiente de dicho Don Juan Tito, si los mismos autos declaratorios apelan sobre la descendencia del Inca Túpac Amaro, Señor que fué de estos Reinos, qué es lo que se pidió?

Don Juan Tito Túpac Amaro aun, caso negado, que fuese hijo de Don Felipe, no fué último Señor de estos Reinos, con que no pudo haber declarado a Doña Manuela por descendiente de Don Juan Tito, el Corregidor Balvín, como refiere en su informe, de fojas treinta y seis, su sucesor Don José de Escasola. Con este informe, carta y superior decreto, en cuya virtud se hizo, se volvió a presentar Doña Manuela, pidiendo que en vista de ellos, se le hiciesen guardar sus prerrogativas de poner Cadena y Armas a las puertas de su morada.

Los Señores Fiscales a la vista que se les dió, fueron de parecer, que se mandase despachar Provisión para que a dicha Doña Manuela se le guardasen todas las prerrogativas de que hubiesen gozado sus ascendientes, según la merced que de ellas tuviesen, y con arreglo a este parecer se libró la Provisión que, inserta en otro testimonio, corre a fojas treinta y cuatro y a fojas treinta y siete, dicho cuaderno segundo.

Es testimonio de testimonio, dado sin citación, que no hace fe, como es constante en derecho, y se fundará después en su propio lugar, En todos estos recursos en que las mismas Reales Cédulas debían ser su mayor

calificación y la mayor seguridad de su pretensión, jamás las presentó; y así los Señores Fiscales, indefinidamente, dicen que se les guarden los privilegios de que hubiesen gozado sus ascendientes, según la merced que de ellas tuvieren, porque nunca vieron estas reales mercedes, que siempre andaban en las tinieblas, y depositadas en la oculta oficina del fraude, que, alias, si los Señores Fiscales hubiesen visto el testimonio de esas Reales Cédulas, no se hubieran escondido a su perspicacia y talentos los vicios que comprendían en el supuesto cierto y seguro que no hubiera presentado Doña Manuela cédula alguna original, ni testimonio sacado inmediatamente de ella, ni hasta hoy será capaz de presentar, contentándose con aglomerar testimonio de testimonios y comprobaciones de comprobaciones, que no fundan la fe de un instrumento, que los Escribanos que dan esos testimonios no han conocido. Si al Corregidor que no era letrado, le parecieron legítimos esos títulos, no hubieran éstos corrido igual suerte en la sabia advertencia de unos señores Fiscales.

Ya con estos triunfos se alentó Don Diego Betancur a ocurrir a este Superior Gobierno, presentando las Reales Cédulas referidas en testimonio, y calificando ser hijo de dicha Doña Manuela, para pedir como pidió, se le mandasen guardar todos los privilegios y prerrogativas contenidas en dichas Reales Cédulas; y como ya la materia estaba autorizada de antemano, y no hubo parte legítima que hiciese contradicción, pudo conseguir que se le librase la Provisión, que en testimonio corre de fojas sesenta y cuatro, cuaderno segundo, en la que no se insertan dichas Reales Cédulas. Confirmáronsele o declaráronsele estas prerrogativas, sin que yo, retirado en mi Provincia, supiese estos progresos que hacía Betancur con la usurpación de mi descendencia,

que, alias, se la hubiera contradicho, como ahora se la contradigo.

Los puntos principales en que se apoyan las intenciones contrarias, y los que han dado mérito a esas prerrogativas, han sido dichas Reales Cédulas y la información dada por Doña Manuela, madre de Betancur, el año de mil seiscientos ochenta y tres. Esta queda ya convenida de falsa, y lo mismo sucederá con aquellas; y habrá conseguido la parte contraria y su apoderado y protector, por resulta de su temeridad, que se le impongan las penas que corresponden al crimen gravísimo de falsear los rescriptos del Príncipe, como lo espero de la superior integridad de Vuestra Alteza, para que no se perturben los derechos de los verdaderos descendientes, ni se falte con tanta facilidad al elevado respeto de tan superiores tribunales.

La primera Real Cédula es la que aparece inserta en otros testimonios, a fojas diez y seis, cuaderno segundo, dada en Valladolid a primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, por sus Majestades Cesáreas el Señor Don Carlos y la Señora Doña Juana, su madre. Ella está encapitada en el tal testimonio, a favor de Don Juan Tito Túpac Amaro que, como se ha expuesto, nadie ha conocido en el mundo. Esta es una Real Cédula librada por sus Majestades, con su misma fecha, a favor de Don Alonso Tito Atauchi, en todo su tenor y circunstancias: redúcense a legitimar los hijos que tenía en varias mujeres, y a consederle a él y a sus descendientes los privilegios que dicho real rescripto comprende.

Doña Manuela, madre de Betancur, no hizo otra cosa que trasladar esta Real Cédula, subrogando en lugar de Don Alonso Tito Atauchi a Don Juan Tito Túpac Amaro, su supuesto ascendiente; pero ¡qué falsedad! Ella es gravísima, porque se versa sobre un rescripto del Príncipe, con una mutación dolosa de su verdad, en que son

comprendidos Doña Manuela, que la ejecutó, Don Diego Betancur, su hijo, y el actual apoderado de este Don Vicente, que producen y hacen uso de este falso rescrito. La falsedad, como se fabrica en las tinieblas del fraude, es de difícil probanza, y según Derecho y doctrinas se necesita el auxilio del Cielo para su descubrimiento. La presente ha estado oculta hasta ahora, que Dios no ha querido más permitirle. Con dificultad se dará falsedad más calificada; por que la redarguyen y la convencen el mismo instrumento y las mismas razones que no nos pueden engañar, y que hacen urgentísima su presunción.

El mismo bullicio y diligencia de la parte contraria en acumular instrumentos, vengan o no vengan, por cualquier ápice que se le figure, influyen no poco a este propósito. No se hizo otra cosa que mudar el nombre Don Alonso Tito Atauchi en el de Don Juan Tito Túpac Amaro, y una u otra expresión conducente al fin de aparentar por verdadero lo que era enteramente falso. De esta Real Cédula librada a favor de Don Alonso Tito Atauchi, con la propia fecha y en su propio contexto, tengo yo y tienen muchos de sus descendientes testimonio en todo conformes. Conque si ésta es una cédula librada a favor de Don Alonso Tito Atauchi, no pudo ser privilegio ni merced concedida a Don Juan Tito Túpac Amaro.

Con sólo ésto a la primera vista, se hace urgentísima la presunción de su falsedad; pero el discurso, la irá cada vez haciendo más clara y manifiesta, Don Vicente José que registra todos los rincones, y que cavila incessantemente, en hacer a su mujer descendiente del último Inca Don Felipe Túpac Amaro, ha revuelto el Archivo del Escribano de Cámara, Don Martín de Pro, y ha podido encontrar unos autos, que se siguieron en esta Real Audiencia por Don José (de la) Cueva, sobre

unas tierras o mayorazgos del Cuzco, que le pertenecían como descendiente de Don Alonso Tito Atauchi. El citado Don José de la Cueva Tito Inca produjo sus calificaciones, y para en parte de ella presentó el testimonio de dicha Real Cédula, que es la misma que se halla a fojas diez y nueve vuelta de los autos de dicho Cueva, dada en Valladolid, a primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, a favor de Don Alonso Tito Atauchi, en que sus Majestades legitiman a los hijos de éste, y conceden todos los privilegios que contiene dicha Real Cédula.

Cotéjese ésta con la presentada por la parte contraria, en testimonio de testimonio, a fojas diez y seis, cuaderno segundo, y se verá que están conformes, a excepción del nombre y de una u otra expresión, consiguiente a la simulación. Me ha excusado con esto, presentar el testimonio que yo tenía, y que podía por efugio adicionar, aunque son muchos los que lo tienen; pero una vez que ha desenterrado estos autos, y que de ellos ha pedido testimonio de un interrogatorio y de las respuestas de los testigos a ciertas preguntas de él, no podrá dudar de su fe.

Es muy difícil e inverosímil un suceso semejante. Todos por pública notoriedad, de tradición en tradición, saben que dicha Real Cédula, de primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, se expidió a favor de Don Alonso Tito Atauchi y su hijos. Sábese que desde aquellos tiempos se ha presentado esta Cédula en los tribunales superiores e inferiores del Reino, y sábese en fin que es una cédula tan pública, que todos los descendientes de dicho Don Alonso Tito Atauchi han tenido testimonio de ella, y jamás la han ocultado. No ha sucedido ésto con la que se atribuye a ese ficto e ideal Don Juan Tito Túpac Amaro. Nadie ha sabido de ella, ni Doña Manuela, madre de Don Diego Betancur, tuvo

de dicha cédula la menor noticia el año de (mil) seiscientos ochenta y tres, cuando dió la información testimonial, a fojas. . . , cuaderno segundo; porque si la tuviese, la hubiera desde entonces presentado como principal fundamento de su intención; pero ni siquiera se acordó de Don Juan Tito Túpac Amaro, contentándose únicamente con la generalidad de llamarse descendiente de Don Felipe Túpac Amaro. Después llegó a sus manos la cédula de Tito Atauchi, fingió un don Juan Tito Túpac Amaro, supúsole su descendiente, y entró en el proyecto inícuo de encapitar en él la Cédula de Tito Atauchi, con todos sus linderos y señales; y ve aquí ya a Doña Manuela y a su hijo Don Diego Betancur descendientes de Don Blas, de Don Juan Tito y de Don Felipe Túpac Amaro, último Inca del Perú.

Es, sin duda, una gravísima falsedad; no se manifestarán autos, providencias del Superior Gobierno de esta Real Audiencia, ni de otro algún tribunal en que se trate de esta Real Cédula librada a favor del tal Don Juan Tito Túpac Amaro. Sólo tuvo su principio desde Doña Manuela, que se titulaba Túpac Amaro, madre de Don Diego Betancur; pero aun ella, en aquel tiempo, tiró la piedra y escondió la mano, porque como le acusaba la conciencia, y era género de contrabando esa falsa Real Cédula, no hizo más que citarla en los recursos que hizo a este Superior Gobierno como va referido; y así los Señores Fiscales, a quienes se les dió vista, sólo pidieron que se le guardasen los privilegios, que se les hubiesen concedido a sus mayores, adquiriendo el informe del Corregidor del Cuzco, que como no era letrado, no pudo advertir las calidades que debe tener un instrumento para hacer fe.

No es creíble, pues, que ese Don Juan Tito Túpac Amaro, ese Don Blas y ese Don Lucas que son los ascendientes que se adjudica Doña Manuela, dejaran de

ostentar estos privilegios, y de manifestar este Real Rescripto para que se obedeciese, para que se hiciese guardar y cumplir, para que se les hiciese merced de tierras como a descendientes del Inca, para calificar su ilustre cuna y conservarla en notoriedad, o a lo menos para que los hermanos de Doña Manuela no fuesen tributarios, como lo fueron, y se manifiesta del auto del Corregidor Balvín, en que los declara por nobles descendientes del Inca; todo ésto es repugnante, incompatible e inverosímil con dicha Real Cédula; luego ella es falsa.

De otra suerte se hubiera hecho pública, como se hizo desde su principio y desde su origen la de Don Alonso Tito Ataucchi, tanto que pudo llegar a las manos de Doña Manuela, para que la acomodase a un ente ficto, a un Don Juan Tito Túpac Amaro, que no existió jamás. Aún permitido y no concedido, que hubiese habido ese Don Juan Tito Túpac Amaro, ¿dónde está calificado que Doña Manuela, madre de Don Diego Betancur, sea descendiente de ese Don Juan Tito Túpac Amaro? ¿Consta en ese cúmulo de instrumentos, que ha presentado el apoderado y protector, Don José Vicente, que Doña Manuela sea descendiente de Don Juan Tito? De ninguna manera; porque aún en la falsa información que dió el año de (mil) seiscientos ochenta y tres, no pudieron pasar los testigos del atolladero de Don Blas Túpac Amaro, pues siendo éste hijo de Don Diego Felipe Condorcanque y de la **Coya**, Doña Juana Pilcohua-co, no lo pudieron hacer de ese Don Juan Tito Túpac Amaro, que ni conocieron ni pudieron conocer. Conque aún en esta hipótesis, ni Doña Manuela ni su hijo Don Diego han probado ser descendientes de dicho Don Juan Tito Túpac Amaro.

Por cualquier parte que se toque dicha Real Cédula, respira falsedad. Ya se ha dicho que la Real Cédula ex-

pedida a favor de Tito Atauchi, conviene en todo con la de Tito Túpac Amaro, menos en el nombre. ¿Es posible que estos dos pretendientes concurrieron a un mismo tiempo y con unos mismos méritos? ¿Es posible que ambos tuvieron hijos en varias mujeres que legitimar? ¿Es posible que a ambos, igualmente, les concediese Su Majestad los privilegios de legitimación, de cadena y demás prerrogativas que contiene dicho Real Rescripto? No es ni pudo ser posible en las circunstancias del hecho.

A Don Juan Tito Túpac Amaro lo supone la parte contraria hijo de Don Felipe Túpac Amaro; porque el buen deseo de hacerse su descendiente, no lo hace reparar en el torpe anacronismo en que incide. Supónese de contrario que Su Majestad libró a favor de Don Juan Tito Túpac Amaro la Real Cédula de primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, en que le legitima a los hijos, que había tenido en varias mujeres. Conque, si Don Juan Tito fuese hijo de Don Felipe Túpac Amaro, tendría éste desde el año cuarenta y cuatro esos nietos naturales legitimados, como hijos de Don Juan Tito Túpac Amaro habidos en varias mujeres. ¡Rara monstruosidad! El año de mil quinientos cuarenta y cuatro, aún no había nacido Don Felipe Túpac Amaro, que se supone abuelo de esos nietos legitimados; de suerte que en todo es admirable la línea de Don Diego Betancur; porque Don Felipe Túpac Amaro tuvo nietos aun antes de nacer, y Don Diego tiene un tercer abuelo, cual es Don Juan Tito Túpac Amaro que hasta ahora no ha nacido.

Por las Historias y por la prueba dada por Doña Juana Pilcohuaco, el año de mil seiscientos nueve, consta que los españoles entraron en estos Reinos el año de (mil) quinientos treinta o treinta y uno, que el de treinta y tres pasaron a Cajamarca, y después al Cuzco, gober-

nando Manco Inca, sucesor de Huáscar, Inca, a quien mandó matar Atahualpa, su hermano (6). Consta que Manco Inca tuvo varios combates en el Cuzco con los españoles, y que vencido se retiró a Vilcabamba, donde después un español, de resultas de una porfía de juego, le dió un golpe de bola que lo mató. Consta que fué casado con la Coya Corasi, que fué estéril, y a quien mataron los españoles. Consta que el dicho Manco Inca retirado ya en Vilcabamba, casó con la **Coya Sisa Tocco Ocllo**, de quien nació Don Felipe Túpac Amaro, y según este orden calificado el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, o no había venido al mundo o aún era infante. ¿Cómo, pues, el año de mil quinientos cuarenta y cuatro tenía hijo, tenía nieto, y ya en España se les concedían prerrogativas de legitimaciones, de cadenas y asientos en los Concejos, etcétera? Estos falsos milagros sabe hacer la ambición de quien ha querido usurpar a la naturaleza la suerte que ella no quiso darle.

Consta también que Sayri Túpac, hermano mayor natural de Don Felipe, sucedió a su padre Manco, y gobernó en el retiro de Vilcabamba. Constan las diligencias que se practicaron para su salida; que vino a Lima, que se le hicieron mercedes, que regresó al Cuzco, y que allí se bautizó, con el nombre de Diego, y que retirado a Yucay falleció, dejando por su hija (habida en Doña María Cusi Huaracay, su hermana) a Doña Beatriz Clara, **Coya**, que casó con Don Martín García de Loyola.

(6) Hay muchos indicios, hay hechos indicadores, llenos de lógica, para probar que Atahualpa no mandó matar a Wáscar. Aquí, José Gabriel Túpac Amaru sigue a los primitivos historiadores, y además hay que tener en cuenta que éste era cuzqueño y descendiente directo de Wáscar... Culpar a Atahualpa de la muerte de Wáscar, sólo tuvo y tiene el objetivo de amenguar los crímenes de la Conquista, cuya norma política era desaparecer a todos los legítimos sucesores del Imperio; norma que tuvo un ciego ejecutor en el Virrey Francisco de Toledo. (F.A.L.)

Por muerte de Don Diego Sayri Túpac, que gobernó por la menor edad de su hermano Don Felipe, le sucedió éste que se mantenía en la montaña de Vilcabamba, y sábense todas las providencias que se tomaron para sacarlo de ella, como lo sacaron; y murió degollado en la plaza del Cuzco el año de (mil) quinientos setenta y dos, joven o mozo, como dicen las Historias. Si éste, pues, era niño cuando murió su padre Manco Inca; y por eso gobernó Don Diego Sayri Túpac, su hermano natural, mayor. Si por muerte de éste sucedió Don Felipe, y al fin murió mozo, desgraciadamente, el año de quinientos setenta y dos, ¿cómo pudo, desde el año de (mil) quinientos cuarenta y cuatro, tener por su hijo a ese Don Juan Tito Túpac Amaro, y a esos nietos habidos en varias mujeres? Cada reflexión de éstas, por sí sólo, funda la presunción de la falsedad, conque se encapitó dicha Real Cédula de legitimación y privilegios; pero todas juntas la hacen evidente y demostrable.

Bien ha conocido la parte contraria este inconveniente y este escollo de convencimiento; y para darle algún color de disculpa, ocurrió con su escrito de fojas noventa y una, presentando un testimonio de una información, que se dice pedida por Doña María Manrique Cusihuar-cay y Don Diego de Mendoza Sayri Túpac, su marido; y que se dice haberse recibido el año de (mil) quinientos setenta y siete. Preséntase Don José Vicente ante el Corregidor del Cuzco, Don Manuel López de Castilla, en Junio del año pasado de (mil) setecientos setenta y seis, estando ya esta causa pendiente ante el Alcalde ordinario; porque dicho Don Vicente siempre anda a escondidas, variando jueces y variando escribanos; y así se ve en los muchos testimonios que ha presentado, que el que le saca el uno, no lo autoriza otro; pero, vamos al escrito.

En él pide testimonio del interrogatorio de aquella información, y de la respuesta a la oncená pregunta que dió Don Felipe Sayri Túpac, uno de los testigos de ella, que se reduce a hacer constar la edad de setenta años que tenía este testigo, y a que declara que Manco Inca tuvo otro hijo en una hermana suya, que se decía Túpac Amaro. Supongo que este testimonio se dió sin mi citación; y que aunque está autorizado de Tomás de Villavicencio, Escribano Público, es todo de letra de Don José Vicente, que lo noto para lo que después se dirá. El fin de este testimonio y de esta undécima respuesta del testigo, no fué otro que el de ostentar Don José Vicente las pomposas, fantásticas reflexiones, para que se conozca el paladar de genio que tiene dicho Don José Vicente; porque a la verdad, sino se adivina, o sino se incuba con mucha molestia, no se puede entender lo que dicen las tales reflexiones.

Lo que yo he podido entender es una cuenta alegre que hace de la edad de Don Felipe Túpac Amaro, por la respuesta de dicha undécima pregunta, en que el testigo dice ser de edad de más de setenta años, y que en una hermana suya tuvo Manco Inca, por hijo, al citado Don Felipe. Considere Vuestra Alteza este instrumento de calificación, estos cómputos de años, y estas cerebrinas reflexiones de Don José Vicente. Bien se conoce que todo ha sido dirección suya, porque de otra suerte hubiera procurado arreglar sus pruebas a aquellas formalidades, que en el Derecho se hacen fidedignas.

¿Por qué no produjo esa información ante el Juez de la causa? ¿Por qué no la pidió con mi citación, para que yo la reconociese? ¿Por qué este arbitrio de estar huyendo de su colitigante, cuando su intervención y su noticia había de dar todo el vigor a su prueba? Ya se sabe todo lo que ésto significa; porque de otra

suerte, al buen pagador no le duelen prendas, ni al litigante que procede con limpieza le perjudica, y antes, sí, le aprovecha hacer sus pruebas a cara descubierta, de que resulta su mayor fe y su mayor esclarecimiento. Conque la tal undécima pregunta de un testigo, entre otros, que tendría esa Información, aún permitiéndole su fe, no pasa de una imaginación singular, quedando siempre en su vigor el inconveniente fundado de que Don Felipe Túpac Amaro, que apenas había nacido el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, no pudo tener entonces hijo y nietos, y por consiguiente que la Real Cédula de primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro es falsamente subrogada en ese imaginario Don Juan Tito Túpac Amaro, hijo supuesto de Don Felipe.

¶ Pero no es menester más que ver el testimonio de dicha Real Cédula, presentada a fojas diez y seis, cuaderno segundo; que aunque tiene los vicios de ser testimonio de testimonios, hace prueba contra quien la produce. Ya he dicho y vuelvo a decir que esta es una Real Cédula, librada a favor de Don Alonso Tito Atauchi, sin que se haya hecho otra cosa que copiarla, mudando el nombre de Don Alonso Tito Atauchi en el de Don Juan Tito Túpac Amaro. Tan cierto es ésto que el mismo testimonio a más de la igualdad que concuerda con la Real Cédula librada a favor de Don Alonso Tito Atauchi, como se ha referido, hace saltar él mismo la falsedad.

¶ Notará Vuestra Alteza que la Real Cédula habla con Don Juan Tito Túpac Amaro, hijo de Don Felipe Túpac Amaro; tres veces lo nombra, pero a la cuarta prosigue en estos términos: "que vos guarden y hagan guardar y cumplir a vos Don Alonso Tito Atauchi, Inga, y a los dichos vuestros hijos e hijas, etcétera".

Si la Real Cédula se dirige a Don Juan Tito Túpac Amaro y a sus hijos, si con él habla y repite su nombre tres veces ¿por qué a la cuarta ya se termina a Don Alonso Tito Atauchi y manda que a éste se le guarden todos los privilegios en dicha Real Cédula contenidos? Este es un renuncio conocido, y es un habérseles ido la mano al tiempo de copiar la verdadera Real Cédula de dicho Don Alonso Tito Atauchi, porque Dios permite accidentes, para que no prevalezca la falsedad; luego este testimonio de dicha Real Cédula es falso, falsa su encapitación, falsa la existencia y falso todo lo que, en virtud de ella, han obrado Doña Manuela, Don Diego Betancur y Don José Vicente su apoderado y protector; porque hacer la falsedad o usar de ella importa lo mismo, para lo que es la punición de este atroz, gravísimo delito.

Don José Vicente en su escrito de fojas... que en su desorden se conoce, muy bien, que es obra suya, gana por la mano; y soltándome un improprio indigno de mi reputación y de mi procedimiento, produce una excepción que aún no se le ha pedido, porque le acusa la conciencia. Dice que yo en las pulperías, con Barreda que supone mi mozo, he dicho el defecto de la expresada Real Cédula, en que a su final habla con Don Alonso Tito Atauchi, Inga. No me probará que yo haya entrado una sola vez en pulpería ninguna; porque los vínculos del honor de mis mayores, que circulan en mis venas, envueltos en su propia real sangre, me enseñan bien la estimación y aprecio que me debo dar.

Dice, pues, que es un equívoco insustancial y de poco momento, que a todo escribiente sucede. Cosa insustancial y de poco momento le parece a Don José Vicente, falsear un Real rescripto, fingir un Don Juan Tito Túpac Amaro, fingirlo hijo de Don Felipe Túpac Amaru, fingir a Don Diego Betancur su descendiente y, en fin, en-

gañar y faltar al respeto a los Tribunales con esta execrable falsedad. La excepción de Don José Vicente, si se puede decir insustancial, pueril y de poco momento, porque aunque todo escribiente se equivoca, poniendo una palabra por otra; pero esto sucede en las voces y en los nombres que le son conocidos, y de que trata el mismo instrumento que maneja; pero que hablando de Don Juan Tito Túpac Amaro, de que reza el instrumento, se le venga a la pluma Don Alonso Tito Atauchi, un Inca que le era desconocido, y que existió ahora más de dos siglos, y a quien no conocía, es equívoco, que sólo la serenidad de Don José Vicente lo puede llamar insustancial.

Si los cargos y los convencimientos de falsedad quedaran disueltos con satisfacciones de esta naturaleza, ya los falsarios habrían adquirido un libre pasaporte para quedar impunidos, y pudieran ser muchos los que con la Real Cédula de Don Alonso Tito Atauchi, hiciesen el mismo prodigio que ha hecho Betancur, con sólo el trabajo de copiar la Cédula, y subrogar un nombre ideal en lugar de otro. La falsedad es un crimen gravísimo, es perjudicial, y como de difícil probanza, las presunciones y los indicios la arguyen y la califican. Así cualquier vicio que se note en el Instrumento, falta de estilo y de verosimilitud, lo hace presumir falso y no vale la respuesta pueril de que es equívoco.

Son muchas las circunstancias que concurren para que se tenga por falso ese Real Rescripto, y para que no se repunte equívoca la expresión de Don Alonso Tito Atauchi, sino indicio y manifestación de su falsedad. No se equivocan los amanuenses con tanta erudición, que en lugar de Don Juan Tito Túpac Amaro, que era el de que se trataba, pusiese a Don Alonso Tito Atauchi, cabalmente el mismo a favor de quien se expidió la verdadera Real Cédula de primero de Octubre de mil quinientos

cuarenta y cuatro, copiadas y encapitada con la misma fecha, tenor y contexto en Don Juan Tito Túpac Amaro. Si éste pasara por equívoco insustancial, habría logrado Don José Vicente cerrar las puertas a los arbitrios que el Derecho y las Doctrinas facilitan para el descubrimiento de las falsedades y escarmiento de los falsarios.

Esto no puede ser, ni tampoco pudo el amanuense equivocarse en punto tan sustancial, porque sino es imposible, es muy inverosímil que copiando un Instrumento que hablaba de Don Juan Tito Túpac Amaro, subrogase en su lugar a Don Alonso Tito Atauchi; luego la falsedad respira y atosiga su pestífero mal olor, y más cuando el contrario funda la verosimilitud del fraude el mismo concurso de circunstancias en una Real Cédula verdaderamente librada en todo su tenor y contexto a favor de dicho Don Alonso Tito Atauchi.

Tito Atauchi tuvo hijos en varias mujeres solteras y también las tuvo Don Juan Tito Túpac Amaro. Aquél le hizo relación a Su Majestad de que tenía hijos, y éste le hizo la misma relación. Aquél fué buen cristiano y sirvió a Su Majestad en las cosas que se ofrecieron, y éste también tuvo igual mérito. A aquél le legitima Su Majestad los hijos, y también a éste con los mismos privilegios. A aquél se le expide una Real Cédula en primero de Octubre de mil quinientos cuarenta y cuatro, y a éste se le libra otra igual con la misma fecha. ¿Pudo ser esto factible, cuando vemos que la Cédula de Don Alonso Tito Atauchi, desde entonces, ha hecho tanto ruido en el Reino, donde en poder de sus descendientes hay multiplicados testimonios? ¿Puede ser factible, cuando nadie ha visto esa Real Cédula librada a favor de Don Juan Tito Túpac Amaro? ¿Puede ser factible que ninguno de los descendientes de sus muchos hijos legitimados haya producido esta Real Cédula, para

que se le guarden sus privilegios y prerrogativas? ¿Puede ser factible que de los hijos de Don Juan Tito Túpac Amaro, sólo quedase la descendencia de Doña Manuela, madre de Don Diego Betancur, sin que hasta ahora haya manifestado dicha Real Cédula o testimonio inmediatamente sacado de ella? Todo es de difícil ocurrencia, y todo está acusando la falsedad con que en la Real Cédula de Don Alonso Tito Atauchi se subrogó Don Juan Tito Túpac Amaro.

Lo mismo sucedió con la Real Cédula de fojas 19, dicho cuaderno segundo, expedida en Valladolid en nueve de Mayo de mil quinientos cuarenta y cinco, a favor de Don Felipe Túpac Inga Yupanqui y Don Gonzalo Pichogualpa, Señor natural que fué de estas tierras, en que le concede un escudo de armas, dividido en dos partes, con los blasones que expresa dicha Real Cédula. La parte contraria hizo con esta lo mismo que con la de Don Alonso Tito Atauchi, subrogando a Don Juan Tito Túpac Amaru, en lugar de los referidos Don Felipe Túpac Inga Yupanqui y Don Gonzalo Pichogualpa. Estos eran descendientes del gran Túpac Inga Yupanqui, y a aquél lo hacen hijo legítimo de Túpac Amaro de Cusi Tito y de Manco Inca; y hasta en esto hay falsedad, porque si es hijo de Don Felipe Túpac Amaro, no sería sobrino sino nieto de Manco Inca, de quien fué hijo dicho Don Felipe Túpac Amaro.

Mudaron también los blasones o las armas para hacer distinto el escudo de ellas respecto del concedido a dichos Don Felipe Túpac Inga Yupanqui y Don Gonzalo Pichogualpa, trasladando al pie de la letra en todo lo demás dicha Real Cédula, cuya copia simple tengo en mi poder, y de ella tiene testimonio autorizado Don Leandro Jiménez y Sahuaraura, clérigo presbítero, como descendiente de los Incas, que protesto presentar luego que pueda conseguirlo autorizado; y ya con ésto se ve

otro prodigio en las Reales Cédulas de Don Juan Tito Túpac Amaru, cual es el de convenir con la de los referidos Don Felipe Túpac Inca Yupanqui y Don Gonzalo Pichogualpa, con sólo la diferencia de variar el nombre y las armas, para diferenciarlas de las otras; y es mucho accidente que en la Cédula de la legitimación y privilegios de Cadena, asiento en Cabildo, etcétera, concurriese con la de Don Alonso Tito Atauchi hasta en la fecha, y que lo mismo sucediese con la del privilegio de Armas respecto de la expedida a favor de los referidos Don Felipe y Don Gonzalo.

Estas son las Reales Cédulas con que Doña Manuela y Don Diego, su hijo, han logrado poner Cadena, hacerse de privilegios y de honores, y abrogarse una descendencia que les es muy extranjera y muy remota; ya porque son falsas dichas Reales Cédulas, y ya porque no han probado ni pueden probar ser descendientes de ese Don Juan Tito Túpac Amaro, porque aún en caso negado que fuesen descendientes de Don Blas Túpac Amaro, no lo pueden ser de Don Felipe Túpac Amaro, último sucesor Inca, a menos que no desciendan también de Don Diego Felipe Condorcanqui y de la Co-ya Doña Juana Pilcohuaco, de quienes fué hijo dicho Don Blas y no de Don Juan Tito Túpac Amaro, como se supone de contrario.

Resultando de todo que las Reales Cédulas que han sido el principio y el motivo de todos los privilegios, que subrepticamente ha obtenido la parte contraria, son falsos, de que son autores Doña Manuela, Don Diego, su hijo, y Don José Vicente, su apoderado protector. A aquélla porque hizo la falsedad, y éstos porque usan de ella. Así lo convencen los fundamentos expuestos, que sólo pudieran desvanecerse manifestando las Reales Cédulas originales, que desde luego pido que las presen-

te, para que el mismo hecho de no presentarlas, como no las presentará, confirme la falsedad.

No es lo mismo haberse manejado hasta aquí clandestinamente, que haber de disputar la descendencia con audiencia de parte legítima, que no permite se le usurpen los derechos de familia por quien no tiene participación en ellos, ni que un falso descendiente del último Rey Inca del Perú obtenga de Su Majestad Católica, mi Señor, aquellas mercedes que su real piedad concede a los verdaderos descendientes de los Incas. Yo tengo derecho para pedirle a la parte contraria que presente las cédulas originales, y él tiene obligación de presentarlas; aun cuando no se redarguyesen de falsos los testimonios que ha producido; en ellos funda su intención Don José Vicente, y una vez que yo se los redarguyo debe presentar sus originales conforme a la Doctrina de los autores, mayormente cuando el interés de la materia en que se versan es de grave perjuicio y de grave consideración.

Aun sin pedirlo yo, debía presentarlos la parte contraria para hacer así más poderosa su prueba, resultante de su misma inspección. En esta inteligencia he traído conmigo mis instrumentos originales antiguos, para que siempre que se dude de los testimonios que he presentado, hagan su defensa y su vindicación los mismos originales, que ya en parte se han cotejado, corregido y concertado con citación del referido Don José Vicente; y ya también en su última declaración, hecha a pedimento de mi parte, confiesa haber tenido todos mis instrumentos en su poder, aún antes de haberse puesto esta demanda; con que todo cuanto contra el tenor de dichos instrumentos dijese, será contra su propia confesión y contra su propio conocimiento, y no será defensa sino injuria la de denominar bastarda a la Coya Doña Juana Pilcohuaco, y de nominarme a mí hijo de una

persona de extraño fuero, sin más fundamento que el de una desordenada propensión.

Presente la parte contraria, como yo lo hago, o manifieste sus instrumentos originales, para que con mi citación se concierten, corrija y cotejen con los muchos testimonios que ha presentado; y con esto sólo sin traer otras relaciones y otros parentescos que no son del caso, habrá fundado la no falsedad de esas Reales Cédulas, que dice libradas a favor de Don Juan Tito Túpac Amaro. Califique después con pruebas de formalidad que éste es ascendiente de Don Diego Betancur y el negocio quedará acabado; pero en el ínterin que esto no aparece, las cédulas manifiestan su falsedad, y en los autos no consta esa tal descendencia de Don Juan Tito Túpac Amaro.

Esto es lo que debe hacer, porque ni los testimonios de testimonios que ha presentado, ni las confirmaciones de los privilegios de su Armas, de su Cadena y de su asiento en Cabildo, referentes todas a las mercedes contenidas en dichas Reales Cédulas, pueden serle útiles en manera alguna, convencida la falsedad de dichas Reales Cédulas, que han sido el principio y el origen de esas confirmaciones repetidas, tanto que ahora nuevamente las ha refrendado en ese Superior Gobierno, porque le parece que con eso autoriza más sus propósitos, y pone distante de sospecha esos falsos testimonios de dichas Reales Cédulas.

Engañase, porque lo que es nulo siempre es nulo, y lo que fué falso siempre es falso; y por consiguiente todas esas confirmaciones de privilegio serán falsamente obtenidas, y serán un gravamen que los hagan más merecedores de la pena en la repetida falta de veneración y de acatamiento a los superiores tribunales. La verdad siempre es preferente, y en convenciéndose que el prin-

cipio es falso, han de ser suberpticias todas las confirmaciones, que de él se deducen y derivan.

Don José Vicente ha perdido mucho tiempo, ha impendido costos, ha engrosado el proceso, y me ha dado mucho que trabajar con multitud de instrumentos que, aunque inútiles, me ha sido preciso reconocer. Ninguno de ellos es fidedigno, todos son testimonios de testimonios dados por diversos escribanos. Las referidas Reales Cédulas que corren de fojas diez y seis, cuaderno segundo, aparecen testimoniadas por Juan de Saldaña, Escribano Público, en veinte y cinco de Enero de mil seiscientos ochenta y nueve, la una, y la otra en veinte y dos de Abril de mil seiscientos ochenta y ocho. De estos testimonios se sacaron otros testimonios que autorizó José Palacios, Escribano de Su Majestad, en la ciudad del Cuzco en cuatro de Junio del año próximo pasado de mil setecientos setenta y seis, y últimamente estas Reales Cédulas están comprendidas en el testimonio de varios instrumentos que corren de fojas diez y seis hasta fojas sesenta y nueve, cuaderno segundo, autorizado, en el Cuzco a veinte y ocho de Junio de mil setecientos setenta y seis, por Tomás de Villavicencio, Escribano de Su Majestad y Público, con la circunstancia de que él concuerda, y la comprobación es de letra de Don José Vicente, que es circunstancia que influye y hace decadente la fe del instrumento; de manera que el de dichas dos Reales Cédulas es tercer ejemplar sucesivamente sacado uno de otro, que ya se ve la ninguna fe que en Derecho merece, y más en un asunto de tanta entidad; pero así son todas las pruebas que ha dado, que se reducen a testimonios de testimonios.

Ya he dicho que si hubiese de contestar los ofrecimientos de Don José Vicente, sería obra difícil; cuando pone en los autos papeles de reflexiones, presenta las graduaciones de mi ascendencia y de la suya en el modo

desordenado que aparece a fojas treinta y dos, cuaderno primero; presenta al Señor Fiscal el escrito de fojas ciento once, dicho cuaderno primero, para personarlo en estos autos; y, en fin, sólo porque a un ocioso le dió gana de escribir la esquila de fojas ciento catorce, cuaderno primero, suponiendo que yo había puesto Armas en mi casa y Cadena, y me había ido a Chuquisaca, presentó el escrito de fojas ciento quince, pidiendo provisión para que se me quitasen las Reales Armas, Cadena y blasones. Jamás lo había pensado, porque yo no pondré Cadena ni pondré Armas, ni usaré de privilegio que la piedad de Vuestra Real no me conceda, porque aunque yo he mejorado de suerte con ser fiel vasallo de Su Majestad Católica, con toda su real benignidad atiende y ha atendido siempre a todos los descendientes de aquellos que en el gentilismo fueron Emperadores de estos Reinos.

Don José Vicente ahora últimamente, aún después de habérseme entregado los autos para responder, ha producido la declaración de fojas... hecha en la ciudad del Cuzco, a pedimento de Don Buenaventura Ladrón de Guevara, concuñado de Don José Vicente, en que pidió que declarase si era cierto haber oído en una conversación, ser yo hijo de una persona de extraño fuero; pero recibida esta declaración, ocultándola de mi noticia, y sólo con citación del Procurador General de la Ciudad, y después de remitida la causa a esta Real Audiencia; el testigo no dice otra cosa, que haber oído, sin acordarse cuándo ni a quién, que fulano Túpac Amaro (Cacique actual, que no sabe de qué pueblo ni tampoco su nombre) era hijo de persona de extraño fuero; y sin más que esta declaración singular, vaga, incierta e interminada, tiene Don José Vicente el arrojo de hacerme esta injuria, cuando es público y notorio, y mi misma inspección manifiesta que soy indio por todas

partes; pero descendiente del Inca último, que soy actual Cacique por legítima sucesión y por general aclamación de mis pueblos. Así en la imputación de bastarda, que en lo judicial y extrajudicial hace a Doña Juana Pilcohuaco, cuando de la prueba e información que ésta dió, consta haber sido hija natural del último Inca Don Felipe Túpac Amaro, y hasta ahora no se ha probado ni se probará lo contrario.

Yo soy hijo legítimo de Don Miguel Túpac Amaro como consta de mi prueba, partidas de bautismo y casamiento, de fojas y fojas, cuaderno cuarto; y como tal le he sucedido en el Cacicazgo, y estoy en actual posesión de él. El citado Don Vicente que su viveza no le hace omitir diligencia, se fué al pueblo de Pampamarca, uno de los pueblos de mi Cacicazgo, y pudo conseguir del Cura Don Antonio López de Sosa que le entregase los libros de bautismo y casamiento, que registró a su arbitrio y satisfacción, como así lo tiene declarado, a mi pedimento, de orden de Vuestra Alteza; y como encontró las partidas de mi bautismo en hojas sueltas, por negligencia de los curas, ya se deja presumir quién pudo sustraerlas. Bajo de este concepto Don José Vicente pidió que se trajesen los libros, y por último resultó que el Cura Don Antonio López de Sosa hiciese la declaración que originariamente se halla a fojas ciento noventa y seis, cuaderno segundo.

En dicha declaración que se ha de ver, expresa los motivos que pudo haber para que se hubiesen perdido aquellas hojas sueltas y por último da la razón siguiente: "O porque tal vez Don José Vicente García abusando de la confianza que le hice de los libros, al tiempo que vino a buscar las partidas de casamiento de Don Lucas Túpac Amaro, y la partida así mismo de bautismo de Doña Manuela Túpac Amaro (personas que jamás ni de tradición de padres a hijos ha oído mentar

en esta Doctrina a sujeto alguno), hubiese maliciosamente sustraído dichos papeles sueltos, como tiene dicho constaban en sus respectivos libros, etcétera" (7).

En esto vino a parar el ruido de las partidas de bautismo y casamiento, que aunque nunca las hubiera habido, como esta era culpa ajena, no me podía ser imputable, cuando por pública notoriedad, en aquellos pueblos y provincias soy conocido, y de sucesión en sucesión ha recaído en mí el Cacicazgo y tierras que actualmente poseo; y el mismo Don José Vicente en su

(7) En los acápites anteriores que se acaban de leer está la clave de la inexistencia de la partida de bautismo, en la iglesia de Pampamarca, del gran caudillo José Gabriel Túpac Amaru, partida de bautismo que, sin la menor duda, fué sustraída por parte interesada del respectivo libro parroquial. La declaración jurada del Cura Don Antonio López de Sosa confirma la sustracción de la dicha partida bautismal, elocuentemente, cuando dice: "Tal vez Don José Vicente García abusando de la confianza que le hice de los libros, al tiempo que vino a buscar las partidas de casamiento de Don Lucas Túpac Amaro y la partida, así mismo, de bautismo de Dona Manuela Túpac Amaro (persona que jamás ni de tradición de padres a hijos ha oído mentar en esta Doctrina a sujeto alguno), hubiese maliciosamente sustraído dichos papeles sueltos, como tiene dicho, constaban en sus respectivos libros"...

Sin embargo, copia de la mencionada partida de bautismo de José Gabriel Túpac Amaru, fué presentada por éste y que figura en el voluminoso expediente judicial, seguido en defensa de la sucesión de su Cacicazgo, y que desgraciadamente no logramos encontrar en nuestras búsquedas tenaces en el Archivo General de Indias de Sevilla, como ya hemos dicho anteriormente. Otros más felices investigadores de nuestra Historia, posiblemente, encontrarán dichos documentos. Así, pues, no se debe aceptar la edad de cuarenta años de José Gabriel Túpac Amaru, cuando emprendió el movimiento revolucionario libertador (en 1780) sino la edad de treinta y ocho años, como él mismo lo declara y consta en todas sus declaraciones de la causa criminal que se le siguió por las autoridades españolas, por el delito de haber querido quitar las cadenas esclavizadoras a su raza y a su pueblo (F.A.L.)

carta de fojas . . . que tiene reconocida a fojas . . . , bajo de juramento, con reconocimiento de todos mis instrumentos, me tiene confesada mi legítima descendencia, y no puede negármela ahora, sin incidir en una vergonzosa contradicción.

No podrá a la verdad dar igual satisfacción a los vicios y sospechas de falsedad, que tienen los testimonios de sus Reales Cédulas, ni tampoco a los que padece el que se llama testamento de Doña Manuela Túpac Amaro, que se haya presentado repetidamente; pero me contraigo al testamento de fojas ciento vuelta, cuaderno segundo. En una memoria que se dice otorgada en veinte y tres de Junio de mil setecientos tres, ante testigos, en que por una de su cláusulas se expresa dejar a sus hijos dichas dos Reales Cédulas, pero lo célebre es que esta memoria se vino a comprobar después de veinte y tres años, según manifiesta el testimonio sacado todo de letra de Don José Vicente, como lo están otros varios, dando este mérito más a su sopecha, y a la ninguna fe que merecen.

Los testimonios que ha pedido, y se le mandaron dar de la contestación a ciertas preguntas de una información, que se halla en los autos seguidos por Don José de la Cueva, parecen impertinentes, porque se reducen a probar que una Doña Beatriz Yupanqui fué hija de Don Felipe Túpac Amaro, último Rey del Perú. Esta información es dada en Lima, el año de mil setecientos diez; y ya se ve que no puede ser preferente a la que dió Doña Juana Pilcohuaco en el Cuzco, el año de mil seiscientos nueve, con testigos de vista y ciencia cierta como se ha fundado; pero permitida y no concedida esta filiación ¿es por ventura Don Diego Felipe Betancur descendiente de Doña Beatriz? ¿A qué viene, pues, a aumentar este papel más a los autos? Pruebe que hubo Don Juan Tito Túpac Amaro, pruebe que descien-

de de él, y pruebe que fué hijo de Don Felipe, que hasta ahora no ha probado, y entonces podrá ser descendiente del último Inca del Perú, como lo soy yo.

Ultimamente la parte contraria no ha tenido otro apoyo para sus triunfos, que el testimonio de dichas Reales Cédulas, información de Doña Manuela y memoria de testamento, que se dice haber ésta otorgado; y estando convencidos de falsos esos instrumentos, de nada le pueden aprovechar las providencias que ha obtenido; porque todas apelan sobre el supuesto de ser verdaderos y no falsos dichos testimonios antes sí hacen más grave la pena que las leyes imponen a los falsarios de los Reales rescriptos, que deberán sufrir Don Diego y su apoderado, sino presenta los originales que autorizan la fe de dichos testimonios. Ellos fueron, sin otra noticia ni otra ciencia, los que dieron motivo al informe que hizo a su favor el Cabildo de la ciudad del Cuzco, como consta de la certificación que dió a mi pedimento, y presentó en debida forma.

Siempre se ha procedido de contrario con obrepción en este asunto. Así en sus escritos tuvo libertad para asentar que los privilegios que goza, los había obtenido con su citación de los veinte y cuatro electores; pero en la declaración que hizo Don Diego Betancur, a mi pedimento, consta que no hubo tal citación, ni que jamás ha sido del número de los electores, cuyo cargo lo han obtenido siempre los descendientes de los Incas, como parece de dicha declaración, que así mismo presento.

Omito contestar otras cosas, porque no merecen esta pena, cuando yo no pensé haberme declarado hasta aquí; en cuya atención negando y contradiciendo lo perjudicial, y haciendo el pedimento que más convenga a Vuestra Alteza: pido y suplico que habiendo por presentados dichos instrumentos, se sirva declarar como llevo

pedido. Y juro a Dios Nuestro Señor y a esta señal de Cruz † no proceder de malicia; pido justicia, costas, etcétera.

Otro sí digo: que en los márgenes del proceso ha puesto dicho Don José Vicente, de su letra y mano, varias notas injuriosas y faltas de verdad, contra el estilo y moderación que debe guardar; y para que Vuestra Alteza comprenda que habré padecido y padezco con un litigante de esta clase, conviene a mi derecho se sirva mandar que, bajo de juramento y conforme a la Ley y so la pena de ella, reconozca dichas notas, si son de su letra y mano, y si las puso en esta Ciudad o en la del Cuzco, como así mismo las que se hallan en los autos seguidos en esta Real Audiencia por Don José de la Cueva, de que ha pedido testimonio, y se le ha dado de las respuestas a ciertas preguntas de una información, que se halla en dichos autos.

Item: reconozca, bajo del propio juramento, si los testimonios concuerdan, y comprobaciones de los que ha presentado, y se hallan en el segundo cuaderno, son así mismo de su letra y mano, con la expresión de los que son en cuyos términos.

A Vuestra Alteza pido y suplico se sirva mandar que dicho Don José Vicente haga el expresado reconocimiento, que protesto estar a él sólo en lo favorable, y pedir lo que me convenga, en justicia, que pido *ut supra*.

Otro sí digo: que en lo principal de este escrito tengo redargüidos de falsos los instrumentos presentados de contrario; así por las razones en que me fundo, como por la ninguna fe que hacen los testimonios de testimonios, con la calidad de ser dados por diversos escribanos, sin referencia a sus registros, ni a sus originales, y para que se eviten artículos.

A Vuestra Alteza pido y suplico se sirva mandar que dicho Don José Vicente manifieste los originales, para

que corregidos y concentrados con dichos testimonios, precediendo mi citación, se ponga por diligencia en los autos, para que conste, como yo lo he hecho con los instrumentos que he presentado, de los que para cualquiera duda, mantengo los originales en mi poder. Pido justicia, *ut supra*.

(Del Archivo General de Indias de Sevilla. Sección Audiencia de Lima. Legajo 1619).

CAUSAS DE LA SUBLEVACION INDIGENA

I N F O R M E

HECHO AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO-
OBISPO D. FRAY JOAQUÍN DE CLETA, CONFE-
SOR DE SU MAJESTAD, POR EL DEAN QUE FUE
DE LA IGLESIA DE LA PAZ, EN LA AMÉRICA
MERIDIONAL, SOBRE LAS CAUSAS DE LA
SUBLEVACIÓN DE LOS NATURALES DE
AQUELLOS PAÍSES DEL AÑO 1781 (*), Y
LOS MEDIOS MÁS PROPORCIONADOS DE
PACIFICARLOS PARA QUE SEAN VER-
DADERAMENTE RELIGIOSOS Y OBE-
DIENTES A NUESTRO SOBERANO; Y
SOBRE LA DECADENCIA DE LA DIS-
CIPLINA CANÓNICO-ECLESIASTICA
DE LAS IGLESIAS CATEDRALES
DEL PERÚ Y PARROQUIALES DE
LOS PUEBLOS DE INDIOS Y SUS
DOCTRINEROS O CURAS.

AÑO.....DE.....1788

(*) Esta Revolución, por la Libertad y la Justicia, que encabeza José Gabriel Túpac Amaru, estalló el 4 de Noviembre de 1780. (F.A.L.)

Ilustrísimo y Reverendísimo Padre:

Ya habían pasado muy cerca de tres siglos desde que la bondad y misericordia de Dios, que en todos tiempos ha manifestado ser el designio de su ardientísimo amor a los hombres el que todos ellos se salven, y lleguen al conocimiento de la Verdad, hizo nacer el nuevo día de la Gracia, día de salud y del verdadero consuelo y alegría en aquel vastísimo Reino Peruano; agregando así a su Santa Iglesia sus innumerables habitantes divididos en tantas naciones y lenguas ignoradas y desconocidas hasta entonces en este antiguo Mundo. A este fin la Divina Providencia que por fuerte y suave penetra del uno al otro extremo, y por infinitamente sabia dispone y ordena el cómo y en qué tiempo ha de derramar las benéficas influencias de su eficaz llamamiento a los que desde toda la eternidad predestinó, y apuntó en el Libro de la Vida; se valió de la religión e insigne piedad de los Reyes Católicos para que asociada del poder, valor y real esfuerzo con que su Divina Majestad los había condecorado, sirviese como de precursora que allanase los caminos del Señor, abatiese los collados de la impiedad, superstición e idolatría, quebrantase los cerros y puertas al abismo, y dejase libre el paso a la soberana luz del Evangelio.

De este modo quedaron alumbrados, como de repente, aquellos que no habían heredado de sus padres más que la obscuridad y confusión del engaño; habiendo estado desde tiempo inmemorial sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, sin que pudiesen echar de ver

su miseria, y menos buscar el remedio que el cielo les había preparado en la virtud y celo cristiano de los Reyes de España.

De aquí nació, Ilustrísimo señor, que cuando los americanos estaban más descuidados, cuando, según la expresión de Isaías, ni buscaban, ni aún preguntaban por Dios, se les apareció este Soberano Dueño en la fe y piedad de nuestros invictos Monarcas y sus más fieles vasallos. Descubrieron los Reyes Católicos las Indias, llegando por este medio sus naturales a abrir los ojos para discernir las sendas de la verdadera y eterna felicidad. Adquirieron para sí los monarcas de España el dominio, y por este medio se acercó el reino de los cielos a todos los moradores de las Américas.

Tomaron los españoles posesión de los metales y preciosidades caducas que contienen en sus senos subterráneos las Indias, pero recibieron en retorno sus habitantes la luz, la doctrina y la enseñanza de la sabiduría eterna, que los preparó y dió derecho a la herencia de las verdaderas riquezas e incorruptibles tesoros que ofrece el Señor a los que en las aguas del Sacramento que nos reengendra se alistan bajo de sus banderas, renunciando las obras del demonio y pompas vanas del siglo y observando la Ley y Preceptos del Altísimo.

¡Oh, qué admirable comercio! ¡Qué maravillosa conmutación de intereses y bienes inefables, para los que estaban antes fuera de la senda y camino de toda verdadera riqueza y felicidad! Mas, no sólo adquirieron el imponderable interés de mejorar tanto de fortuna en la adquisición y logro de aquellos eternos e incommutables bienes; sino que les nació también con ellos, el claro día de aquella felicidad temporal que produce la vida sociable, civil y política; la conversación racional y bien establecida, y la industria conocida y ejercitada; pues el católico celo de nuestros Soberanos, y el desvelo de

sus leales vasallos, no sólo se empleó en que los americanos fuesen instruídos en la doctrina cristiana, alumbrados con las luces de la verdadera religión, e ilustrados con los principios y medios de merecer la eterna bienaventuranza en la práctica de las virtudes; sino que puso una gran parte de su esmero en manifestarles prácticamente las reglas de una cultura digna de gente racional, que les hiciese abolir y renunciar las bárbaras costumbres que los tenían miserablemente sumergidos y reducidos al instinto sólo de sangrientas fieras; consumiéndose y devorándose unas a otras las naciones, como ignorantes enteramente de los fueros de la Humanidad, de las amables leyes de la caridad, y del destino de aquel dichoso fin con que el Soberano Autor de la Naturaleza unió y enlazó entre sí, todos los hijos de Adán.

Y aún fué más lejos la económica feliz providencia de nuestros monarcas; pues no se terminó hasta instruir a los americanos en el modo de labrar y cultivar la tierra, de lograr y gozar de sus frutos mediante la agricultura, y de aumentar así mismo sus intereses temporales, con la aplicación al tráfico, manufacturas y comercio dentro y fuera de sus respectivos países.

De todo esto se infieren precisamente las legítimas consecuencias, de que los reyes de España más que para sí mismos, conquistaron las Indias para sus naturales; que si adquirieron el dominio y señorío de ellas, no fué para dominar como dueños y señores a sus siervos y vasallos; sino para asegurar en la posesión de aquellos dominios los medios más proporcionados de ejercer perpetuamente, con aquellas miserables gentes, oficios de los más tiernos y amorosos; padres en enseñarlas, alimentarlas y protegerlas; que la misma luz que recibieron con la fe de las cosas sobrenaturales, les alumbró también para ver y conocer las leyes y fueros de la Na-

turalidad de que los tenía tan remotos, no sólo la ceguedad a que inducen las pasiones desordenadas, sino los prejuicios o preocupación derivada de la perversa educación transmitida de padres a hijos en el seno de la idolatría y gentilismo.

Bien patente y manifiesto era todo esto, Ilustrísimo Padre, a los que con ánimo imparcial y pensamientos cristianos y desinteresados veían los progresos y adelantamientos tan ventajosos que tenían los naturales de aquellos vastos dominios, después que recibieron el cristianismo, y se conservaron en él constantes bajo el suave yugo de la dominación de los monarcas de España; siendo esto evidente en tanto grado, que por cualquier lado que los mirasen, así por lo respectivo a la creencia y conocimiento de los dogmas católicos, como por la multiplicación y crecidísimo número de sus pueblos; por la regularidad de su trato apacible, y de sus costumbres; por lo relativo a la atenta solicitud al trabajo de que depende el sustento de sus familias, y finalmente por la docilidad de ánimo y sumisa, rendida sujeción al Cetro español; tendrían dificultad en discernir, si los actuales indios podrían ser hijos o descendientes de aquellos que encontraron los conquistadores en sus primeros descubrimientos, y hermanos de los que aún se hallan descarriados fuera del redil y gobierno de nuestros Soberanos; y por consiguiente lejos del conocimiento de la verdadera religión, y que por decirlo así, apenas se diferencian de los brutos; siendo el origen y principio que los distingue y extrae del abismo de tantos males, la divina gracia por Jesucristo, y la próspera dichosa sujeción y obediencia a la Corona de España.

También percibieron, entendieron y confesaron estas mismas ventajas innumerables indios habitantes de aquellos países, y por eso vivieron tanto tiempo sin mutación ni alteración alguna, agradecidos a la misericordia

de Dios, y reconocidos a nuestros reyes católicos, a los cuales tenían y estimaban por sus libertadores (1), dispensadores fidelísimos de los beneficios del Señor, protectores celosísimos de los obreros y maestros evangélicos que incesantemente han enviado para que los dirigieran a la vida eterna, y como amorosos padres a quienes deben su vida sociable, política y racional; extendiéndose tanto por este medio en aquellas regiones los brazos de la Cruz de Jesucristo en la eficacia de sus frutos, cuanto ha alcanzado el cetro de nuestros monarcas en su dominación; pues siendo la misma cruz plantada en aquellos países, como el árbol de la vida, ha sido protegida y defendida tan esforzadamente con la espada de los Reyes Católicos, que bajo de su soberana sombra vivieron pacíficos y seguros, no sólo los naturales americanos, sino los españoles y demás gentes que han pasado a habitar en aquellas partes, y a quienes la confesión y profesión de una misma fe y religión, y las sabias leyes del Soberano han mantenido en pacífica unión y enlace indisoluble hasta la época del presente tan invicto y glorioso, como religiosísimo Príncipe Carlos III, nuestro señor, cuya bondad, sabiduría, piedad, y amor a sus vasallos le hacen acreedor a la suerte y regalías de aquel Rey por antonomasia el sabio; para que bajo sus reales auspicios viviese cada uno en aquel nuevo mundo, quieto, seguro y tranquilo a la sombra de su higuera y de su vid.

(1) No obstante que reconocemos, en vista de numerosos testimonios, la virtud y probidad del Deán que fué de la Catedral de La Paz, Antonio González Pavón, hallamos su calificativo de "libertadores" aplicado a los Reyes de España de aquella época un tanto excesivo; pero disculpable, si se tiene en cuenta la indiscutible lealtad a la Monarquía de España de este ilustre sacerdote. Y esa misma lealtad refuerza la certidumbre de los hechos que denuncia en el presente informe. (F.A.L.)

Pero, ¡oh, qué incomprensibles son y han sido siempre, Ilustrísimo Señor, los juicios del Altísimo! y ¡qué inexcusables sus caminos y providencias! Cuando todas las cosas referidas corrían con la más dichosa prosperidad, cuando menos se debiera recelar de las causas que motivasen la menor variación y trastorno de un gobierno y estado sostenidos con tanta consistencia por los auxilios del Todopoderoso, y por los benéficos influjos de la real piedad, y beneficencia, cuando actualmente reinaba el Grande Carlos III, cuya insigne piedad, celo del honor y servicio de Dios, amor y atención a sus vasallos compiten con las heroicas reales prendas de sus más gloriosos progenitores, en la misma razón en que este monarca tan benéfico había dado a todas aquellas provincias de sus Américas las mayores y más convincentes pruebas de su católica rectitud, bondad y cariño particularmente en las innumerables cédulas que había expedido a favor de aquellos indios sus vasallos; entonces fué cuando, no sé, si por el avariento y ambicioso influjo de algunos de los habitantes en el Perú, acaso los más favorecidos, se levantó de improviso (aunque presumo que años antes premeditada) la más desecha borrasca que se haya visto en muchos tiempos y que puso en un fatal movimiento todo aquel espiritual temporal edificio erigido tantos siglos antes a esfuerzos de los mayores cuidados y desvelos cristianos.

Entonces fué cuando aquel enemigo común que desechó y sacudió siempre el suave yugo de toda legislación y legítima sujeción, y que desde el principio dijo: no me bajaré a servir, **non serviam**, tuvo por altos juicios, y terribles, divinas permisiones, la de insinuarse en los ánimos de muchos necios, que abusando de la real munificencia, o no contentos con la inferior suerte, o mediana fortuna de sus antepasados, inquietos y abandonados a las furiosas leyes de sus caprichos y pasiones

desregladas, conspiraron o cooperaron a que otros intentasen tomar la voz de quienes, según el real profeta, dijeron: rompamos las prisiones y cadenas que nos han echado los que nos dominan y arrojemos de nuestro cuello el yugo de su autoridad: **dirumpamus vincula oerum et propiciamus a nobis jugum ipforum**; apartando de sí al mismo tiempo la debida sujeción a su legítimo soberano y señor natural y la dominación de Jesucristo, pues con igual paso parece caminaban en sus errados violentos procedimientos, la rebelión contra su rey temporal, y la impiedad contra su Salvador y Rey de las Eternidades.

Comenzaron, Ilustrísimo Padre, a sentirse las consecuencias lamentables de tan inícuos principados proyectos en las funestas revoluciones que se experimentaron desde el año pasado de 1780; y que verificándose primero en la ciudad de Arequipa y en la de La Paz por el motivo de Aduanas, manifestaron sus tristes progresos en la sensible trágica muerte de don Antonio de Arriaga, Corregidor de la provincia de Tinta; y corrieron sin degenerar de su inhumana crueldad por las demás, de las ciudad del Cuzco, Oruro, Chuquisaca, Chayanta y comarcanas; habiéndose experimentado en ellas tantos trabajos, calamidades y desastradas violentas muertes, así de los rebeldes como de los que defendían la justicia y causa de la Religión, y del Rey y de la Patria, que exceden mucho a todo lo que se puede haber remitido a España en relación; no siendo menos sensibles los sacrílegos atentados en los despojos de las Iglesias y muertes de algunos sacerdotes que las infidelidades, desacatos y desórdenes contra la subordinación debida a la angusta soberanía de nuestro monarca.

Mas, habiendo sido la infeliz ciudad de La Paz, como el centro de la guerra y de las terribles tragedias, miserias y hostilidades, que se sufrieron todo el tiempo de

la sublevación, y que la hicieron bajar de improviso de la mayor altura de felicidad temporal, a la más sensible humillación y abatimiento; allí fué donde padecieron sus habitantes el cerco de seis meses, bien que interpolados, pasando noche y día aquellos nobles y leales paceños con las armas en la mano, y con el credo en la boca; viendo y esperando todos la muerte por instantes, no sólo en las nocturnas y diurnas invasiones de los sublevados, sino mucho más en el hambre, sed, y contagiosa pestilencia que por consiguiente padecían.

Viendo, pues, a esta miserable ciudad bloqueada tantos días y en estado de perecer, pues no cesaba la irrupción de los indios, ni la venía socorro y auxilio alguno de los que esperaba, ya se deja ver que los oficios que pertenecían a los sacerdotes, ancianos de Israel, y ministros de Jesucristo, eran, no el acometer al enemigo, no con armas materiales, municiones, y pertrechos de guerra, sino con las espirituales de la oración, y municiones de boca, con que puestos entre el vestíbulo y el altar, implorasen la divina clemencia, aplacasen la ira del Señor; amonestasen y acordasen sus obligaciones a los patricios; y procurasen reducir los dispersos al redil de aquel Pastor, cuya voz íntima el apóstol cuando dice: **omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit** y la que su primer Vicario profirió diciendo: **obeditte regi tanquam precellenti, et ducibus ab eo miosis**; pues de lo contrario era inevitable la pena de haber callado y el dolor de no haber suspirado ni respirado siquiera en tanta angustia y tribulación del pueblo: **ve mihi, guia tacui.**

Por lo que, hallándome yo entonces sirviendo la primera silla del coro de aquella iglesia, a la que sin mérito mío, me había promovido de la del Tucumán la piedad de nuestro soberano, no pude darme por desentendido del cumplimiento de aquellas obligaciones eclesiásticas que tan particularmente me comprendían; y así,

aunque oprimido, como todos los individuos de dicha Iglesia, con los sobresaltos y sustos mortales que por todos lados nos cercaban, me animé, fiado en los auxilios del Todopoderoso, a componer y pronunciar delante de aquel consternado pueblo la "Exhortación Vespertina" que ya impresa y publicada, presento con este Informe a Vuestra Señoría Ilustrísima, como producción, mucho más de los sentimientos en que se hallaba mi corazón, que de la pobreza y cortedad de mis talentos; asegurado de que no hablando a aquellos atribulados fieles, *in sublimitate sermonis*, sino proponiéndoles simple y sencillamente las verdaderas causas de aquellos trabajos y padecimientos, procurarían desenojar al Señor de la muerte y de la vida, con evitarlas en lo posible, y librarse así de sus formidables efectos, y terribles consecuencias.

Esta Oración, tal cual es, y sin embargo del estilo nada elevado que contiene, me parece demuestra el grado a que llegaban mis deseos de concurrir, según mis fuerzas, a atajar y cortar los gravísimos daños e inconvenientes insinuados. Y porque en ella se compendia casi toda la historia, tanto más sensible, cuanto más verdadera de los funestos sucesos y lamentables estragos de la citada rebelión y hostilidad, me pareció no importuno ponerla también en manos de Vuestra Señoría Ilustrísima que, teniendo las llaves del cielo en el gobierno y dirección de la Real Conciencia, podría inspirar en el ánimo de nuestro soberano, no las ideas tristes que naturalmente podrían producir en tan católico piadosísimo corazón, la noticia de tantos y tan graves males, sino el justo consuelo y alegría de ver ya libres dellos y de sus infaustos resortes, a sus amados vasallos de aquel su Reino peruano, mediante la paz y tranquilidad general que por el patrocinio del cielo, y las prudentes acordadas providencias que Su Majestad ha mandado expe-

dir, y se publicaron después en aquellas provincias, se empezó a experimentar.

Mas, por si acaso los informes que las motivaron, o fueron diminutos o no fueron bastantes para el pleno conocimiento de las causas que concurrieron en el levantamiento y general conmoción de dichas provincias; para que con ánimo grato a la suave y alta providencia de Dios se pueda aplicar nuestro soberano, por sus más fieles y celosos ministros, a poner más abundantes remedios a los increíbles estragos e innumerables desórdenes que han acaecido, y que originando el fermento, pueden servir también de ejemplares a otras revoluciones, que aunque tarden años en maquinarse, finalicen quizá, en lo futuro, en total ruina de la Religión y del Estado; me ha parecido, que la bondad, rectitud, cristiano religioso celo de Vuestra Señoría Ilustrísima no se gravará en que exponga yo aquí, o inserte a la letra la confesión que hicieron los indios más rebeldes y criminosos, bien que los más ladinos, menos rudos e indisciplinados a la misma hora de llevarlos al suplicio en la ciudad de La Plata; y la que, aunque algo difusa, es sin duda la más verídica y sincera, (o no hay alguna de esta especie que lo sea), según el tiempo y circunstancias en que se hizo, y conforme a lo que yo mismo oí, inferí y presencié con horror y con dolor, en La Paz, en Oruro, Potosí, y en la misma metrópoli de los Charcas.

Estando destinado por el prelado eclesiástico de esta misma ciudad, y por sus deberes propios de Párroco del Curato de San Sebastián de ella el Doctor don José de Ribera, Cura de los más sabios y celosos que traté en aquel vasto arzobispado, (y que sin otras prendas que lo adornan, le juzgo acreedor y digno de la más recomendable atención, y de cualquier merced que la piedad de Su Majestad quiera dispensarle), al auxilio y di-

rección espiritual de más de ochenta reos de la mayor consideración, los cuales eran cabezas principales del motín y conmoción de Chayanta; y a quienes desde el primer paso de su prisión hasta el último de su suplicio asistió incesantemente; por haber hecho punto de conciencia, según orden de dicho prelado, el explorar con discreto, radical examen la verdad de las causas y motivos de sus execrables excesos; cuando, arrepentidos de ellos, los lloraban y detestaban con el más vivo dolor y amargura de su corazón; y en aquella tremenda hora cual es la de la muerte, en que más que nunca se temen los juicios de Dios y se descubren los más secretos interiores sentimientos del alma; llenos de confianza para con aquel eclesiástico, a quien miraban casi con ojos moribundos, como a su párroco, pastor y padre, oyó que le decían suspirando, de ésta o semejante manera en su idioma:

« Tata (padre o señor), los corregidores nos han tra-
 « tado con tanto rigor e inhumanidad, que después de
 « hacernos los más gruesos y repetidos repartos, a veces
 « de cosas o géneros totalmente inútiles para nosotros,
 « no nos permiten siquiera aquellas treguas más regula-
 « res, sino que cumplidas las que a su antojo nos previe-
 « nen, al punto con despojan de nuestros bienes reduci-
 « dos a unos pocos ganados y sus frutos, de que depende
 « la subsistencia de nuestras familias; los venden a los pre-
 « cios más ínfimos o se los toman en aquellos más útiles a
 « su ambición; y si no hallan los suficientes para cubrir-
 « se con esta superabundancia, nos castigan con los más
 « crueles azotes, sin distinción de los que somos goberna-
 « dores o caciques; a los demás indios de los pueblos, pues
 « a los que tenemos estos empleos nos llaman como a los
 « otros, nos hacen arrimar el bastón, y nos azotan como
 « a ellos. También nos cargan de prisiones, y nos opri-
 « men en unos calabozos destinados únicamente para los

« que no contribuyen a los crecidos intereses de sus ministriles y demás sujetos que ocupan en su servicio, y son otros tantos tiranos que nos miran como a sus más viles siervos y enemigos.»

« Los cobradores de los diezmos y primicias han vinculado todas sus utilidades en los excesivos frutos que nos exigen con imponderable rigor. Los hacendados que podían defendernos, pues los servimos continuamente, se muestran indiferentes a nuestros trabajos; y lejos de aliviarnos, nos aumentan los padecimientos con las crecidas obligaciones que nos imponen, y las sufrimos nosotros, después de pagarles el respectivo precio del arrendamiento de las tierras que ocupamos, para no ser despedidos de ellas, siendo lo más sensible, que muchos de ellos a imitación de los Corregidores, nos reparten sus efectos inmoderadamente, y con poca diferencia sentimos con los unos lo mismo que con los otros.»

« Finalmente, son muchos más que éstos, los trabajos que padecemos; y siendo todo lo referido contra la mente de nuestro Rey y Señor, cuya real piedad sabemos las muchas providencias que ha dado y cédulas que ha expedido a nuestro favor, no tenemos siquiera el alivio y consuelo de poder ocurrir por el remedio; porque si vamos a nuestros corregidores, éstos no nos entienden por ignorar nuestro idioma, con cuyo pretexto y por tener con qué costear a sus familiares, sucede que cuando vamos con alguna queja o demanda, aunque sea de poco momento, nos mandan la pongamos por escrito, en el cual, y en las demás actuaciones, gastamos mucho más de lo que vamos a pedir o demandar. Fuera de esto, como regularmente estamos debiendo al Corregidor, tememos ponernos en su presencia, por no sufrir el riguroso modo con que acos-

« tumbra tratarnos; y aún cuando por casualidad no debamos al Corregidor, siempre tenemos recelo de comparcer ante él, por no contraer precisamente nuevas deudas; y de este modo, siempre tenemos por este lado denegada la justicia.»

« Si recurrimos a nuestros curas a fin de que se empeñen en nuestro patrocinio y defensa, aunque algunos de ellos nos suelen favorecer, bien que sin efecto, como hay otros que no entienden nuestra lengua, nos echan a sus ayudantes, los cuales, o por respeto a los corregidores, o por temor a los hacendados y arrenderos, o por otros fines interesantes, no se atreven a ser nuestros medianeros, sin embargo de ser nuestros padres y pastores. En este estado, y no quedándonos más recurso, que a los tribunales superiores que nuestros soberanos han establecido en estos sus dominios, para que nos hagan justicia conforme a sus reales leyes y nos miren con piedad, como a personas miserables; este mismo recurso o remedio, no nos sirve, sino para volvernos más infelices; porque los corregidores que siempre abundan en arbitrios, luego nos fulminan causa con sus mismos ministriles y sirvientes, por las cuales los propios jueces superiores nos restituyen a su poder, y no nos sirven nuestros recursos más que para empeorar nuestro estado.»

« Si alguna vez alcanzamos alguna providencia favorable y equitativa, nunca llegamos a ver su efecto, antes se suele experimentar la ruina del que llegó a conseguirla; como lo hemos experimentado en el mismo Tomás Catari, quien por haber ido hasta la ciudad de Buenos Aires y conseguir del señor Virrey, algunas providencias favorables a nuestra libertad, se fulminaron contra él, varias injustas causas, que lo hicieron reo de muerte, y a nosotros nos obligaron a pedir por aquél,

« que por nuestra defensa se había visto en tal estado. » (2)

Descubierto, pues, ilustrísimo Señor, por esta sincera confesión, que según opinión común de los imparciales experimentados, dista poquísimo de la verdad pura el origen y motivo de la rebelión de los indios, infería dicho eclesiástico y cura, por conocimiento práctico que tenía de la naturaleza y procedimiento de los mismos naturales, lo mismo que otros sujetos del mejor juicio y experiencia; y es que, dejando en su fundada solidez las reflexiones y conjeturas políticas de que se tenía poca inteligencia, y la verdad o verosimilitud de los muchos informes y testimonios auténticos que abundaban en los tribunales, y que habrían sido remitidos a Su Majestad; los medios que parecen más conducentes al deseado fin de pacificar totalmente a los indios, y reducirlos a una quietud, sumisión y obediencia duradera, y sin alteración en lo futuro, son los siguientes:

En primer lugar, abolir hasta el mismo nombre de Corregidor, tan odioso a aquellas gentes, y sustituir en su lugar otros jueces que separados de todo interés propio y particular, y rentados o asalariados por el Soberano, no entiendan más que en el recto gobierno, administración de justicia, y recaudación de los reales tributos; prohibir a estos jueces bajo las penas más rigurosas todo comercio en general, para impedirles de este modo aún las ocasiones de excederse; extender también la prohibición de repartos a los hacendados que lo tuviesen por costumbre; encargar a los mencionados jueces, apliquen todo su celo a la ejecución de estas disposiciones,

(2) En los acápites anteriores que van entre comillas, el informante González Pavón, con su alta autoridad y prestigio, justifica la Revolución de 1780, que encendió el más grande de los héroes del Perú y el Mártir Máximo de la Independencia Americana. (F.A.L.)

y a remover los excesos que adviertan en los diezmeros y otras personas valiéndose de la miserable condición de los indios, puedan oprimirlos y no dejarles usar de los fueros de su libertad, y de los privilegios y exenciones que les conceden las leyes del Reino, sobre las alcabalas y aduanas, en los frutos y cosecha de su industria.

Y finalmente, que procuren velar mucho e impedir que se introduzca y se venda a los indios con abundancia el aguardiente y otros licores semejantes, que por aquellas partes se hacen de diferentes especies de frutas; porque si con su **chicha** que es sólo agua de maíz cocido y molido a su modo, se embriagan con tanto exceso hombres y mujeres, qué será con el aguardiente, cuándo con aquéllo no llegan a privarse, como no beban grande porción, y con éste se ponen ebrios, con menos de un vaso pequeño. Por esto acaso habrá sucedido o sucederá sin duda en aquellos países, lo que más de treinta años ha, narraba un religioso misionero haber dicho un **iroqués** al Gobernador que era entonces del Canadá, y fué: "que la codicia de los franceses había introducido con el aguardiente la embriaguez, y todos los demás vicios, en los salvajes".

Mas, porque este medio parece está ya prevenido en parte, y mandado poner en práctica en aquellas provincias del Perú y Río de la Plata, por la acordada reunión de muchas en un gobierno, y la nominación hecha y publicada de Intendentes-gobernadores de ellas, se ofrece exponer los otros medios de conocida utilidad temporal, y mucho más espiritual para los mismos indios, y aún para todos los demás habitantes de aquellas partes de América, y son: primeramente, que los Gobiernos y Cacicazgos, no sean perpetuos ni hereditarios, sino trienales si pareciere; y se provean en aquellos naturales que sepan distinguirse en el amor y fidelidad al Sobe-

rano, como también en el arreglo, rectitud y pureza de costumbres y juiciosa conducta; que no pueda invertir, ni interrumpir esta orden o disposición, ningún alegable derecho de sangre o herencia que se quiera interponer, cuando el indio descendiente o heredero, carezca de las citadas circunstancias; para que de este modo los Gobernadores y Caciques actuales y futuros, con la esperanza de que sus hijos puedan sucederles, y con el temor de ser despedidos de estos empleos por falta de dichas buenas partidas, se dediquen a enseñarlos e instruirlos en ella desde sus más tiernos años, siquiera con la mira de que se hagan capaces de obtener los referidos ministerios; pues son muchos y graves los males que se han experimentado contra el bien común de los mismos indios por seguir la antigua costumbre de sucederse unos a otros en dichos cargos por derecho de herencia o descendencia.

Establecido éste, o semejante plan de gobierno entre aquellos naturales y proveyéndoles con modo racional y equitativo, de algunos ganados para la labor, y de géneros e instrumentos para la agricultura y manufacturas, (pues no se puede dudar que muchos de ellos, son por naturaleza muy poco laboriosos, muy desidiosos y holgazanes; y que es menester espolearlos para que corran al trabajo, y hacerles entender que para esto han nacido, pues deben ganar su sustento con el sudor de su rostro), lo que sin duda influirá más que todo, en la mayor y más deseable paz y tranquilidad de los indios, y aún de los demás habitantes en aquellas provincias, mira a establecer y radicar bien la fe y religión cristiana cuya falta les atribuyen muchos.

Y aunque con conocimiento experimental exponía el mencionado doctor y cura de San Sebastián de Chuquisaca que habiendo examinado en esta ciudad, a los ochenta que en ella fueron condenados a muerte, sobre los

principales puntos de religión y doctrina cristiana que debían saber para salvarse; encontró que a excepción de algunos pocos que rara vez asistían a sus parroquias, por vivir y tener sus ranchos muy distantes, o por su mucha estupidez, todos los demás estaban suficientemente instruídos en los misterios y artículos de nuestra santa fe católica, hasta explicarlos algunos en tres idiomas, sabiendo así mismo leer y escribir muy bien y confesando sencillamente que sus desafueros y excesos no habían sido efectos de irreligión, sino amargos frutos de una cruel desesperación; sin embargo no dejamos de conocer que aunque en estos pocos indios ladinos se hallasen las instrucciones y creencias necesarias, había otros muchos entre aquellas naciones conocidas y cristianizadas del Perú, en las cuales ni se halle semejante fe y religión, ni la necesaria instrucción cristiana; persuadiéndonos esto, no sólo la misma naturaleza de los indios tan inclinada a la idolatría y superstición, sino las expresiones y voces tan irreligiosas, anticristianas y aún blasfemas que les oíamos proferir desde la ciudad de La Paz cuando la tenían asediada y oprimida; y los sacrílegos atentados, desórdenes y estragos que ejecutaron en todas aquellas provincias.

Y siendo este el punto principal, a que debemos atender los eclesiásticos, y el que debe excitar todo el celo y compasiva piedad de los habitantes en ellas, particularmente de los provistos y destinados por Su Majestad a la cura de almas y predicación del Evangelio, me parece, (aunque no sea yo de los de esta clase), no cumpliría con lo que debo a Dios y al rey, sin exponer aquí a Vuestra Señoría Ilustrísima, lo que me hizo sentir la experiencia de más de veinte años en este particular que contiene puntos de la mayor consideración, para que los haga presentes a nuestro Soberano, a fin de que examinados y reflexionados por las claras luces con que

está ilustrado su Real y Supremo Consejo de Indias, se tomen las resoluciones y providencias más oportunas al remedio, sino se graduasen convenientes y adaptables los medios que iré proponiendo, y que los más atentos al servicio de ambas majestades, y celosos de la observancia de los Cánones Sagrados y disciplina eclesiástica, han juzgado ser los más proporcionados en las circunstancias que ocurren.

Reflexionando yo, Ilustrísimo Padre, el modo y la brevedad con que los Apóstoles introdujeron, radicaron y extendieron la fe y religión de Jesucristo por todo un mundo derramado en vicios, llenos de idolatrías y supersticiones; y considerando en cuán pocos años ejecutaron esta cristiana y religiosa conquista sin más armas que la paciencia, y sufrimiento en los trabajos y persecuciones, el desinterés propio, el celo de la gloria de Dios y el de la salvación de los redentos de nuestro Salvador Jesús, no puedo menos de admirar, con temor y temblor, los juicios del Altísimo, y conjeturar o inferir que sólo el poco ejercicio de aquellas virtudes, o el interés, ociosidad, la poca piedad y menos celos de algunos prelados y muchos curas de aquellas partes de América totalmente olvidados de sus deberes eclesiásticos y de las principales obligaciones del carácter de padres, pastores, y párrocos, puede haber sido el motivo, causa, u ocasión, de la falta de fe, religión y cristiandad que se nota en muchos de los indios, y de no haberse extirpado en ellos algunas supersticiones de sus antepasados a que son tan propensos y las embriagueces a que están tan habituados.

Porque si es por el tiempo, todos sabemos el poco que tardaron los apóstoles y sus sucesores, en conquistar y convertir para Jesucristo, las tres partes del Mundo que entonces se conocían; y habiendo casi tres siglos enteros que se descubrió aquella cuarta parte, de las Américas,

todavía se contempla a medio conquistar, y por radicarse, en muchos naturales el catolicismo y religión cristiana; pues se advierte que los más, si pagan los diezmos, y los derechos parroquiales, es involuntariamente, y con repugnancia conocida; y si asisten a la doctrina, al santo sacrificio de la Misa, y a confesarse, regularmente, es a fuerza y traídos como a lazo. Por lo que debiéndose ejecutar todas estas obras de cristiano con suavidad, amor y espontáneamente, para que se verificase ser el sacrificio voluntario y libre la acción, se sigue de lo contrario, que no ha entrado en ellos el cristianismo, o la fe y religión católica, como debe entrar para que permaneciera, y para que sus obras fuesen meritorias, agradables a Dios, y útiles para la salvación de sus almas.

Por todo lo cual, nos parecía a muchos de los españoles que hemos estado empleados en la América meridional, y experimentado por muchos años, así la índole y conducta de los indios, y aún de los descendientes de España, pero nacidos en las Indias, a los cuales llaman criollos, como su gobierno tanto eclesiástico y secular de todos; que en cuanto al eclesiástico, (pues del otro queda ya expuesto arriba el formado juicio), no conviene de modo alguno proveer aquellos obispos, en sujetos de edad avanzada, sean españoles o criollos; porque de lo contrario se sigue un tremendo perjuicio a la perfecta conversión y gobierno espiritual de aquellas gentes. ¿Cómo se podrá verificar, Ilustrísimo Señor, que los prelados electos en semejante edad, y acaso con achaques corporales aunque estén adornados de ciencia, probidad, y de las demás sublimes prendas, que canónicamente requiere la dignidad episcopal, puedan visitar personalmente sus respectivas Diócesis, confirmar sus pueblos, predicar e instruir en la doctrina cristiana a toda su grey, que son sus principales obliga-

ciones pastorales, cuando no pueden ya sin mucho trabajo caminar una jornada ni a caballo, ni en carruaje, aunque el camino lo permita; cuando apenas pueden con el cayado o báculo pastoral, ni aún con la carga de sus años; y cuando hay obispados de un territorio o distrito tan extenso que llega alguno a casi cuatrocientas leguas de longitud y trescientas de latitud, cual es el del Tucumán?

Por eso sucede Ilustrísimo Padre, lo que otros han lamentado conmigo; y es que algunos no predicán, ni catequizan; otros no visitan siquiera una vez sus diócesis, ni administran la confirmación a su grey; y lo que es más digno de llorarse canónicamente, que algunos después de electos y habiendo admitido tan tremenda dignidad, sin que haya sido necesario el *queratur cogendus* de los cánones, nunca van a ver a sus esposas; sino que alegando, representando, y molestando la piedad de Su Majestad, en su Real Consejo y Cámara de Indias, con que su edad y achaques, y la distancia de las provincias, aunque estén contreráneas, con la diversidad de climas y contrariedad de temperamentos, los imposibilitan caminar a sus destinos, logran de la Real Clemencia, aunque a pesar de ésta, el que los disimule o tolere tan notable canónica transgresión. Siendo aún más sensible el que, con los mismos pretextos, soliciten acaso el que nuestro Soberano, les haga merced de trasladarlos y mandarlos sentar en otra silla episcopal más cómoda, sin haber siquiera tomado posesión de la primera; y sin hacerse cargo que aun la primera excusa había y debía interponerse antes de admitir, y menos solicitar tan formidable aunque honroso empleo; y sin considerar que al mismo tiempo que impetran o exigen el consentimiento de Su Majestad, no sólo agravan su real católica piedad, y el celo tan esmerado como veneramos en su soberanía, por la observancia de la dis-

ciplina y cánones de la Iglesia; sino que también irritan con tales excusas y solicitudes la justísima ira de Dios, pues se niegan a los primeros indispensables deberes, de su alto ministerio, dejando a sus esposas viudas, en vida de sus maridos.

En confirmación de algunas de las asertivas proposiciones y fundadas presunciones contenidas en el párrafo que antecede, pondré dos ejemplares que entre otros, me admiraron más en el tiempo que estuve en las iglesias del Perú.

Provisto por la piedad de Su Majestad, para el Arcedianato del Tucumán, el año de 1764, y presentado en la ciudad de Córdoba, acompañé algunos días, a mi Ilustrísimo Maestro don Manuel Abad Illana, en la visita que, con la debida prolijidad, celo y trabajo, empezaba a hacer en aquel su vasto obispado; y la que, aun no contando más que 51 años de edad, y tardando dos, bien cumplidos en ella, no pudo concluir del todo, aunque se esforzó acaso como ninguno de sus antecesores; llegó en prosecución de este su ministerio pastoral, a un profundo valle algo distante de la ciudad de la Rioja, donde estaba situado un pueblecito de indios, y poniéndose a administrarles el sacramento de la Confirmación, se presentó, entre otros, una india muy vieja; preguntóla el Obispo ¿por qué estaba todavía sin confirmar, siendo tan anciana? la india sin perturbarse, con grande serenidad, y en un tono tan natural como sencillo, respondió: "porque ni tú ni otros como tú, habéis querido bajar aquí".

Pero creo, ha de admirar más, a Vuestra Ilustrísima, el siguiente acontecimiento: habiendo sido promovido el reverendo Obispo del Paraguay, don Manuel Antonio de la Torre, uno de los más beneméritos y ejemplares prelados que conocí en aquellas partes, a la Mitra de Buenos Aires, el año de 1762, fué electo para que le

sucediese en aquella, el Deán de la Iglesia de Huamanga, distante de la del Paraguay, más de 800 leguas. Este, después de haber admitido tan soberana merced, y pasado según presumo, a consagrarse, consiguió por las representaciones de su edad avanzada, de la grande distancia que tenía que medir para pasar donde le llamaba su indispensable obligación, y acaso de sus apurados achaques, el permanecer en la ciudad de Huamanga, todo el tiempo que sobrevivió a su elección, que fueron diez años. Muerto, no por ir a ver a su Esposa, sino porque se le cumplieron su días harto poco venerables, por sólo aquél desvío, aunque tan canos por su gran número, eligió Su Majestad para aquella iglesia, ya viuda de 72 años, al reverendísimo Prego, Religioso de la Orden de Predicadores, y residente en la capital del Perú, que dista del Paraguay más de mil leguas.

Sin embargo de contar ya algunos años sobre la edad varonil, emprendió su viaje al destino que había admitido. Consagróle al paso, el reverendo Obispo de Arequipa; y viéndose precisado a detenerse en la metrópoli de La Plata, como sufragáneo de este Arzobispado, y Vocal del Sínodo Provincial, que de orden de nuestro Soberano, se celebraba allí actualmente; a los dos años perdió casi del todo la vista, y oprimido de ésta y otras indisposiciones corporales, murió en mis brazos, en dicha metrópoli, a los cinco de haber sido renunciado como Obispo del Paraguay. Y sucediendo al referido, el reverendísimo Velasco que sirve y gobierna actualmente esta sede episcopal; como éste tardó en embarcarse y pasar a ocuparla, cuatro o cinco años, se evidencia haber estado dicha Iglesia, **viduata pastore**, más de veinte, sin el interregno de las vacantes.

Ya penetra Vuestra Ilustrísima los muchos cánones sagrados y punto de disciplina, que se traspasan en sucesos semejantes. Tampoco se le oculta el miserable es-

tado espiritual en que se hallaran aquellas ovejas de Jesucristo, o aquellos fieles del Paraguay, muchos de ellos neófitos por las reducciones bastante modernas que comprende aquel territorio. ¡Qué cizaña no habrá sembrado en aquel campo tan fecundo el hombre enemigo! ¡Qué labruscas, qué zarzales de ignorancia de la ley y preceptos del Cristianismo! ¡Qué malezas, qué tribulos y espinas de malos usos y peores costumbres, no habrá brotado en tantos años aquella especiosa viña del Dios de Sabaoth por falta de labrador de riego y de cultivo! ¡Y cuán minoradas, flacas y desfallecidas unas, descarriadas o destrozadas de fieros vicios otras, no se hallarán las ovejuelas de aquella cristiana grey, por tan larga ausencia y falta de Pastor!

Quedo aturdido, Ilustrísimo padre, cuando considero que no ha bastado a remediar, estos y los consiguientes males, y transgresiones eclesiásticas, aquel católico imponderable celo tan digno de veneración en nuestro gran Monarca, que teniéndose por más gloriosamente dichoso en ser el mayor protector y patrono de la disciplina sagrada y canónicas instituciones de la Iglesia, para que así sea santificado, extendido, ensalzado y alabado el santo y augusto nombre de Dios, en aquellos sus dilatados dominios, y en todas las demás partes de la cristiandad; que en ser el más grande y glorioso Emperador de dos mundos, y en que se dilate y extienda su Imperio y dominación temporal en el Nuevo, le determinó a resolver con la mayor sabiduría y discreción: “el que los europeos electos obispos de América no se consagrasen en España, sino que, verificada la elección, echasen luego el pecho al agua, y pasasen inmediatamente a gobernar sus respectivas Diócesis, mientras de orden de Su Majestad, se postulaban los Breves o Bulas Pontificias, para que pudiesen consagrarse en los países conterráneos a sus Obispos”.

Por esto, Ilustrísimo padre, madurando con la experiencia nuestra reflexión, pensábamos muchos celosos de la santificación de las almas, y llenos de amor al real servicio de nuestro amabilísimo Rey y Señor, que lo más conducente al de ambas Majestades, era elegir para prelados de aquellas iglesias, a los presbíteros seculares o regulares de las Catedrales o Conventos más cercanos a las sillas episcopales que vacasen; porque éstos, como no sean muy ancianos, y estén adornados de una gran piedad, celo pastoral y desinteresado, y medianamente instruídos en la disciplina eclesiástica, en la Liturgia, con abundante y sana moral y doctrina cristiana, para poder a todas horas catequizar e instruir a su grey, aunque no sean grandes teólogos ni jurisperitos, tienen la ventaja para gobernar mejor, y ser más útiles a aquellas Iglesias, que los que van desde mucha distancia, así del conocimiento práctico que han adquirido, o pueden fácilmente adquirir, del territorio o distrito a veces inmenso que tienen que caminar apostólicamente, para sembrar su doctrina, cultivar su viña, y dar el pasto saludable a su grey, como de las costumbres y conducta de los pueblos de su jurisdicción. A lo que se agrega también, estar más exentos de las consecuencias, a veces bien fatales a la salud y robustez corporal tan necesarias para el ministerio, por la contrariedad de climas, temperamentos y complexiones; y digo no ser necesario que sean grandes teólogos, ni jurisconsultos; porque de lo primero sabemos por experiencia, que basta poco, como abundan las otras buenas prendas que dejo insinuadas, para el gobierno espiritual de aquella cristiandad.

Y por lo perteneciente al Fuero contencioso, lo pueden encargar o delegar muy bien a los Provisores o Vicarios Episcopales que elijan, pues los hay en las más de las Diócesis hábiles y facultativos en el derecho de los Pontífices y de los Césares; con tal que así a éstos,

como a los Fiscales, Secretarios de Cámara y Notarios Eclesiásticos, asignen los prelados de sus mismas rentas (puesto están en aquellas partes, muy bien rentadas las Mitras), el salario u honorario correspondiente, para que juzguen los pleitos, concedan lo indispensable, den los títulos de Ordenes, Curatos y Vicarías, y las Licencias de celebrar, confesar, etc. **todo gratis**, como lo ordena el Santo Concilio de Trento; sin que sobre esto se les deba admitir alegación en contrario, porque fuera de ser ésta una obligación, tienen ejemplares conformes en los mencionados dignos prelados, don Manuel Abad Illana, don Manuel Antonio de la Torre, y el actual ejemplarísimo Reverendo Arzobispo de La Plata, don Fray José Antonio de San Alberto, a todos los cuales tuve el estimable honor de tratar, y el gusto de verles poner en práctica este deber tan canonizado.

Pero me resta hacer presente a Vuestra Señoría Ilustrísima, sobre mi conciencia y honor que en el referido asunto de la propuesta elección de prelados en los sujetos establecidos ya o naturales de América no discurre, con toda mi experiencia, medio alguno de evitar el escollo de los informes o siniestros o sobreexcesivos que navegan de allá para acá, acerca de las prendas, méritos y circunstancias que suponen, acaso por particulares respetos o intereses, en los que desean recaiga dicha elección. Puedo decir sin exageración a Vuestra Señoría Ilustrísima, supe que algunos eran, no sólo abultados, sino de puro bulto, Como no se esté a lo que Su Majestad ha mandado dar, cada quinquenio, sino me engaño, a los mismos Obispos de aquellas partes, de la conducta, circunstancia y mérito de todos sus clérigos súbditos; y que se esté solamente a dicho informe episcopal, no alcanzo cómo se pueda discernir entre lepra y lepra. Quédame sin embargo el consuelo, de que a la alta sabiduría, seria circunspección, penetración

y prudencia de su Real Supremo Consejo y Cámara de Indias, no se ocultará el medio más oportuno, así para consultar a Su Majestad, sujetos de obtener dignamente las Mitras, como de las mercedes, las prebendas y canónjias de aquellas iglesias catedrales. Mas, en cuanto a los que conviene, se dispensen estas mercedes y prebendas; parece se destinan ya para servir las aquellos presbíteros que sobre otros méritos tengan el de haber sido curas mucho tiempo.

¶ Pero no pudiera aquietar mi conciencia sin manifestar también, en este particular a Vuestra Señoría Ilustrísima, haber sabido de algunos, que si habían sido curas muchos años, había otros tantos que no curaban ni ejercían sus deberes pastorales. Que se hagan las mercedes de las prebendas a los párrocos o doctrineros, que habiendo cumplido exactamente con las precisas obligaciones de Curas de Almas mucho tiempo, se hallan cansados, sin especial premio y acaso enfermos e imposibilitados a la residencia formal en sus parroquias, siempre se juzgará bien acordado, muy equitativo, justo, y muy conforme a la disciplina canónica. Mas en este caso, según mi tal cual juicio de experiencia, no se deben éstos premiar con raciones, ni medias raciones, que en algunas Catedrales serán en realidad de hambre, sino con dignidades o canonicatos, cuyas obligaciones se cumplen con algún más descanso, por ser menos laboriosas. Fuera de esto, si algunos curas han sido verdaderos pastores, y muy útiles a sus feligreses, no fuera extraño, antes muy provechoso al bien y felicidad de muchos, y a la salvación de ellos mismos, el que premiados de otro modo permanecieran en sus destinos parroquiales, hasta morir en el puesto, como fieles ministros y soldados de Jesucristo; pues lo contrario, infiere muchas veces, la desgracia de aquellos hijos, que en vida de sus padres que los criaron y educaron bien, son entrega-

dos a otros padrastrós, que ni cuidan de la misma educación, ni aún le dan siquiera de comer. Pero, de ascender a dichos curas a los coros canonicos, no parece conveniente sea en prebendas inferiores.

¿Dónde hay valor eclesiástico, ilustrísimo Padre, para ver desfigurada toda la hermosura de la Hija de Sión, o todo el concierto y decoro de las iglesias catedrales de Indias, que debían hacer gloria de emular a las de España, en la majestad y solemnidad de las funciones de altar y coro, en el orden, armonía y concierto de las sagradas ceremonias, en el género de canto, pausa, seriedad y distribución del rezo de la Divina Salmódia; y que deben servir de norma y ejemplar por donde se gobernasen y modelasen las iglesias parroquiales, y aun las monasteriales, con la inagilidad y pesadez de los mismos ministros de segundo o tercera clase; con su ninguna instrucción en el canto llano o gregoriano, que es el que debe estar en su punto en las catedrales, (y cuya perfección, no pude introducir ni fomentar en las del Tucumán y La Paz, por más que puse todo conato, y apuré mis fuerzas), y con la ninguna ciencia ni experiencia de la secuela, ceremonias y costumbres de los coros eclesiásticos? ¿Y cómo ha de ser a propósito para todas estas funciones, ni aun capaz de instruirse en ellas un Cura, ya de edad madura, acostumbrado por muchos años a rezar sólo en el campo, a decir su misa rara vez cantada (y quiera Dios bien rezada), y a no servir de diácono, ni haber cantado una Epístola, ni un Evangelio en iglesia alguna?

Por eso ví algunas veces con dolor, que algunos traspasaban casi todas las ceremonias corales y de altar, que rezaban la Epístola en lugar de cantarla, o que recitaban el Evangelio con una voz tan desentonada, lúgubre o áspera, que era gran pena oírlos, por la desedificación e indevoción que causaban a unos, y la irrisión

a otros, con la compasión en todos, de ver ir a algunos diáconos ya canos y venerables, del altar al coro, y de éste al altar, abrumados más con el peso de sus años, que con el Turíbulo o libro de los Evangelios, que llevaban en su manos; sucediendo el mismo desorden cuando rezan o cantan alguna lección en los maitines; pues, o parecen que tocan a silencio, o a espantar las aves nocturnas de la bóvedas de la iglesia.

No, señor Ilustrísimo, en todos estos deberes eclesiásticos y en los demás que iré apuntando, están muy deterioradas, o deshonoradas, aquellas iglesias catedrales, como habrá sin duda informado a Su Majestad, en su Real Consejo y Cámara de Indias, el sabio celosísimo prelado actual, de la Metropolitana de La Plata. Provéanse en buena hora, las prebendas superiores, en curas cuya arreglada conducta pastoral, los haya hecho dignos de este nombre tan venerable en todos los siglos de la Iglesia; y las inferiores, estarán más bien servidas, por los mismos subalternos o ministros de aquellas catedrales en que hayan servido los oficios de mozos de coro, acólitos, salmeantes o cantores, y capellanes. Estos tales, como criados e instruídos prácticamente en aquellos ministerios inferiores, cumplirán mejor, y podrán obtener con más decencia, decoro y honor de la misma Iglesia, las medias prebendas y las raciones enteras; siendo así que correspondiendo en ellos una regularidad eclesiástica en su vida y costumbres, no se pueden juzgar indignos, sino muy acreedores a las mercedes de dichas prebendas. Pues toda la historia más antigua de la Iglesia, nos suministra no pocos ejemplares, de haber ascendido, por todos los grados referidos, muchos ministros inferiores, hasta el último de Obispos y superiores prelados; y no ha muchos años, que creo obtenía la Dignidad Primera del Coro de la Catedral de Salaman-

ca, el mismo sujeto, que desde mozo de coro, había ido ascendiendo a ella, en aquella iglesia.

Sin embargo de esto, si pareciere convenir al servicio de Dios y de su Iglesia, que algunos de los mencionados, se quede siempre en un mismo grado o empleo inferior o medio, no se podrán quejar de que no son ascendidos, antes bien se deben tener por dichosos, de que son útiles a la Madre que los ha alimentado y dar gracias a Dios de que pueden servir de algo a su Iglesia, aunque sea en el más ínfimo lugar; pues deben considerar, que, fuera de haber establecido sabiamente la Iglesia, que algunas prebendas sean solamente diaconales, como se ve en muchas catedrales de nuestra Península; en la casa del Señor, todos empleos son honoríficos, y que en la jerarquía eclesiástica, no debe haber menos ordenada serie y armonía, que en cualquiera república secular, política y civil; y es cierto que en éstas se advierten, que unos ciudadanos son siempre ministros de inferior clase, como alguaciles, fiscales, tenientes, regidores, etc.; otros llegan a ser alcaldes, corregidores, superintendentes, gobernadores, etc.; pero se ve también que muchísimos, y aún sus hijos y nietos, se quedan toda su vida en aquellos oficios inferiores, sin quejarse jamás de que no los elevan a los superiores; y de este modo, concurren todos al buen orden y gobierno de los pueblos y son útiles a la sociedad.

Después de esto, para exponer a Vuestra Señoría Ilustrísima, los demás defectos que observé, y desórdenes que aún subsistirán, en aquellas iglesias catedrales del Perú y Río de la Plata; es preciso suponer que en dictamen de muchos eclesiásticos de juicio y timorata conciencia, muchas leyes, así canónicas como reales, no se pueden observar perfectamente, ni aún se permiten al cumplimiento de dichas iglesias, por la inopia de ministros sagrados, particularmente en las de Buenos Aires,

Paraguay, Tucumán y Santa Cruz de la Sierra, pues en todas estas cuatro juntas, no sé que llegue a treinta el número de prebendados y ministros de coro; por lo cual me sucedió más de una vez, asistir al de la iglesia del Tucumán, siendo Deán de ella, acompañado solamente, de otro prebendado y el único capellán que hay en él; causándome gran amargura no poder lograr por esta causa, se celebrasen los divinos Oficios siquiera con la solemnidad y decoro, que se pueden celebrar en una pobre parroquia de nuestras Castillas.

Peró, sin embargo, conocemos que todas o las más de dichas instituciones eclesiásticas y reales, se pueden y deben observar, a lo menos, en las otras iglesias de América que tienen suficiente número de individuos. Lo que prevenido como incontestable, los defectos canónicos y de disciplina, que noté en aquellas iglesias catedrales que frecuenté por muchos años, son los siguientes: El señor Benédicto XIV en su precioso Sínodo Diocesano y en sus Constituciones Eclesiásticas inculca mucho, como cosa muy necesaria, de la mayor consideración, y establecida por derecho común en el Concilio General de Trento, que se cita también en la Recopilación de Indias, sobre que, en los coros de las iglesias catedrales y colegiales, haya dos apuntadores, nombrados uno por el Obispo y otro por el Capítulo; y a lo menos uno, el cual haya de llevar diariamente cuenta y razón de las faltas que los Prebendados y Ministros hagan a las horas canónicas; y que al cabo del año se prorratee el cúmulo de ellas entre los asistentes que no las cometieren, sin que éstos puedan condonarlas, ni remitirlas, pues ha de ejecutarse **absque ulla colusione**.

Y ¿cómo se cumplirán estas canónicas determinaciones, en las Catedrales de La Paz y Tucumán en las que nunca experimenté hubiese tal apuntador? Por eso faltaba cada uno al coro y al altar, cuando quería impu-

nemente, hubiese o no, cumplido sus recles canonicas; fuese o no tiempo en que no es lícito tomar, los permitidos por el Tridentino, sin perder los frutos de las prebendas correspondientes a los días u horas que se faltase, exceptuando sólo los casos de verdadera enfermedad y ausencia legítima. Y ¿cómo se cumplirá tampoco con esta indispensable obligación en la Iglesia Metropolitana de los Charcas, donde aunque observé, tenían destinado Apuntador, era éste, uno de los ministros inferiores, quien, o por interés propio o por temor y respeto al Superior que faltase, dejaría de cumplir su oficio, con aquella recta exactitud, que excluye toda excepción de personas?

Por esto, se seguía al fin del año, o al repartir las rentas de la masa capitular, la colusión de no exigir o descontar de la suya, al que fallaba, lo correspondiente a sus faltas; o la de condonar los interesados en ellas, lo que respectivamente les pertenecía; llevados quizá, de aquel vulgar proloquio: **"hazme tú la barba, que yo te haré el copete"**. Y por eso también, estando yo en dicha ciudad de La Plata, el año de 1782, observé y supe por el contador de aquella iglesia, la indigna, o mejor diré, cruelísima indulgencia con que se trataba de condonar las notabilísimas faltas, que anualmente hacía al Coro un Prebendado; que, siendo muy hacendado, solía pasar los nueve meses en sus estancias o casas de campo, y sólo los tres restantes, asistir malamente a su iglesia.

De modo que invirtiendo totalmente el reglamento canonical, de poder tomar anualmente a lo más tres meses de recreo para descansar o aliviarse de las fatigas de su oficio, si las hubiese sufrido, (y esto con la justa restricción que, según la mente del citado Concilio General, pone el mismo señor Benedicto XIV y la que aún liga mucho más en aquellas iglesias del Perú; pues con-

forme a los decretos del Concilio III Provincial Limense, aprobado por la Silla Apostólica, y mandado observar en aquellas partes, no se puede tomar más de un mes de reple, y éste acaso interpolado, a causa de que habiendo tan poca copia de Prebendados, quedaría casi desierto el Coro, y de ningún modo se pudieran celebrar los Divinos Oficios, con la correspondiente solemnidad, decoro, y decencia), el tal prelado asistía los tres meses, acaso bien interpolados al coro de su iglesia, y los nueve al de sus haciendas de campo; disculpando o queriendo justificar sus faltas corales o canónicas, con unas certificaciones médicas, que me parece necesitaban curarse, más que las indisposiciones corporales de que daban testimonio nada auténtico.

De la misma falta de Apuntador, procede también la inobservancia de la debida asistencia a la iglesia y cumplimiento de las obligaciones relativas a aquellos prebendados, cuyos oficios peculiares están sin uso en aquellas Catedrales, donde hay estas prebendas. Porque si el Prelado elige por su Provisor y Vicario General, a uno que sea de *corpore capituli*; se disculpa éste muchas veces, para no asistir al coro, con la culpa de estar despachando o actuando en el Juzgado o Tribunal Eclesiástico mientras se celebra la misa, o las horas canónicas; pues consta del mismo sapientísimo Pontífice, en sus dichas Instituciones Eclesiásticas, que ni el Vicario del Obispo, ni el Examinador Sinodal, ni catedrático alguno de cualquiera Facultad, como no sea miembro del cuerpo del Cabildo, está exento de la asistencia al Coro; si es que, ha de hacer suyos los frutos de la Prebenda.

Habiendo también observado que en la iglesia donde hay Canónigo Magistral o Penitenciario, ni el primero predica, ni el segundo se sienta en el confesionario sino rara vez, juzgándose acaso libre de estos sus deberes característicos, por sólo que recibieron de nuestro so-

berano las mercedes de estas Prebendas de Oficio. Considere Vuestra Señoría Ilustrísima, si será ésta la Realmente de Su Majestad, en dispensarlas, o la intención de la Iglesia en la Institución de dichas Prebendas Ministeriales; mientras yo, fundado en estos pasajes y en los que aunque, con molestia de la atención de Vuestra Señoría Ilustrísima, hago conciencia de ir manifestando, descubro los sentimientos de mi corazón; y son que sí, como digo al medio de este sencillo informe, juzgo a aquellos indios del Perú a medio conquistar para Jesucristo, pienso así mismo que aquellos canónigos, están a medio canonizar o arreglar, que es lo mismo; y que pongo muy en duda su salud eterna de muchos, si no restituyen a la Iglesia lo que han recibido de esta benigna madre, sin hacerlo suyo, o sin tener derecho alguno a percibirlo; perseverando en mí, el dolor de no haber tenido noticia en 20 años, de que alguno haya ejecutado semejante satisfacción.

Aún es más digno de consideración, el defecto que en todo este tiempo noté, en punto de las distribuciones de los Interpresentes o Manuales, como los nombran en La Paz, donde más lo observé; porque en Córdoba del Tucumán, apenas hay más ingreso de esta clase, que el estipendio de la misa votiva del Santísimo Sacramento, que se celebra el Jueves de cada semana, y por causa de la cual, no se dice la conventual: **semper cantanda post tertiam**, según decretos auténticos, sin duda por el cebo del pronto estipendio de la votiva. Estos Interpresentes o Manuales, saben todos, o deben saberlo, que son producidos de las dotaciones, u obras pías particulares, que en el testimonio de sus últimas voluntades, dejan los patronos o fundadores de las iglesias o capillas, u otros fieles del pueblo, como son: misas votivas, aniversarios, y otros sufragios por las ánimas de sus difuntos, para que se cumplan en las Iglesias Cate-

drales o Colegiatas, fincando en sus casas, haciendas o bienes raíces, el fondo preciso a los réditos anuales necesarios para la dotación de ellas; pero con la expresa postrimera voluntad, de que dichos réditos se prorrateén y repartan sólo en los prebendados y ministros que asistiesen personalmente, a la celebración de aquellas misas o sufragios, y los encomienden a Dios en ellos; no entre los ausentes ni aún enfermos, como se ve en muchas iglesias de nuestra España; porque son dotaciones extraordinarias totalmente voluntarias, y sobre las rentas de la Masa Capitular o Común.

Siendo esto constante, está muy lejos de observarse así, en la referida iglesia de La Paz; pues experimenté y supe que estos Manuales o Interpretantes se repartían sin discrimen a todos; estuviesen o no, ausentes o enfermos, asistiesen o no asistiesen. Sobre lo cual es muy digna de admiración, la conducta del reverendo Prelado actual de aquella Catedral, que habiendo tolerado y pasado por esta costumbre, que se puede llamar uso furtivo o corruptela inicua, más de veinte años, no parece quiere ahora que corra a mi favor; pues habiendo merecido a la real piedad de Su Majestad, en atención a las causas expuestas y justificadas por su Real Cámara de Indias, la admisión de la renuncia absoluta que hice de la primera dignidad de aquel Coro que obtenía por su real Merced; y habiéndome concedido con igual clemencia, todos los caídos de las rentas y emolumentos de dicha Prebenda, desde que constase haberlos dejado de percibir hasta el 12 de Mayo del año pasado de 1785, en que Su Majestad se dignó admitirme la citada dimisión de mi deanato. Me ha informado poco ha un individuo de aquel coro, no haberse entregado dichas rentas y emolumentos a mi apoderado, sin embargo de ser ya pasados más de dos años después de la Real Concesión, porque el referido reverendo Obispo

se había opuesto diciendo: "se depositasen, porque tenía que representar sobre ello a Su Majestad, y que los Manuales se debían sólo a los interesados". Sin advertir que aunque así debe practicarse, no se ha ejecutado por su omisión en aquella iglesia; y que he asistido yo todo el tiempo que estuve en ella antes de mi legítima justificada ausencia a todos los interpresentes, sin faltar a uno que yo me acuerde; lo que no juzgo podrá afirmar de sí otro algún Capitular con verdad; pues no dejé de asistir a todo coro, ni un día ni una hora, en todo el año y medio que estuve en aquella ciudad, antes de la mencionada sublevación de los indios.

Sin embargo me conformaría con ser privado de dichos Manuales, como lograra saber se había abolido este abuso de aquella iglesia; y que así mismo se había puesto remedio, no sólo en ella, sino en las demás del Perú, sobre la poca reverencia, dignidad, atención y debida pausa, con que se reza y canta el Oficio Divino; pues parece se hace formal irrisión, de aquella oración devota con que se da principio a las Horas Canónicas; **Aperi Domine os meum; ut digne attente, et devote.** Por los dos siguientes pasajes, vendrá luego Vuestra Señoría Ilustrísima, en conocimiento de la aceleración tan indigna con que se atropella en aquellos coros la Divina Salmódia, y la horrorosa transgresión que infiere este desorden de la disciplina eclesiástica de las ceremonias, ritos y rúbricas de la Iglesia. A los tres o cuatro días de haberme presentado en el Coro de la Catedral del Tucumán, advertí lo poco que tardábamos en el Oficio Divino y que con detenernos tan poco, salía yo cansado y molido del rezo; mas, reflexionando que era porque no caminábamos con tiento, y paso a paso, sino que corríamos con precipitación, tropezando por eso muchas veces, dije una tarde a mis compañeros: "señores, tengan vuestras mercedes, misericordia de mí, vamos más des-

pacio, porque yo salgo sudando, y no me parece que en trabajo el rezo para salir tan cansado". Díjelo sumisamente, por ver si podía moderarlos con esta suavidad, pero me dejaron frío como la nieve, cuando con la misma y en el mismo tono me respondió el más anciano: "no se admire vuestra merced, que lo propio nos sucede a nosotros, no vé vuestra merced que hace calor?" Aseguro Señor Ilustrísimo, no haber visto Coro más fresco, porque hasta que después lo formó el reverendo ejemplar Prelado de aquella iglesia, y al presente de la Arquiepiscopal de La Plata, no había entonces allí otro alguno, que cuatro sillas colocadas en medio de la iglesia, que es bien capaz en lo material; y después de no haber más que cinco individuos en ella, con el capellán único que tiene, nos circundaba todo el ambiente que solía ser bien templado. Pero esto es poco, para lo que en el asunto que sigo, experimenté y me sucedió en La Paz.

Promovido por la piedad de nuestro soberano al deanato de esta iglesia el año de 1778; caminé luego más de 600 buenas leguas, que dista de la del Tucumán. Sin embargo de las molestias de tan largo viaje, iba yo superándolas gustoso, porque me persuadía, había de mejorar mucho de fortuna mi tal cual celo eclesiástico, por haber oído decir que estaba aquel coro mucho más completo, y que el Obispo era muy celoso de su Iglesia y del buen orden en ella. Presentado pues, en aquella ciudad, como no pude tomar posesión del deanato hasta que viniese noticia de haberla tomado mi antecesor de la dignidad de Maestre-escuela de la Iglesia Metropolitana de Lima, a que había sido promovido, me fué preciso esperar sin posesionarme dos o tres meses. En todo este tiempo procuré frecuentar muchas veces la iglesia, para observar la formalidad del coro, el orden de rezar o cantar las divinas alabanzas, y lo demás de que yo me con-

sideraba obligado a cuidar cuando fuese su Presidente, sin olvidarme tampoco de procurar informarme, así de la erección de la iglesia como de la regla que llaman **consueta** o leyes municipales de ella, para instruirme en su régimen y gobierno, y poder cumplir con los deberes de mi primera Prebenda.

Mas, puedo decir, Ilustrísimo Padre, que a la verdad se abatieron las alas de mi corazón y del ánimo cuando observé. ¡Qué prurito o flujo en algunos Capitulares de hablar **extra coram**, antes del coro; en el coro mientras la misa conventual, y después del coro mientras se entraban a desnudar el hábito coral en la sacristía y salían de la Iglesia! ¡Qué inopia de ministros inferiores, pues de los pocos capellanes que habían, eran los más, músicos de canto alto o figurado, y aún el Sochantre era un religioso abogado del Convento del gregoriano, que es el mandado observar y el necesario! ¡Qué aceleración o falta de la debida parsimonia en el rezo, pues en un día ordinario apenas tardarían dos horas y cuarto, en todo el Oficio Divino y Misa Capitular! ¡Qué erección de Iglesia, si me dijeron había muchos años que no parecía! ¡Qué **Regla Consueta**, si por no tenerla parece ordenó Su Majestad al Sínodo Provincial de La Plata, se rigiese y gobernase la iglesia de La Paz, por una copia de la de aquella Metropolitana, que es la que yo encontré, aunque bien poco seguida y observada!

Estuve, señor Ilustrísimo, por no querer tomar posesión de mi Prebenda hasta dar cuenta e informar a Su Majestad, en su Real y Supremo Consejo de Indias; y ojalá lo hubiese ejecutado como lo pensé, pues sólo con un ejemplar semejante pudiera remediarse aquella canónica irregularidad, la que, si en La Paz, donde por fin hay hasta doce Prebendados y algunos Ministros, es tanta, ¿qué sucederá en las otras Catedrales de aquellos vastos dominios, donde no habrá ni la mitad en

cada una? Animóme empero a posesionarme la consideración de que si el Prelado me sostenía con su autoridad, podría yo arreglar mucho presidiendo el Coro; pero, breve experimenté, me había engañado mucho en mi modo de pensar; porque luego que comencé a asistir al Coro, cuando no pudiendo tolerar tan irregular e indecorosa aceleración en las horas canónicas, pues a veces no tardaban ni una hora en rezar por la tarde vísperas del día con los maitines y laudes del siguiente, me ví precisado a levantar la voz, obligando así a seguirme a los de mi coro, de los que eran algunos amigos, aunque no de aquella intentada pausa, y consiguiendo de este modo tardásemos en dicho oficio por la tarde a lo menos hora y cuarto.

Pero viendo se quejaban algunos y murmuraban de esta menor aceleración, lo comuniqué al Prelado, para que con su auxilio y respeto apoyase la iniciada moderación, y remediase los otros excesos mencionados. Mas, aunque aparentaba mucho parecerle bien mis intenciones, presumí con fundamento, que porque no ordenaba él, sino el Deán, la práctica de ellas (como si esto no fuera cargo y carga del Presidente de Coro, o como si no hubiese tenido Su Ilustrísima tiempo para remediar, por sí, todos los desórdenes referidos en diez y seis años que llevaba de Obispo de aquella Iglesia), estuvo muy lejos de usar de sus facultades prelativas, para sostener dicha iniciada moderación y remediar con eficacia la decadencia del culto divino y de disciplina eclesiástica en aquella Catedral. Por lo dicho colegí, que el decantado celo de aquel Prelado no era pastoral sino puramente personal, pues no tenía ni se terminaba al verdadero objeto que debía; y sí sólo a que se le prestasen los respetos, a veces figurados, a su dignidad y persona, y a que nada se disimulase ni rebajase de sus fueros y derechos, aunque algunos no fuesen incontextables.

Y digo esto, porque los incontextables y debidos, siempre se los conservamos ilesos, aun cediendo muchas veces aquel Cabildo de los suyos, y defiriendo también demasiado aquellos prebendados, a dictámenes y opiniones de dicho Prelado; muy poco conformes a mi parecer, a los referidos debidos fueros y respetos y bien contrarios a la decencia y decoro de aquel su Capítulo Canonical y demás presbíteros súbditos suyos; pues en cuanto a su Cabildo experimenté, que siempre que quería ir a su Catedral a celebrar de pontifical, (en lo que se advierte sobrececeloso), o a asistir a la misa capitular, obligaba a los prebendados, aun contra todo el torrente de lo practicado por otros prelados de las iglesias, por donde he pasado, y de repetidas cédulas reales, que en contrario ha mandado expedir Su Majestad, para aquellas partes, las que, yo mismo le insinué en una Junta Capitular a que estaba presente; a que después de haberse tocado al coro y a misa, le esperasen por lo regular más de media hora a la puerta de la iglesia, o en su casa, apurando a todos la paciencia, como así mismo se lo hice presente, en el mismo Cabildo a que asistió, y en el que añadió a otras expresiones, muy poco decorosas a aquel su venerable cuerpo, la de que, aunque tan opuesta a la razón de reales determinaciones: "había el Cabildo de esperarle lo que el mismo prelado quisiese".

A esto se agrega la novedad que hallé, del esfuerzo que había hecho para despojar a sus canónigos, como en realidad los despojó, del uso o costumbre que tenían bien establecida de usar la palmatoria con su cera encendida en las misas conventuales, alegando ser derecho privativo del Prelado, sin advertir, ni hacerse cargo de lo más y menos que hay en semejantes materias; pues hay palmatorias grandes y pequeñas, ricas y pobres; y que más decente fuera al culto divino y al mismo cele-

brante, que siendo corto de vista como yo, o en un día nubloso, fuese alumbrado por el sacristán o maestro de ceremonias con la luz en la palmatoria, que con la vela en las manos, quemándose o llenándose de cera o sebo los dedos; o leyendo en el misal sin luz delante, y pronunciando mil solecismos y bárbaras locuciones. A lo expuesto, pienso se dirige el celo de dicho Prelado; y a captarse un respeto bien anticanónico, en hacer estar de pie en su presencia a muchos sacerdotes, aunque con el carácter de curas y aun prebendados, cuando le van a hablar o visitar, siendo constante por el decreto canónico, que el obispo no debe permitir al presbítero estar de pie, ante él, sentado. Y que también les debe el tratamiento de hermanos, lo cual confirman los ejemplares que nos ministra la historia de los concilios de la Iglesia, en cuyas sagradas juntas tenían los presbíteros sus asientos junto a los padres, y sólo los diáconos permanecían levantados en círculo.

Y lo que en este asunto practicaba el Obispo de La Paz, parece trascendía a otras partes, contaminando su vano personal celo, aun a prelados inferiores pues noté en Córdova del Tucumán, que el mismo Provisor o Vicario del Obispo, don Juan Manuel Moscoso y Peralta, aun no siendo de **corpore capituli**, exigía el insinuado indebido respeto a los sacerdotes seculares o regulares que se le presentaban (3). El otro abuso o defecto que noté en esta iglesia de La Paz, y en las de la metrópoli de La Plata y Tucumán, es una manifiesta transgresión del derecho común de la disciplina eclesiástica

(3) Aquí González Pavón deja mal parada la personalidad del Vicario de Córdova del Tucumán, Juan Manuel Moscoso, que después fué nombrado Obispo del Cuzco, cuya vida y hechos, durante la Revolución de 1780, se hallan en las páginas de "La Verdad Desnuda" y "Estado del Perú", tomos III y V de nuestra Colección "Los Pequeños Grandes Libros de Historia Americana". (F.A.L.)

y de las leyes reales de la Recopilación de Indias que ordenan y encargan se gane la gruesa de las prebendas, por distribuciones cotidianas y aun horarias; de modo que si el Prebendado, tiene por ejemplo, mil pesos de renta anual, y le corresponden dos o tres cada día que asista a la iglesia, se le deben distribuir estos dos o tres, asignándole por cada hora canónica, lo competente a saber: por **mañitines**, tantos reales; por prima, tantos; por la misa capitular, tantos; y así de las demás.

Pues como en dichas iglesias, y creo que en otras muchas del Perú, y Río de la Plata experimenté, no estar establecida esta práctica, sino que, aún siendo estas canónicas y reales disposiciones tan justas, convenientes, canonizadas, adaptables y fáciles de observar, una vez que se nombrara el debido Apuntador y se encargara el hacer las correspondientes nóminas y arreglarlas, según la gruesa respectiva de cada individuo, al Contador de la Mesa Capitular; ni siquiera hay el necesario Apuntador como he dicho; sucede que cada prebendado y ministro, percibe toda la cota de un día entero, con sólo que asista a dos o tres horas; y por eso entran y salen algunos en el Coro a sólo su arbitrio, y cuando les acomoda.

Finalmente, lo que en materia de las rentas y distribuciones eclesiásticas, se me hizo siempre muy poco conforme a derecho, muy contrario a una justa equidad y muy digno de remedio; sin haber podido averiguar en qué leyes se fundaba, o de qué legal y justificada práctica o costumbres de otras Iglesias se tomaba ejemplo, fué la que observé en las de La Plata y de La Paz, en la formación de las que llaman hijuelas, o en el repartimiento del Ramo de Diezmos de la que se compone la Masa Capitular o Común para todos los interesados en dicho ramo; pues de este modo o costumbre se sigue precisamente que el interesado que, por su digni-

dad o prebenda tiene más renta la cobra íntegra, y de los mejores o más vendibles frutos de los diezmos; y el que tiene menos congrua asignada, la suele cobrar diminuta, o muy tarde, y con dificultades y con frutos menos estimables.

Como los diezmos están y se recogen de las diversas tierras y haciendas de los pueblos de la jurisdicción de los obispados, luego que llega el tiempo del arrendamiento de ellos, un arrendador, pone los de este pueblo o partido, otro los de aquél, y cuando se hacen las citadas hijuelas, van los interesados por su turno eligiendo partidos. Primero, elige el Prelado lo perteneciente a su dignidad en el que más le acomoda, y está en más abonado inquilino o arrendero; después los Oficiales Reales por lo respectivo a los novenos de Su Majestad; a estos se sigue el Hospital de San Juan de Dios; luego el Deán y así, descendiendo hasta el último Racionero Medio; y no sé si otros ministros inferiores donde los hay, los cuales como son los últimos en elegir, aunque se puede decir que ya no hay lugar a elección, también lo son en cobrar, si tienen esa fortuna; resultando de este orden de Repartimiento, ser damnificados los que menos lo pueden sufrir y los que menos lo deben ser.

Sin duda se atienen en esto, Ilustrísimo Señor, a la pura certeza o letra que mata, de aquella terrible sentencia de Jesucristo que dice, por San Mateo: "que al que tiene más se le aumentará y abundará; y al que no tiene o tiene menos se le quitará lo poco que tiene y se le dará al que tiene más": **qui enim habet dabitur ei, et abundabit; qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo**; sin advertir, que habla aquí el Señor de los dones de la Fe, y demás de su Divina Gracia, conminando a los judíos, porque habían abusado de ellos, y prometiendo a sus Apóstoles y demás creyentes, no sólo el don de la fe, que aquellos no habían guardado o conservado

religiosamente, sino los otros dones de obrar prodigios, sanar los enfermos, entender las lenguas, discernir espíritus, y otros; y sin considerar que estos dones y auxilios, de que habla Jesucristo, son puramente gratuitos, y a ninguno debidos por algún derecho; y las rentas asignadas a los que sirven a la Iglesia, sea poca o sea mucha, se debe en todo derecho de Justicia conmutativa o distributiva, a cada Prebendado o Ministro según su graduación, sin que haya arbitrio a rebajarles cosa alguna de la congrua relativa a su respectivo oficio, como cumpla cada uno sus deberes.

Por lo cual parecía justo y muy conforme a toda equidad y justicia, se observase en aquellas iglesias lo que en muchas de España, y en la del Tucumán con la de Buenos Aires, si no me engaño y es: el que el Tesorero, o los Jueces de Diezmos se hagan cargo, aunque sea nombrando un recaudador o cobrador, que recoja de todos los arrendadores, el importe de los diezmos de todos los Partidos; de recibir todo el producto que éste haya cobrado, y de prorratearlo, y distribuirlo conforme las dichas hijuelas, entre todos los interesados, pues de este modo si se hubiese cobrado el total cada uno recibirá completamente su cuota; y si faltase algo por cobrar, participará con igualdad respectiva de las fallas. Porque de lo contrario no son remediabiles las faltas que hagan a la Iglesia o al coro, los individuos inferiores; pues como experimentan que sobre tener poca renta, la cobran tarde, con mucha dificultad o con diminuta, se les dá muy poco el faltar a sus obligaciones, y no es fácil tampoco persuadirles que no falten.

Mas descendiendo por último, y volviendo a los párrocos de los pueblos de indios, y a la decadencia o falta de fe y religión, que se nota en muchos de éstos, por no cumplir aquellos, con sus primeras peculiares obligaciones, nos parecía a muchos celosos del bien de las

almas y fieles vasallos de Su Majestad, que, así para quitar a aquellos naturales todo motivo de juzgar mal de sus curas y doctrineros, como a éstos, la ocasión de ser como mercenarios interesados, y permitir por eso a sus feligreses algunas reliquias de superstición, y muchas borracheras, con otros gastos muy superfluos, y sobre sus facultades que hacen en sus funciones de mayordomías y alferazgos; fuera muy oportuno se observase lo que determinó el citado Sínodo Provincial de Lima, en orden a que los Curas de indios no tomasen o recibiesen cosa alguna, por la administración de los Sacramentos, ni usurpasen bienes algunos de los indios difuntos; y que conforme a esto se estableciese, que en todas aquellas provincias del Perú, no tomasen los Curas ni sus Ayudantes, derechos ni emolumentos algunos por los bautismos, óleos, proclamas, casamientos, velaciones, ni entierros; ni aun celebrasen las misas que los indios feligreses les suelen mandar rezar o cantar, y a veces con exposición del Santísimo Sacramento y procesión, después acompañada de muy pocos adoradores, de muy poca decencia, reverencia y devoción; para con este motivo juntarse antes o después, a beber su chicha y embriagarse hombres y mujeres, con grave perjuicio de sus almas y bienes temporales.

Que todo esto lo observasen dichos párrocos irremisiblemente, bajo la pena de que, verificada cualquiera contravención en lo referido, se le había de concordar el curato, o privarle de la ayudantía y mucho mejor del interinato; que en sede vacante, suelen proveer los Canónigos por su antigüedad, o dignidad de prebendas, con total inversión de la canónica disciplina, en los clérigos, sus familiares, o en otros sacerdotes que muchas veces no tienen más méritos personales, que los servicios hechos a sus amos; o lo que éstos esperan en adelante para su regalo o comodidad de sus casas que suelen ser

proveídas, en parte, por los que han creado Curas interinos.

De este modo, y encargando a los Prelados, por medio de reales órdenes, velen y celen con mucho esmero, sobre que los párrocos o doctrineros residan material y formalmente en sus respectivas Doctrinas, todo el tiempo que dispone el sagrado Concilio de Trento, sin pasarse jamás a la Capital o a otro pueblo grande; a no intervenir, causa muy legítima y probada, que evite el doloroso abuso que supe ciertamente practicaban algunos curas rurales, de retirarse a la capital de Chuquisaca con pretextos del todo frívolos, dejando abandonadas sus doctrinas, o entregadas, no a pastores, sino a puramente mercenarios ineptos; y estándose los meses enteros (acaso los más propios para instruir y dar buen ejemplo a sus pueblos, y administrar el pasto espiritual más saludable a sus ovejas), divirtiéndose en juegos en que se atraviesan grandes cantidades producidas, sin duda, del patrimonio de Jesucristo; y quizá también en otros pasatiempos y libertades muy ajenas a su estado y carácter de Pastores y Padres de almas.

De este modo, repito, y reencargando juntamente a los Reverendos Obispos, en las mismas o distintas reales providencias y órdenes de Su Majestad sean muy vigilantes y apliquen la mayor parte de su celo pastoral en obligar a los párrocos a que por sí mismos, o (sólo cuando ellos no basten o estén totalmente imposibilitados) por medio de sus ayudantes u otros eclesiásticos, expliquen y enseñen frecuentemente la Doctrina Cristiana y máximas del Evangelio en sus parroquias.

Y aun en los campos y ranchos de aquellos rústicos y miserables indios se conseguirá con los auxilios del Divino Pastor el que aquellos naturales cobren respeto, confianza y amor a sus curas y doctrineros; y así mismo veneración y aprecio a la doctrina que les predi-

quen y enseñen, sin que por más rudos e indómitos que se quieran juzgar, tengan motivo para pensar que, no por la debida atención a su bien espiritual y la salud eterna de sus almas, sino por sus intereses propios u otros respetos o comodidades temporales, los bautizan sus curas, los casan, entierran, y lo hacen asistir a oír misa, rezar, confesarse, pagar diezmos, etc.; pues sabemos y hemos visto que algunos pueblos y doctrinas de indios, están bien instruídos y aprovechados en las máximas cristianas, conservando firmemente el depósito de la fe por experimentar en sus párrocos (a quienes aman, respetan y veneran, quizá mucho más que algunos españoles a sus párrocos y maestros, y aun a sus padres naturales), el celo pastoral, y las virtudes características de su estado que llevo referidas al principio.

Y siendo esto así, no aparece razón por donde se pueda pensar que la tienen algunos curas y doctrineros, que careciendo ellos de la necesaria conducta eclesiástico-religiosa y pastoral, declaman altamente sobre que no se puede sacar fruto de muchos de los indios por su rudeza natural, indocilidad, inclinación innata a la superstición, con la propensión a la embriaguez y otros vicios; porque fuera de que, cuando esto sea como lo encarecen, no prueban más de que la tierra más escabrosa, dura e inculta, sólo a costa de mayor trabajo, sudor y esmerado, cuidadoso cultivo del labrador, es que llevará a producir el deseado fruto; tampoco nos dejan dudar las historias sagradas, eclesiásticas y profanas, que tan malos o peores, más indómitos y perversos que aquellos indios, eran los judíos y gentiles, a quienes enseñaron y convirtieron los Apóstoles y sus seguidores y discípulos; y sin embargo de eso, los volvieron en poco tiempo no sólo dóciles y fieles cristianos, sino muy virtuosos y santos, como los llama San Pablo.

Y si añaden, como oí alguna vez, que como en aquellos naturales no se verifique aquello del real Profeta: **homines et jumenta salvabis domine**, o que Dios tenga una providencia muy extraordinaria para con ellos, no se podrán salvar. Me parece se les debe responder, que sin duda se verificará dicho vaticinio, en aquellos y otros hombres incultos, rudos y estólidos como jumentos; pero será sin más extraordinaria providencia que la de usar el Señor con ellos de aquella su bondad y misericordia, que en todos tiempos ha usado, valiéndose del modo tan propio de su infinita clemencia y amor a los redimidos con la sangre de su Unigénito Hijo, en la paciencia, caridad, celo, sufrimiento y luz de la verdadera sabiduría y doctrina, que suele y quiere sinceramente dispensar a sus fieles ministros, vicarios y pastores de las almas y a los demás operarios evangélicos, para que poniendo en ejecución estos dones de su gracia, y comunicando sin envidia ni interés, esta luz y doctrina a los pobrecitos rudos ignorantes, bárbaros, infieles y estúpidos, los conviertan a su Dios, trayéndolos a su conocimiento; y los hagan dóciles y observantes de su santísima Ley y Preceptos, por cuyo conocimiento, docilidad y observancia, se verificará también el que semejantes animales, vueltos así muy racionales y buenos cristianos, entren, habiten y sean para siempre domésticos de la casa del Señor, llegando a gozarle en su gloria por toda la eternidad, como anuncia el mismo David: **animalia tua habitabunt mea**.

Y para esto, ya se ve que no necesita su Divina Majestad de más extraordinaria providencia. Para lo que, por ventura, fuera más necesaria, sería para convertirnos a nosotros sus indignos ministros y operarios de su viña y de flojos, inconstantes, interesados, y poco celosos de la salud eterna de las almas que nos ha encomendado,

volvernos animosos, fuertes, robustos, desinteresados, y piamente celosos de nuestra salvación y de la de nuestros hermanos. Porque la providencia que su inmensa bondad y la voluntad sincera que tiene de que todos nos salvemos, no me parece que es extraordinaria, sino muy frecuente; pues la ha usado siempre con los infieles y pecadores, principalmente en los primeros siglos de su Iglesia.

Y así como entonces, y después casi siempre, convirtió el Señor, y trajo a su conocimiento a los gentiles e idólatras más bárbaros y brutales, y hasta a los mismos tiranos y crueles verdugos del cristianismo valiéndose de la paciencia, humildad, tolerancia en los trabajos y las persecuciones, de la piedad, misericordia y celo ardiente de la salvación de todo el Mundo, que dispensó a los primeros varones apostólicos, y en los tiempos posteriores a un San Francisco Javier, San Francisco Solano y a los demás misioneros, y celosos operarios de la viña de su Iglesia, los cuales no han dudado trabajar y sudar por cultivarla, para cosechar el fruto deseado de la conversión y salud eterna de los redimidos por Jesucristo, hasta derramar muchos su sangre y perder gustos la vida a imitación del mismo Divino Salvador y Maestro; tampoco necesita otra providencia la verdadera conversión de aquellos indios, que la de nuestro continuo trabajo, celosa caridad, predicación, desinterés, e incesante cultivo, hasta dar la vida si fuese necesario, y derramar nuestra sangre, a lo menos en deseo, por la salvación de aquellos prójimos indianos.

Esta es la conducta bien regular de nuestro amante Dios, en la conversión de los más infieles, protervos y obstinados, aunque en castigos de nuestros pecados, de nuestra desidia, y poco celo, se experimente rara, en estos infelices tiempos. Y creo que el mayor prodigio que obró, entre otros milagros por la conversión del Uni-

verso, fué el que de la misma paciencia y sufrimiento y de la sangre derramada de sus siervos y fieles ministros de su Divina palabra, renaciesen, como dice Tertuliano en su Apologética, nuevos fervorosos creyentes, y se aumentase el número de sus verdaderos adoradores; porque esta misma sangre de las víctimas del amor del Señor, o de sus mártires vertida por la confesión de su Santo Nombre era la semilla más fecunda, que producía aun en la tierra más estéril, escabrosa e infecunda, la más abundante cosecha o el ciento por uno de admirables prodigiosas conversiones; y es, porque si no me engaño mucho, me persuado, que así como dice el Apóstol que: *sine sanguinis effusione non fit remissio*, aludiendo a la que derramó Nuestro Dulcísimo Redentor por redimirnos a todos de pecado y de la esclavitud del demonio.

Tampoco, aunque en diverso sentido, se logrará la perfecta conversión, la docilidad al suave yugo de la ley, y el verdadero y sólido cristianismo de aquellos miserables americanos que no están del todo fuera de sus errores, ni libres de las tinieblas y sombras del gentilismo, sin una constante solicitud, paciencia y celo apostólico de sus curas y pastores superiores, los cuales, sólo entonces podrán decir con San Pablo que han cumplido perfectamente sus deberes pastorales y parroquiales, y merecido la corona de justicia, y la posesión de los soberanos bienes prometidos a sus fatigas y laboriosos ministerios; cuando tengan la dicha de morir en la demanda, o de derramar su sangre a lo menos en deseo, por la salud espiritual de aquellas ovejas de Jesucristo, o por arrancar de raíz en sus feligreses, el pecado, las supersticiones, embriagueces y demás vicios.

Yo no sé quién se podrá persuadir, Ilustrísimo y Reverendísimo Padre, que habiendo prometido Jesucristo tan solemnemente, asistir y proteger su Iglesia hasta el fin

de los siglos, siendo el mismo ahora que ayer o siempre, no estando abreviada su mano todopoderosa, encogidas sus piadosísimas paternales entrañas, ni disminuídas en nada su Misericordia, si nosotros sus ministros implorásemos sus auxilios y los socorros de su gracia, con una gran fe y confianza en su infinita bondad y clemencia, con fervor, perseverancia y desinterés propio, dejásemos de conseguir las luces y fuerzas necesarias para radicar y fomentar la fe y máximas católico-cristianas, en todos los naturales de aquellos vastísimos dominios de América; porque bendiciendo entonces el cielo nuestros trabajos y nuestro celo apostólico, aún del terreno más árido, indócil, grosero e inculto, haría el Señor que cogiésemos tan copiosos frutos, como cosecharon los primeros operarios evangélicos; y convertiríamos, convertidos nosotros, hasta las mismas piedras, en hijos de Abraham y de Dios.

Todo lo cual, supuesto como verdad constante, y experimentada en mucha parte por mí mismo; para subvenir a la decente congrua, sustentación que, precisa y canónicamente, deben tener los Curas o Doctrineros, pues los que sirven al Altar, de este propio servicio y ministerio deben sacar su honorario y alimento, según la expresión del apóstol y el **dignus est operarius mercede sua**, se ha pensado mucho ha, por algunos celosos y experimentados Ministros de Su Majestad, que han estado empleados en aquellas provincias del Perú, que el modo y medio más conveniente de satisfacer dicha congrua y rentar suficientemente a los párrocos, era el añadir de los Reales Haberes, a los Curatos que tienen Sínodo entero, lo que restase, para rentar bastantemente los curas a proporción de lo dilatado y penoso de sus feligresías; y poner de las mismas reales rentas igual sínodo o situado a los que sólo tengan medio o ningún asignado, del

cual deberán los curas propios mantener o dar suficiente cuota a sus ayudantes.

Porque también advertí en este asunto, que por no querer dar la correspondiente, algunos curas procurábanse ayudantes incapaces de ayudar o de cumplir con su ministerio; debiendo así mismo añadir, que de sola la congrua que gozan los dos Curas de la Catedral de la Metrópoli de La Plata, se podían proveer o rentar suficientemente seis u ocho párrocos rurales; pues si no se ha hecho novedad en esto después que yo regresé de aquellas partes, para estos reinos, tiene cada uno de dichos dos Curas, más renta que dos canongías de aquel coro; y eso sin el pie de Altar y otros emolumentos; siendo lo que más me admiró, saber que era producida de las **primicias** de todos aquellos pueblos comarcanos, las cuales perciben dichos dos párrocos, no sé con qué derecho; pues me parece que esto sólo lo tienen los curas de aquellos mismos pueblos.

Y para que la práctica del insinuado medio, no cediese en el menor detrimento del Real Erario, se pensaba que, en atención a que por todo derecho debe salir de manutención y decente congrua de los párrocos, de las ofrendas u oblaciones de los feligreses a quienes mantienen espiritualmente aquellos, según en todos tiempos ha acontecido (con sola la diferencia de que en los primeros de la Iglesia, se nombraban estas rentas o congruas, a excepción de los diezmos y primicias, oblaciones u ofrendas de los fieles, y después se han llamado derechos parroquiales, y emolumentos y obvenciones), podía nuestro soberano sin gravar en nada a los indios, sus amados vasallos, aumentarles a lo menos por ahora, sus reales tributos con proporción a los necesarios salarios, sínodos o rentas necesarias a los curas; pues de este modo, no sólo cumplían aquellos indios feligreses sus deberes, manteniendo acaso sin advertirlo, a sus párro-

cos; sino que como creen muchos, pagarían este aumento de tributos, con mucha menos repugnancia que los nominados derechos parroquiales.

Finalmente me creo obligado a exponer a Vuestra Señoría Ilustrísima, que siendo tan cierto como el Evangelio, que todo buen pastor debe conocer su ovejas y éstas recíprocamente a su Pastor, y no solamente conocerlo sino entenderlo y oír su voz; parece indispensable se tome la providencia de no proveer en adelante Curato o Doctrina alguna de indios, en clérigo que ignore hablar corrientemente el idioma índico, de aquel o aquellos pueblos a los cuales debe dar el pasto espiritual, pues de lo contrario no se puede verificar sino el *cimbalum tinniens* del Apóstol y no el cumplimiento de las principales obligaciones de los pastores de almas; siendo gravísimo el perjuicio espiritual que de ésto se sigue a aquellos naturales, particularmente a los más rudos y adheridos a su nativo lenguaje.

Y aunque estoy entendido haberse expedido de orden de Su Majestad Cédula Real dirigida a lo menos al Arzobispado de La Plata, para que a los eclesiásticos que sólo sepan el idioma castellano, se les pueda presentar o puedan obtener Curatos de indios; siendo constante que dicha real resolución es tan prudente y justa, como consiguiente a la que conforme a las Ordenanzas de la Recopilación de Indias, se había expedido y publicado mucho antes, sobre que se estableciese y enseñase a todos aquellos naturales la lengua castellana, es también evidente que no obsta aquella a la que aquí se propone, cuando lo es también no haberse verificado ni tenido el deseado efecto la que fué anterior, en casi ningún pueblo; y por esto permanece la necesidad de que los curas de indios hayan de saber entender y hablar perfectamente el idioma de aquellas doctrinas que hayan

de gobernar y regir, hasta que a lo menos se verifique la Real mente de que todos aquellos naturales aprendan, sepan, entiendan y quieran hablar el castellano; para que todos los vasallos de Su Majestad sean **labii unius**, cuya citada necesidad canoniza como evangélica en sus mencionadas instituciones eclesiásticas, dicho sapientísimo Pastor de la Universal Iglesia Benedicto XIV.

Concluyo, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, con el conocimiento de que muchas de estas cosas, que el celo de la honra y gloria de Dios, de la hermosura, decoro y disciplina de su Iglesia, y el amor al real servicio de nuestro Soberano, me han ejecutado a manifestar y exponer en este informe, a fin de que lleguen estas noticias a su católico y Real Trono por medio de Vuestra Señoría Ilustrísima, puede suceder se hallen ya previstas y sabiamente ordenadas; porque como han pasado ya tres o cuatro años después que me determiné a escribir la mayor parte de ellas; y ha también otros tantos que fué promovido al arzobispado de Charcas, el citado, celosísimo, sabio, y ejemplar prelado que actualmente le gobierna, y que sin duda habrá procurado remediar muchos de los mencionados desarreglos de aquella su grey e Iglesia Metropolitana, me persuado pueden estar ya dadas algunas reales providencias por los informes de este Prelado y estar puestos en orden muchos puntos de los que he notado.

Pero por si no lo están todos, pues no hay alguno que no parezca digno de consideración; y porque no he podido lograr mi intención y deseo de presentarlos a Vuestra Señoría Ilustrísima, para los fines que llevo insinuados a causa de haber estado dos años gravemente enfermo, no he podido aquietar mi conciencia, sin venir ahora a poner en manos de Vuestra Señoría Ilustrísima lo que entonces escribí y lo que después he añadido; pues de no ejecutarlo así, terminaría sin duda los poquísimos

días que naturalmente me pueden restar de vida con un grande desconsuelo y temor del terrible juicio de Dios. Si ya que por su inmensa bondad me ha librado de la muerte a cuyas puertas me he hallado innumerables veces en el mar y en la tierra, no viniera a manifestar a mi Rey y Señor así mi lealtad y amor a su real servicio, como mi reconocimiento y gratitud a las continuas mercedes, que este su humilde vasallo ha merecido de su católica soberana piedad y munificencia, particularmente en la última, de haber tenido a bien su real benignidad, a consulta de la Real Cámara de Indias, el admitir mi renuncia o dimisión absoluta de la dignidad de Deán de la Iglesia de La Paz, mandando juntamente se me tuviera presente para una decente congrua eclesiástica en estos sus reinos de España,

Estas son las causas que me han movido a venir a poner en la consideración de Su Majestad, por medio de la religiosidad y superior carácter de Vuestra Señoría Ilustrísima, todo lo expuesto en este informe; para que visto, examinado, corregido, y reflexionado por la sabia circunspección, discreción y alta prudencia de su Real y Supremo Consejo y Cámara de Indias, se remita impreso de orden de Su Majestad, a aquellas provincias de sus dominios de América, o se tomen sobre su contexto, las providencias que fuesen de real agrado. Protestando yo, como protesto, sobre mi fidelidad, conciencia y honor, la verdad de todos los pasajes que llevo notados y referidos en este escrito; y suplicando con profundo respeto, que en cuanto a los que menciono sucedidos en la Iglesia de La Paz, se tome informe de un fidedigno testigo presencial o de vista, que se halla actualmente en esta Corte de Madrid, y es don Bartolomé Fabro Palacios, a quien acaba de promover Su Majestad de Canónigo de dicha catedral de La Paz, a la dignidad primera de la metropolitana de La Plata.

Y en cuanto a los desarreglos de ésta, y de la del Tucumán, se solicite del citado reverendo Arzobispo actual de aquella metrópoli; y también del Obispo de Santa Cruz de la Sierra, don Alejandro Ochoa, que fué canónico doctoral de ella. De estos tres abonadísimos testigos de toda excepción y carácter, tengo la mayor confianza de que confirmarán, y depondrán mi verdad; sin que por esto, me atreva a ser tan temerario, que llegue a pensar no habrá otros muchos prelados y prebendados en las iglesias de aquel Reino peruano, y Río de la Plata, que sobre su timorata conciencia y experiencia, depusieran e informaran con justicia y verdad en esta sujeta materia, pero propongo a los tres referidos, y no a otro porque de muchos no tengo noticia alguna de su buena o irregular conducta eclesiástica, y de otros, porque la tengo.

Nuestro Señor dilate, más y más, la importante vida y salud, de Vuestra Ilustrísima, para consuelo de la Real conciencia de Su Majestad y bien de la Iglesia. Madrid, Febrero 12 de 1788.

Besa la mano de Vuestra Señoría Ilustrísima su humilde siervo y capellán.

Antonio González Pavón.

Ilustrísimo Señor Arzobispo y Confesor de Su Majestad.

5 de Marzo de 1788.—A los Señores Fiscales, (Rúbrica)

Remito a Vuestra Excelencia, de orden del Rey, el adjunto informe trabajado por Don Antonio González

Pavón, Deán que fué de la Catedral de La Paz, sobre las causas de la sublevación de las provincias del Perú, verificada en el año de 1781, para que reconociéndolo, informe en su vista la Cámara lo que se le ofreciere y pareciere.—Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.—El Pardo, 28 de Febrero de 1788.—**Antonio Portier**.—Excelentísimo Don Francisco Moñino.

(Del Archivo General de Indias de Sevilla. Sección, Audiencia de Lima, Legajo 1619).

DAÑOS QUE SE HACEN A LOS INDIOS

R E P R E S E N T A C I O N
HECHA POR EL LICENCIADO FALCON EN
CONCILIO PROVINCIAL SOBRE LOS
DAÑOS Y MOLESTIAS QUE SE
HACEN A LOS INDIOS

El Licenciado Francisco Falcón, en nombre de los naturales deste reino del Pirú, por quien se me ha cometido y mandado pida lo que viere que conviene en este santo Concilio, para que se remedien las ánimas y conciencias de los españoles y se quiten los impedimentos que se han puesto a la conversión e instrucción de los indios en las cosas de nuestra santa fe católica, sometiendo todo lo que dijere a la corrección de la Santa Madre Iglesia, y deste Santo Concilio, trataré de sólo los agravios que los indios reciben, teniendo los más de los que se los hacen por lícitos, porque los demás agravios que reciben, ya está proveído y entienden todos los que ello se debe hacer.

Para que lo que abajo diré, lleve fundamento, tengo por necesario tratar del derecho que Su Majestad tiene a estas partes de Indias; y no porque entienda que de parte de Su Majestad haya descuido, ni voluntad de exceder, ni tal es de presumir, antes parece lo contra-

rio, por las leyes y cédulas, y provisiones que ha dado para el bien y gobierno de estas partes y buen tratamiento de los naturales; sólo lo referiré para que se entienda la culpa que ha habido, y hay en no haberse ejecutado lo que tan cristianamente está proveído, y para que los que contra ello tienen los señoríos y libertad y haciendas de los naturales, entiendan el estado en que están ellos y los que lo han consentido, y en este santo Concilio se les dé el remedio que han de menester, y no se excusen con la ignorancia que han pretendido que tuvieron al principio.

Para lo cual, presupongo que uno de dos títulos puede Su Majestad tener a estas partes de Indias. El primero de guerra; y el segundo, de la concesión que el Papa Alejandro VI le hizo dellas, porque los demás, que algunos quieren fingir, son sin fundamento, y no hay para qué referirlos.

En cuanto a lo primero, está claro que la entrada de los españoles en estos reinos fué ilícita y que no hubo derecho para conquistarlos, ni causa alguna de hacerles guerra. Y que en caso que la hubiera, no se guardó con los naturales dellos las cosas que dicen algunos que se requieren contra los que la común tienen, que por la idolatría se les pudiera hacer esta guerra, porque ni les amonestaron que la dejaran, ni les dieron a entender que venían para ello y para su bien; antes vieron lo contrario, porque los vieron entrar matando y robando y haciendo otros delitos.

Y en cuanto al segundo título, de la concesión que el Papa Alejandro VI hizo a los Reyes de Castilla, es cosa conocida que por ella, no se les concedió poder hacer guerra, sino en los casos que de derecho se puede hacer; ni menos se les concedieron los señoríos ni haciendas de los naturales destas partes. Y aunque en ellas se dice que los hace señores destas partes y les

concede todas las tierras y jurisdicciones dellas, aquello se ha de entender sobre los señoríos que los señores destas partes tenían en ella a manera de Imperio, para efecto de la predicación del Evangelio; por lo cual, no se les quitó a los dichos señores ni a sus sucesores legítimos el señorío que tenían en ellas, ni sus haciendas a ellos y a todos los demás, ni se les pudo quitar, ni es de creer que tal fuese la intención del Papa. Deste presupuesto se sigue:

Lo primero, que si los señores destos reinos o sus sucesores y los mismos reinos viniesen a estado, como podrían venir y vendrán, con la ayuda de Dios, que se creyese dellos que los que querrían y sabrían y podrían gobernar justa y cristianamente, se les ha de restituir.

Y aunque esto es así, me parece que Su Majestad cumple con tener intención de se los mandar restituir, como soy informado que lo ofreció el Emperador, nuestro señor, de gloriosa memoria, y que justa y cristianamente le fué respondido que no le era lícito dejarlos a cuyos eran, por los grandes daños que a los mismos señores y súbditos, se les seguiría dello, tornándose a su infidelidad, y la ofensa que se hiciera a Dios Nuestro Señor e injuria a la religión cristiana, como si el que hubiese tomado una espada, la quisiese restituir a cuyo era, y le hallase loco y que no se podía aprovechar della, antes matarse, haría mal en restituirla.

Lo segundo, se infiere que todos los señoríos, haciendas y rentas que se han tomado a los que los tenían, se deben restituir luego a cuyos eran, en cuanto no les han de ser dañosos, ni impedimento para el gobierno destos reinos y para la instrucción y conversión destos indios en las cosas de nuestra santa fe católica; y que muy justa y cristianamente ha proveído Su Majestad que a todos los señores y caciques se les devuelva

enteramente sus señoríos y cacicazgos; y ésto debería ser, aunque estuviesen encomendados en diferentes encomenderos; pues podría tributar el cacique a cada encomendero con los tributos de los indios que tiene encomendados, acudiéndole a él con ellos como señor principal; y en cuánto peligro están los que lo pueden hacer y no lo hacen y lo impiden, y cuán bien ha proveído Su Majestad que se dé a los parientes de los Ingas con qué puedan vivir y sustentarse conforme a su calidad, y cuán justo sería que se pusiese por obra.

Lo tercero, se infiere cuán bien y cristianamente, se dieron los títulos de los indios, llamándolos encomiendas, que es lo mismo que depósito para que los que los tienen, entiendan que principalmente se pretendió el provecho de los encomendados que el de los encomenderos; y que cada y cuando que Su Majestad mandare que los dejen, los han de dejar, como los depositarios los que en ellos se deposita. Y así lo ha declarado Su Majestad en las provisiones de la sucesión de indios y lo ha pretendido y pretende, si algunos por malos fines no lo hubieran estorbado; y así mismo se infiere que no puede dar los indios en perpetuidad, y que muy justa y cristianamente lo denegó a los que lo pidieron.

Lo cuarto, se infiere que Su Majestad debe gastar todas las rentas y aprovechamientos, que ha destos reinos, en curar a estos naturales de la enfermedad de infidelidad que tienen, sustentando con las dichas rentas los prelados, clérigos y religiosos, y las justicias y las demás gentes que son necesarias para hacer espaldas al Evangelio; y que habiendo en ellos necesidad de alguna cosa desto, no se puedan sacar las rentas destos reinos aunque sea para suplir las necesidades de los otros. Y esto no era menester inferirlo de aquí, porque es proposición averiguada, que el Rey, que tiene muchos rei-

nos, no
primero a
na vía pu
sus ministro
de pagar, pa
los lleve cosa
nistran justicia
dicho en la con
que se han prov
presenta con ésta
Lo quinto, se infiere
nor de las tierras q
nado y conquistado
quieren los Príncipes
no lo es de las tierra
por justa guerra; y,
puede dar las tierras
que sucedió en el derec
las tierras a unos y las
este presupuesto, no su
gobierno en el entretant
ces de él, y el Inga no h
de y por convenir a la s
quitaba unas les daba otr
cristianos, ni pueden suce
el Inga lo hacía justamente
en ello, los indios consentir
como él lo hacía que era qu
estos reinos para darles a
ellos, como Su Majestad lo
puede dar, en los reinos d
extranjeros, porque haría in
Y aunque se concediese que
as tierras destos reinos, como

nos, no puede sacar las rentas de uno dellos sin proveer primero a las necesidades de aquél; y como por ninguna vía puede ser lícito que habiendo Su Majestad por sus ministros tasado los tributos, que estos naturales han de pagar, para que haga con ellos lo arriba dicho, se les lleve cosa alguna por salario de los que les administran justicia, de lo cual no trato más, porque está dicho en la contratación que se hizo a los Corregidores, que se han proveído en los pueblos de indios, que se presenta con ésta.

Lo quinto, se infiere que aunque Su Majestad es señor de las tierras del reino de Castilla, por haberlas ganado y conquistado con justa guerra (por la cual adquieren los Príncipes señorío en todos los bienes raíces) no lo es de las tierras destos reinos, pues no los hubo por justa guerra; y, por consiguiente, se sigue que no puede dar las tierras dellos, y no haría al caso decir que sucedió en el derecho de los lngas, los cuales daban las tierras a unos y las quitaban a otros; porque como este presupuesto, no sucedió en el señorío sino en el gobierno en el entretanto que los naturales están capaces de él, y el lnga no hacía ésto sin causa muy grande y por convenir a la seguridad de la tierra, y si les quitaba unas les daba otras, y si de otra manera lo hiciera, fuera tiranía, en la cual no suceden los Príncipes cristianos, ni pueden suceder, y cuando se dijese que el lnga lo hacía justamente y que Su Majestad sucedió en ello, los indios consentirán que Su Majestad lo haga como él lo hacía que era quitarles de unos naturales de estos reinos para darles a otros así mesmo naturales dellos, como Su Majestad lo hace en las tierras que da y puede dar, en los reinos de Castilla, que no la dá a extranjeros, porque haría injuria a los de Castilla.

Y aunque se concediese que Su Majestad puede dar las tierras destos reinos, como las de Castilla, a los es-

pañoles, por muchas leyes tiene declarado, que no quiere que se quiten a los naturales sus haciendas y que estas tierras sean destos naturales, demás de que los hallamos en ellas, por lo cual se presume ser suyas; y que ellos o sus pasados las ocuparon, cuando estaban sin señor, por lo cual las hicieron suyas; y las que Su Majestad da en Castilla son tierras vacías y despobladas, y aquí se dan y se han dado tierras labradas y que se conoce haber tenido y tener señor. Todas las tierras deste reino están en términos de pueblos de indios, y de derecho y de leyes del reino de Castilla; cuando el Príncipe señala a un pueblo términos, es visto darle todas las tierras que se incluyen en los términos que le señala, y no las puede dar a otros, por haberlas ya dado a los pueblos en cuyos términos están. Y aunque alguna vez ha dado algunas tierras que están en términos de algunos pueblos en Cortes, ha prometido Su Majestad de no lo hacer, y menos lo han podido ni lo pueden hacer su gobernadores; y así todas las tierras que se han dado y dan en estos reinos, no son de los que las tienen, y son obligados a dejarlas a los indios.

De lo que yo dudo es, que si al principio de las ciudades se poblaron, pudieron los Capitanes Generales dar a los pobladores algún solar, en que edificasen casas y algunas pocas tierras, y creo que pudieron dárseles, aunque se tomasen a los indios, porque de otra manera no se pudieran sustentar los españoles ni hacer espaldas al Evangelio, como se permite tomar a uno su casa para hacer iglesias, mas ésto se les debiera pagar a cuyos eran; y si no se ha hecho, los que las dieron y los que las tienen están obligados a restituir lo que valían, y de aquí se colige la obligación que tienen los que han dado las tierras y los que las tienen, en especial, los que tienen a cincuenta y a ciento y a doscientas hanegadas de tierra, sabiendo como saben y deben

saber, que sólo el Marqués Don Francisco Pizarro tuvo poder para dar tierras, limitado en seis hanegas a un peón y doce a uno de a caballo, el cual se habían de entender pagándolo Su Majestad o los que las recibían, y cuán menos excusa tienen los que las tienen sin títulos, y los que tienen más que sus títulos dicen; y cuán mal lo hacen los que las absuelvan sin restituirlas, sino que están en el primer error de que era lícito tomar las haciendas a los indios, lo cual sería más que pecado, y cuánto conviene que todo ésto se les declare.

Lo sexto, se infiere que no se les puede dar a los españoles las aguas y pastos que los indios tienen y hacerlos comunes con ellos, como siempre se hace, porque de derecho común cada uno puede defender que otro no entre a pacer en sus tierras, y así lo pueden hacer éstos aunque de derecho no pudiese cada uno dehesar sus tierras, como lo mandó Su Majestad en el reino de Granada. De más de que, como está dicho, aquél y los demás de Castilla fueron habidos por justa guerra por las mismas leyes de Castilla, en que se manda que los pastos sean comunes; se entiende sean comunes entre los vecinos del pueblo en cuyos términos están, y así se usa y platica. Por lo cual conforme a las dichas leyes de Castilla, los españoles no pueden pacer en los términos de los pueblos de indios, y la provisión que Su Majestad ha dado para que los pastos sean comunes, se ha de entender en las tierras que los españoles obtuvieron lícitamente, si algunas hay como lo dice y declara la provisión que Su Majestad dió para el reino de Granada y no en las que son de los indios, no están en términos de sus pueblos, porque desta manera sería injusta.

Lo cual no es de creer de la intención de Su Majestad, en especial que los indios tenían divididos entre sí los pastos y no podían pacerlos unos en los términos

de los otros, y así lo mandaba el Inga; de manera que con su autoridad estaba todo hecho dehesas; y esto no era malo y Su Majestad tiene proveído que a los indios se les guarden sus usos y costumbres en lo que no fueran conocidamente malos, y así se hace. En Castilla, donde por particulares concesiones o por antigua costumbre, hay muchas tierras que son dehesas y no pasto común, y de derecho en los pastos se ha de guardar la costumbre, es cosa muy desigual y contra la razón que los pastos sean comunes entre los españoles e indios, pues los españoles quieren gozar de los pastos de todas las tierras de los indios, y los indios no han de ir a Castilla a gozar de los pastos; y aun entre los vecinos de un pueblo que tienen los pastos comunes, no se consiente que los poderosos o los ricos tengan mucha cantidad de ganado en los pastos comunes, y se les tasa el número que pueden tener, y por gran cosa se da a los señores de los pueblos que puedan tener doblado el número de ganados que otro vecino.

De manera que ya que los españoles les fuesen vecinos de los pueblos de indios, que no son, habríaseles de tasar el número de ganado, de manera que los indios pudiesen gozar del pasto; y no se haciendo, como no se hace ni lo uno ni lo otro, está entendido que los que apacientan sus ganados en estos reinos en tan excesivo número y con tanta desigualdad y desorden, y los que los consienten, pecan y están obligados a pagar el valor de los pastos y los daños que los indios reciben, y que no lo haciendo deben ser absueltos; y aun cuando yo tenga gran duda si de las tierras tomadas, como está dicho, y de los puntos de los ganados que de esta manera se apacientan y adquieren, puede la Iglesia llevar diezmos y primicias y ofrendas, sino es que se lleve por vía de salario que los indios habían de dar; y en esto de los pastos y aguas con que se riegan, se debe

de mirar mucho, porque ha venido a tanto desorden, que los indios no pueden tener ganados sino es en partes tan fragosas o de malos pastos, que los españoles no pueden entrar a ellas o no las quieren, o que habiendo muchos españoles que tienen a mil y a dos mil, y algunos a diez mil cabras y veinte mil cabezas de otros ganados, no hay indio que tenga seis vacas ni cien ovejas si no es algún cacique, y éstos muy pocos, por la desigualdad que hay y ventajas que les hacen en fuerza y habilidad los españoles.

Y así mesmo les toman las aguas, con que han de regar los pocas tierras que les quedan, y no pueden regar sino es de noche, como quien hurta, o en los días de fiesta, en que habrán de entender en su conversión y doctrina; y también les toman la leña y la madera de los montes y de lo que tienen plantado a mano y se la hacen cortar y llevar a sus casas, y también les toman los árboles y plantas, que ellos mesmos ponen a mano, para sus edificios, lo cual es robo, sin ningún color.

Lo séptimo, se infiere que no se puede ni debe poblar en estos reinos más pueblos de españoles de los que son necesarios para sustentar y hacer espaldas a los predicadores de los Evangelios, ni consentir ni dar lugar a que pasen a ellos españoles algunos para otros efectos, ni más que para esto de los que son necesarios y que se debían despoblar los que sin esta necesidad se han poblado, como son la villa de Arnedo, que Su Majestad por su cédula ha mandado despoblar por haberse poblado en tierras de los indios; y la villa de Valverde en el valle de Ica, donde por evidencia consta que no hay agua bastante para sustentarse el pueblo de indios, cuanto más los españoles; y la villa de la Ribera, en el valle de Camaná, y otros poblezueros que se han fundado en estos llanos, de que vienen grandes

daños a los indios y ningún provecho a Su Majestad y en que los españoles viven muy pobremente.

Y que los españoles que han pasado a estos reinos sin licencia de Su Majestad tácita, en tiempo que no se requería licencia por escrito, o expresa, después que Su Majestad mandó que no pasasen sin ella o los que pasaron con otro intento que de aprovechar a los indios en lo espiritual o ayudar a los que la aprovechan, y no han mudado ni mudan el intento a entender en ésto; y los que les consienten estar en él pudiéndolos echar, pecan y son obligados a restituir los daños que dello han venido y vienen a los naturales, y que no deben ser absueltos sino lo restituyen y se vuelven como Su Majestad lo tiene mandado.

Lo octavo, se infiere que no se puede echar a los indios más tributos de los que sus señores les echaban en tiempo de su infidelidad, como Su Majestad lo tiene mandado por la nueva ley, y muchas provisiones y cédulas que en declaración della ha dado muy justas, y cristianamente; en lo cual ha habido y hay grande exceso porque los naturales destos reinos son compelidos a pagar mucho más tributo que en tiempo de los Ingas, y aún más, en cada año que vale lo que tienen de hacienda, y son compelidos a servir en muchas cosas que aunque las hacían en tiempos de los Ingas, de algunas sacaban provecho, y de otras sacaban cumplir con el tributo sin otro daño; y agora ni sacan provecho ni cumplen con el tributo y de hacerlo, les vienen muchos daños.

Para que se entienda que los tributos que los indios pagan, son mayores de los que pagaban en tiempos de los Ingas, y los trabajos que agora tienen son mayores y mayores los daños, presupongo que en tiempo de los Ingas ningún indio era compelido a dar al Inga ni a otro señor cosa alguna de su hacienda; sólo les com-

pelía a labrarle las tierras que estaban señaladas para él, y guardarle sus ganados y hacer en su servicio, y de sus jueces y de sus curacas cada uno el oficio que sabía, como labrar ropa y hacer edificios, o laborar minas de todos los metales, y hacer vasos de oro y plata y cosas de madera y loza, o en guardarle los frutos de su heredades y ganados. Y en esto entendían todos los indios el tiempo que les cabía y era necesario para ello, el cual es cosa conocida, que siendo, como eran tantos, les cabía muy poco a cada uno y en este tiempo se sustentaban en la hacienda del mesmo o de los caciques a quienes servían, y todo el demás tiempo les quedaba para labrar sus heredades y entender en sus haciendas, y eran compelidos a ello por los jueces del Inga y por los caciques; y ninguno entendía y tributaba más que en una cosa y todo lo que se sacaba destos trabajos y tributos que los indios daban, se gastaba y convertía en provecho de los mesmos indios que los trabajaban, en especial, si tenían necesidad dello.

Y ya que no fuese en provecho de los mesmos la ropa que los unos indios hacían, les daba el Inga a otros, que era para ellos más suaves y deleitosa manera de provecho y contento; el Inga no enviaba el oro ni la plata a reinos extraños; y todo lo que tenía sacado de multitud de años, era poco más oro y plata que al presente son compelidos a sacar cada año en este reino, sin haber en todo él doscientos esclavos que labran las minas; y así es notorio el excesivo trabajo que en esto tienen y cuán mayor es sin comparación que el que tenían en tiempo del Inga, y lo que peor es, que son compelidos a alquilarse para ello. Lo cual es contra la libertad y contra lo que Su Majestad tiene mandado muchas veces so graves penas.

Poniendo esto más en particular, como cosa que tanto importa conocer lo susodicho, y que se entiende co-

mo algunos, que han sacado relación desto, aunque en todo lo más del fecho dicen la verdad, se engañaron en todo lo que del hecho infieren, cegados con el interés que pretendieron, dejando aparte otras cosas que no tocan a esta materia, pongo la manera siguiente de tributar al Inga y a los demás señores y caciques, por lo cual parecerá claramente qué personas fueron tributarias y lo deben ser hoy, y en qué cosas deben tributar, y cómo los indios tributan hoy mucho más cosas que en tiempo del Inga, y muchos que no deben ser tributarios.

Cuando los lngas conquistaron esta tierra, se enseñorearon della a su voluntad como señores soberanos, y siempre se iban ayudando de los naturales de las tierras que conquistaban, por lo cual no los trataban como a esclavos, ni les tomaban sus tierras ni haciendas, sino como a vasallos, y también que no se hallará que ningún señor haya tratado a sus vasallos mejor ni más a gusto y provecho dellos, fuera de algunas cosas tocantes a matrimonio y otras cosas de religión, porque él y todos ellos estaban engañados en ella, lo cual era en esta manera.

Hacía contar todos los indios e indias por su edades, y puso en el Cuzcó que era cabeza, cuatro jueces que llamaban **Apocunas** que eran como de su Consejo, para cuatro partes deste reino en que lo dividió, cada uno en la suya, que llamaban **suyo**. Uno para la provincia de Chíncha-suyo, y otro para Colla-suyo, y otro para Conde-suyo, y otro para Ande-suyo. Inferiores a estos puso otros jueces que llamaban **Hunos**, que eran señores de diez mil indios, y otros curacas a cinco mil indios, y otros de mil, y otros de quinientos, y otros de a ciento, y otros de cincuenta, y otros de diez sujetos por la orden del número unos a otros, hasta parar en el Inga, que era Monarca.

Los señores, los cuatros **apocunas** y **hunos** no se heredaban, sino que los daba el Inga a capitanes y curacas y gente principal que lo merecía por valentía o reputación y prudencia y servicios que le habían hecho; aunque si los hijos destos tenían méritos y edad y habilidad, se los daban. Los demás eran señores que los Ingas hallaron y los dejaron en sus señoríos y algunos les añadieron más y a otros les quitaron de lo que tenían y dieron a otros de aquellas provincias, deudos destos señores. Si los hijos eran hábiles y de edad, siempre sucedían en los cacicazgos, y si el mayor no era hábil y con edad, sucedía el hermano del curaca muerto y lo tenía mientras vivía, y muerto éste, no sucedía su hijo, sino el sobrino deste, que había de heredar si fuera hábil y de edad. Esto en todos los curacas, los cuales proveía él o los dichos señores por su mandado, excepto los curacas de cien indios que llamaban **Pachacas**, y de menos porque éstos proveían los caciques de mil indios, a quienes eran sujetos con consentimiento y aprobación de los caciques más principales, y no se los podían quitar mientras vivían, sino era por gran delito, y sucedían sus hijos como los demás. Los de cincuenta y diez indios proveían los caciques, y los quitaban si no hacían bien su oficio.

También habían otros jueces que llamaban **Tucuiricoc**, que quiere decir todo lo mira o veedores y eran de fuera de la provincia; entendían en los negocios de la justicia, unas veces juntamente con los **hunos** y curacas y otras veces sin ellos; no se puede entender en qué casos había estas dos diferencias, ni si era con orden o acaso. Los cuales eran como jueces de comisión o pesquisadores o más propiamente visitadores, y así ni eran perpetuos ni se heredaban, y éstos ponían tenientes,

donde les parecía que era menester, que llamaban **Michue** (1).

Así mesmo hizo contar los ganados y dió parte dellos a estos señores y curacas, conforme a la calidad de cada uno y a los indios comunes que estaban en tierras donde se criaba bien este ganado. También les dió a una y a dos y a tres y más cabezas y reservó para sí parte de todo el ganado y entrególa por las provincias e hizo poner indios para la guarda dello, y en cada provincia un principal, que tenía cargo de mandar a los pastores y tomarles cuentas.

Así mesmo hizo amojonar todas las tierras y pastos y declarar cuyas eran y ponerlo por cuenta, para que no pudiesen haber sobre ellas pleitos ni diferencias, que había muchas a causa de que en cada provincia había un gran señor, y el que más podía, quitaba a otro sus tierras y pastos; y en todas las provincias, y en los pueblos principales, hizo señalar tierras para el sol y para las guacas y para él, y puso en todas ellas indios; que las guardasen, y tuviesen cuentas con hacerlas labrar, beneficiar y coger y guardar el fruto dellos. Hase advertir que los más pleitos que al presente hay sobre estas tierras son sobre averiguaciones que los capitanes del Inga hicieron, que, o no se ejecutaron, o había poco tiempo que se ejecutaron, cuando los españoles entraron.

Lo cual es causa que por una parte se presentan muchos testigos diciendo que eran suyas, porque lo habían sido antiguamente, y otros prueban que los capitanes del Inga se las dieron y que eran suyas, y así parecen contrarios y en efecto no lo son. Y otras veces parece así

(1) Las voces kechwás que en esta presentación o alegato emplea el Licenciado Falcón, en su mayor parte están mal escritas, y algunas son intraducibles como esta: **michue**. (F.A.L.)

mesmo contrarios y no se puede averiguar la verdad porque comúnmente no se deslindan en la demanda las tierras que se piden o no los entienden y otras veces no se puede averiguar cuáles son actores y cuáles son reos, y tiénese por inconveniente hacer pleitos diferentes sobre la posesión y sobre la propiedad.

También es necesario advertir que se engañan los que dicen que el Inga daba y quitaba las tierras a quien quería y aun los caciques, lo cual no pasa así, sino fué en la entrada y conquista que por asegurarla puso indios de otra de **Mitimas**, y no hace al caso que en algunas tierras hasta hoy, se repartan las tierras por el curaca a los indios, porque esto, es por costumbre que había en aquellas provincias de antes del tiempo del Inga y dejolas el Inga en ellas. En fin, como quiera que las tierras se pastan, son de los vecinos de aquel pueblo, y decir que por esto se pueden dar a otros, es sin fundamento, y está claro que los indios eran señores de sus tierras, porque sino lo fueran, no había para qué traer pleitos ni diferencias sobre ellas, y consta por muchos procesos, que en tiempos de los Ingas se trujeron muchos pleitos sobre ellas y sobre términos y pastos y salinas, que el Inga enviaba jueces a averiguarlo y a poner mojones.

Así mesmo puso e hizo poner número de indios que lo sirviesen de cada provincia, conforme al número que en ella había, en las cosas que en la misma provincia había, de que él pudiese ser servido y aprovechado, que eran los siguientes en los llanos yungas.

Capacocha camayoc, que eran indios que están señalados para llevar los sacrificios adonde se les mandaba.

Ceri camayoc, indios para labrar minas.

Llacxa camayoc, indios para labrar piedras que sacaban de la mar y turquesas y otras piedras.

Ychma camayoc, indios que labraban tierras de colores.

Guaca camayoc, **llanopaucar camayoc**, **habapaucar camayoc**, de menos suerte.

Llano páchac cumpic camayoc, que hacían ropa rica para el Inga.

Haba cumpic camayoc, que hacían ropa basta.

Tanti camayoc, indios que hacían colores de yerbas.

Llano hojota camayoc, finas para el Inga. **Haba hojota camayoc**, bastas.

Toclla y lica camayoc, **indi guarmin camayoc**, indios, guardas de las mujeres que estaban diputadas para el Sol y sus servicios.

Mamacona camayoc, **llama camayoc**, **colca camayoc**.

Coca camayoc, **llipta camayoc**, **uchu camayoc**, **cachicamayoc**, **challua camayoc**, pescadores; éstos no tenían chacaras, manteníanse del pescado que tomaban, después de haber cumplido con lo que habían de dar al Inga.

Soño camayoc, ollereros. **Querocamayoc**, carpinteros.

Malqui camayoc, **chaca camayoc**, **pirca camayoc**, albañiles.

Mollochas, **quicamayoc**, **paucara camayoc**, **vanto camayoc**, **Mitimae**, indios que daban para sacar fuera de la provincia y ponerlos en otra parte.

Los demás que quedaban hacían las chacaras de todas legumbres y las beneficiaban y llevaban y ponían en los depósitos o donde se les mandaba, y entendían en las otras obras de comunidad pública.

Y los indios serranos les servían en las cosas siguientes: **Capacocha camayoc**, **intip camayoc**, **Chuncauticapac**, indios para servir los cuerpos antepasados difuntos del Inga.

Cori camayoc, **colque camayoc**, **antayquilla camayoc**,

Iclama camayoc, guaca camayoc, llanupaucar, havapaucar.

Cualcanca camayoc, llanucumpic, havacompic, tanticamayoc.

Llanu-ujuta, hava-ujuta, toclla elica camayoc, mamacona camayoc, ocllacamayoc, paupa camayoc, coca camayoc, pilco-llamacamayoc, llama camayoc.

Lliptacamayoc, uchu camayoc, cachicamayoc, chichi camayoc, zara camayoc, michca camayoc.

Sanucamayoc, quero camayoc, malqui camayoc, maya camayoc.

Chaca camayoc, pirca camayoc, chasqui camayoc, pa-co camayoc, que eran para poner en las orejas del Inga.

Rivicamayoc, que son unos cordeles con plomo con que jugaba el Inga; y daban indios para **mitimaes** en otras partes.

Los demás indios que quedaban hacían las **chácaras** del Inga y de los señores y las suyas propias, y las cogían y ponían en los depósitos y entendían en las demás obras públicas que se ofrecían.

Ayudaban a hacer y reparar los templos reales y los caminos y malos pasos, y las puentes y casas y cercados y edificios del Inga y de los señores, y curacas y llevar las cargas donde se lo mandaban.

Los indios oficiales **camayoc** hacían las chácaras de sus principales y sus casas y le acompañaban algunos dellos, y los indios daban leña y paja a sus curacas.

Así mesmo dió a todos los dichos señores y curacas y criados que les sirviesen, conforme al número de los que cada uno tenía, debajo de su mando, a razón de uno por ciento al **huno**, y al curaca de **guaranga** y al de **pachaca** aunque a algunos daba como premio de servicio que le hacía el cual dicho servicio de indios era exento del trabajo y servicio para el Inga.

Demás de los indios que daban las provincias y pueblos para todo lo susodicho, sembraban y beneficiaban todas las chácaras y heredades del Inga y de los señores susodichos y curacas todos los indios de las comunidades; **auccamayos** que en su lengua quiere decir gente de guerra, o más propiamente de armas; y las empleaban en hacer todo lo susodicho y lo hacían en esta manera: que si acaso el mismo Inga u otro señor se hallaba presente a arar o beneficiar las chácaras del Sol, o de las guacas o suyas, era él el primero que ponía mano en la labor con una **taclla** de oro que para ello le llevaban, y así todos los señores y principales que con él iban, y él lo dejaba.

Luego iban dejándolo por su orden todos los dichos señores y principales y todos se ausentaban con él a hacer sus banquetes y fiestas, que en aquellos días eran muy principales, y en el trabajo quedaban solos los curacas de pachaca, que trabajaban un rato más y entendían en mandar y estaban presentes mandando, y los que trabajaban todo el día eran los curacas de cincuenta y de diez, y los indios comunes que no tenían cargo ni oficio, los cuales partían entre sí por rayas que ellos llaman **suyos**, lo que a cada uno, sus hijos y mujer y gente de su casa para que le ayudasen, y el que tenía muchos que le ayudasen, acababa presto y éste se llamaba hombre rico. Y el que no tenía quién le ayudase, era pobre y estaba más tiempo trabajando, y por esta orden mesma lo hacían cualquiera de los señores y curacas susodichos, empezando el más principal, y dejándolo como está dicho. Y conócese claramente que ninguno de los curacas de pachaca ni demás indios tributaban corporalmente, más que en mandar, porque a éstos no se les daba su **suyo** ni se les dá hasta hoy en día.

A todos estos que trabajan, se les daba de comer y beber muy abundantemente a costa de la misma hacienda en que entendían, ora fuese del Sol, o de las guacas o del Inga, o de los curacas y principales, y les daba las mantas y así mesmo las herramientas para las minas, y les hacía dar ciertas medicinas, a manera de purgas, que ellos llaman **elilcas**, (?) que dicen que eran muy provechosas para los que habían trabajado mucho.

En tiempo que se hacían estas sementeras o se beneficiaban, estaban suspensas todas las demás labores y oficios, de manera que todos los tributarios juntos, sin faltar alguno, entendían en ellas, y si acaso era necesario hacer algún oficio de, los susodichos por alguna necesidad repentina, como de guerra u otra, los mismos indios de la comunidad labraban las heredades de los indios ausentes, sin les pedir ni llevar por ello cosa alguna más de la comida, como está dicho en lo demás, y hecho esto cada uno labraba sus heredades.

Todo lo que se sacaba de los dichos oficios y labores y heredades lo ponían los mismos indios de la comunidad en depósitos que había en cada provincia, para que el Inga y sus capitanes hiciesen dello lo que mandase, lo cual se distribuía de esta manera:

En tiempo de guerra se proveían primero las cosas de la guerra; después mandaba el Inga dar a los indios pobres y viudas, y huérfanos y viejos todo lo que habían menester de aquellas comidas y ropa; por manera que la provincia quedase abastada de lo que era menester, y después hacía proveer las necesidades de las provincias comarcanas, y lo que quedaba y no siendo menester, se guardaba para tiempo de más necesidad.

El oro y plata y piedras, y ropa fina y rica, y plumas y otras cosas preciadas llevaba el curaca o un principal suyo al Inga, y le iban a ver y acompañar y servir por sus personas, y le enviaban los hijos, y en esta ma-

nera dicen verdad los que dicen que todos tributaban al Inga y que no había exento ninguno. Mas es claro que esto ni otro ningún mando no es tributo, y si lo es ellos lo tomarían, hoy también se podría decir que el Duque de Alba y otros grandes tributan, porque sirven al Rey con sus personas y haciendas en las guerras y gobernaciones y está claro que pues a todos les pagaban tributo los mesmos vasallos del Inga, que se no pueden llamar ellos tributarios.

Luego que el Inga recibía lo que así le llevaban, que, como está dicho, era ya suyo porque se había labrado y beneficiado para él, y ninguno le daba cosa alguna de su hacienda ni lo que della cogía; mandaba dar al que se lo llevaba algunos vasos de oro y plata o madera, conforme a quien era; y dábale de la ropa que llevaba o de otra parte por le hacer más merced y favor, conforme a quien era, y mandaba que de la ropa y otras cosas de aquella provincia, se diese a los señores y curacas y principales a cada uno según su estado y calidad. De donde se entiende la diferencia que hay hoy entre los caciques y sus sujetos, que los caciques dicen y prueban que por razón de los señoríos y cacicazgos les deben cantidad de ropa y otras cosas; y los indios, a ellos sujetos, dicen y prueban que no les solían dar cosa alguna sino indios de servicio los cuales les hacían la ropa y otras cosas y la comunidad entendía en hacerles sus casas y labrarles sus chacaras.

Y así todos dicen verdad, que a los caciques se les debe, y no lo han de dar los indios sino Su Majestad a los encomenderos, o descontarse a los indios de los tributos que pagan, para que los indios lo den; y aunque es verdad que los indios de su servicio y mujeres hacían ropa para los caciques, ésta era ropa basta para los días comunes y para los indios de servicio. Mas la ropa rica y buena de **cumbi** fino que los caciques tenían,

no la podían hacer ni hacían otros sino para el Inga, y él la daba a los señores y caciques; y demás desto, en muchas fiestas que hacía entre año, que ellos llamaban **rayme**, daba a todos los señores y caciques camisetas de oro y plata y vasos de oro y plata y collares y brazaletes y otras joyas de algunas esmeraldas y turquesas y otras piedras.

Así mesmo hacía el Inga merced a los caciques de darles lo que aunque no hubiese necesidad, pudiese repartir la ropa y otras cosas que había en los depósitos o parte della, para dar contento a los indios de la provincia. Y finalmente, todo cuanto los indios trabajaban se venía a convertir en su provecho, y demás desto, recibían gran bien en que los ministros del Inga tenían gran cuenta en hacer que los indios se ocupasen en ejercicios de su provecho y de la república y comunidad de la tierra, y que ninguno anduviese holgazán ni tuviese necesidad, y si la tenía se le suplía, de donde se entiende que si esta gente conociera a Dios y le sirviera, tenía el mejor y más provechoso gobierno que puedan tener, conforme a su capacidad y que después que los españoles entraron, han sido y son grandemente agravados en los tributos y servicios, que hacen contra justicia y contra lo que Su Majestad tiene mandado, y especialmente en las cosas siguientes:

AGRAVIOS

Primeramente, han recibido y reciben agravio en les haber tomado y quitado su señorío y dejado aparte al soberano señor; por lo que está dicho se han consumido los señoríos de los **apocunas** y **huncs**, que aunque se diga que por la mudanza que ha habido y que hay del gobierno no son necesarios, sería justo que en recompensa dellos se les diese algunas otras cosas o les

hiciesen mercedes, y está claro que en no hacerse esto, reciben agravio, como lo recibirían en Castilla si los oficios de justicia y de la casa del Rey se diesesen a extranjeros. Y así mesmo han recibido agravios en haberse quitado a muchos caciques y señores la mayor parte de sus señoríos, por haberse encomendado en partes a diferentes encomenderos, y aunque está mandado se remedie, no se hace. Así mesmo recibe agravio la gente principal en que de parte de Su Majestad no se les hacen ni acostumbran hacer merced, en lugar de las que el Inga les hacía, ni se tiene cuenta con acrecentar ni honrar a los que viven bien, ni a los indios que han servido en las alteraciones pasadas que demás de la pérdida temporal les viene general daño en no aficionarlos a la virtud con esperanza de premios y ninguna cuenta ha habido y hay en esto, y si bien se mira, lo temporal y estimable es mucha cosa. Ha habido respecto a lo que el Inga hacía con ellos, como está dicho, y habiéndoles quitado sus haciendas, honras y libertades, los infaman los españoles de muchos vicios y faltas que en ellos no hay, o a lo menos no en todos, ni en la mayor parte, y las dicen y afirman de todos en general, de que los indios reciben grandes agravios, y los españoles cargan mucho sus conciencias y lo que peor es que no lo tienen por pecado (2).

Así mesmo reciben agravio en contar por tributarios para Su Majestad, a los curacas y principales de **guarungas** y todos los demás, hasta de **pachaca**, que como está dicho, son de cien indios, y a sus hijos, y a los in-

(2) ¡Terrible acusación!: Infamaban los españoles a los indios con vicios que ellos no tenían, lo afirma el informante valerosa y cristianamente. (F.A.L.)

dios de su servicio y a los menores de edad y viejos, y a las mujeres (3).

Se hará que se entienda ésto; porque es muy importante cosa saber qué indios han de tributar, porque tienen mucha dificultad a causa de que en tiempo del Inga, como está dicho, todos los tributos eran personales y ninguno tributaba de su hacienda y hoy, aunque con muy buen celo se ha pretendido quitar los servicios personales, ha venido a los indios gran daño de esta mudanza y confusión, y se ha dado ocasión a muchos de robarlos, sin que ellos entiendan en qué ni cuánto, ni se le dé remedio ni presupuesto, como está dicho.

Y que en tiempo de los Ingas ninguno pagaba tributo de su hacienda, ni tributaban más que en una cosa, ésta muy claro y fácil de entender, que aunque todos servían al Inga, sólo se han de contar hoy por tributarios para Su Majestad o para el encomendero, los que trabajan actualmente con sus manos de trabajo corporal, que sólo son los **auca camayoc**, que quiere decir gente hábil para la guerra, o gentes de armas tomar. Y así, de veinte y cinco años hasta cincuenta, poco más o menos, porque esto no se puede negar que es arbitrario, y de éstos se han de sacar todos los señores y curacas y principales, hasta los de pachaca, que son curacas, de cien indios; de manera que sólo quedan los principales de cincuenta y de diez y de menos indios y la gente común.

Y los que dicen que los caciques habían de pagar más tributos, porque son más ricos, aunque se pudieran mover con buen celo, está claro que se engañan, porque

(3) Hay que admirar este pasaje del Licenciado Falcón. Honrada y claramente expone: La esclavitud impuesta por los españoles, a los americanos, no respetaba a los niños, ni a los viejos, ni a las mujeres. (F.A.L.)

demás de que son gente noble, pues a ellos les pagan tributo para que se sustenten como señores; si los contasen como tributarios sería necesario que la gente común que les paga tributo con que ellos se sustenten, conforme a su estado, les pagasen aquellos más, y así cargarían sobre los pobres en especial, que como está presupuesto, ellos sirven y trabajan en la administración de sus oficios, y así tributan más que los otros.

También se han de sacar los hijos de todos estos señores y curacas hasta los hijos de caciques de **guaranga**, porque como gente principal que era y es noble, entre ellos, ninguno trabaja corporalmente y servían cargos y oficios honrosos, por los cuales les tributaban, y no es bastante causa decir que se han de tributar, porque ya no sirven en aquellos oficios, ni es justo que de un agravio o daño que reciben en haberles quitado aquellos oficios, que de ellos sacaban provecho y honra, se les siga otro mayor, que es quedar pecheros y tributarios, y esto es una cosa en que se debe mirar mucho, porque además del agravio, conocidamente causa gran descontento en la gente principal, y soy informado que éstos, aunque no tuviesen cargos, eran honrados y respetados.

Demás desto, que, como está dicho, no son tributarios o por no poder o por ser gente noble, entre los cuales entran los ciegos, cojos y mancos y enfermos y las mujeres de todas suertes y edades, aunque sean viudas, porque, como está dicho, en tiempo de los lngas no se contaban por tributarios, ni de derecho lo son, habido respeto a que los tributos eran todos personales, y no se pagaba tributo alguno de hacienda; se han de sacar así mesmo, otras suertes de gentes que no han de tributar a Su Majestad ni al encomendero, no por impedimento ni por nobleza, sino porque han de estar ocupados y sirviendo en otras cosas; por lo cual en tiempo

de los lngas no les pagaban tributos; y reciben hoy grande agravio en que sirven y trabajan en estas mismas cosas todavía, los cuentan por tributarios y los impelen a pagar tributos, sin les descontar, por aquello que sirven, cosa alguna.

Primeramente no se han de contar por tributarios, por la dicha razón, todos los que sirven y han de servir a los señores y curacas, que son, como está dicho, de ciento; ni uno de sus sujetos, que contando todos los superiores que tienen, vienen a salir ordinariamente tres o cuatro de cada ciento, y no se haciendo así, los señores y la gente común reciben agravio.

Así mesmo se han de quitar todos los indios que son necesarios para servir en los tambos, y en esto ha habido y hay gran desorden y reciben los indios grandes agravios; así que en tiempo de los lngas no había tambos sino de cuarenta a cuarenta leguas y no habían más que dos caminos en todo este Reino; uno por los Llanos y otro por la Sierra, y para servirlos había gran multitud de indios, y así les cabía muy poco trabajo y ocupación y esto que les cabía era en pago de los tributos y servicios que debían; y agora hay muchos caminos, y en todos, tambos de cuatro a cinco leguas y es menester más para hospedar a un español que para hospedar cien indios; y son compelidos a servir en todos estos tambos y tener indios para ello, y dar posada y leña y yerba y agua de balde, y en muchas partes todas las cosas de comida de sus haciendas; y si en tiempo del lnga daban algo desto, eran de las haciendas del lnga, y por su mandado.

Y hoy no sólo dan todo esto de sus haciendas, mas, sirven mucho más, y en más lugares, y no se les recibe en cuenta de los tributos. Esto tiene fácil remedio con descontar de los tributos los indios que son necesarios para servir en los tambos y mandar, si algo die-

ren, se ausenten de los mismos tributos; y yo estoy cierto que no darán cosa o será bien moderada.

Paréceme que es bien traer a la memoria que ha habido tanta ceguedad y codicia en algunos que, con venir a los indios todos estos daños de sustentar los tambos, han pedido que se les hagan mercedes dellos, y se les han hecho, para que si algo se gana vendiendo bastimentos en ellos, se lo lleven ellos y no los indios, y reparan los tambos los indios y sirven en ellos y dan indios para servir a las personas que ponen en ellos; de manera, que aunque falten caminantes, no les falta a los indios en qué trabajar, y esto está claro que no lo tienen por pecado, y así no lo confesarán.

Así mesmo se han de descontar de los tributos los indios que son necesarios, para adobar y reparar los caminos y puentes; porque los que entendían en ésto en tiempo del Inga no pagaban otro tributo, y hoy han **recibido y reciben** los indios gran daño y agravio en esto; porque, como está dicho, no había más que dos caminos y éstos eran muy fáciles de reparar; porque no iban por ellos sino gente a pie, y la más descalza, y ovejas, y hoy los compelen a hacer infinidad de caminos, los cuales son muy dificultosos de hacer y reparar, porque caminan por ellos gente de a caballo y harrias, y por muchos dellos carros; y en la Sierra con las aguas y en los Llanos con la mucha sequedad, cada día se deshacen los caminos y puentes, y cuesta mucho trabajo a los indios el repararlos, y lo que peor es, que no se les **recibe en cuenta ni descarga** cosa alguna de los tributos, como se debería hacer.

Así mesmo se deben quitar de la cuenta de los tributarios para el Rey o para el encomendero, todos los indios que se ocupan en hacer iglesias y repararlas y en servir las, y a los sacerdotes que los doctrinan, y en las doctrinas; pues en tiempo de su infidelidad los que

entendían en servir sus guacas y adoratorios y en labrar las heredades que para ello labraban, no tributaban otra cosa. Y hace de advertir que de parte de Su Majestad y de los encomenderos, y aun de los religiosos y clérigos, se debe restituir y pagar a los indios, todo lo que han gastado y jornales de los que han trabajado en esto, pues estando mandado que se haga a costa de Su Majestad y de los encomenderos, ayudando a ello los indios, los han compelido ellos a hacerlo a su costa y trabajo, y aún no cesa el hacerlo.

Así mismo se deben descontar todos los indios tributarios que entienden en la administración o ejecución de la justicia, por el tiempo que entendieron en ello.

Así mismo deben ser relevados de tributos todos los indios que entendieron en mudar sus casas y reducirse a pueblos, a manera de españoles, todo el tiempo que se ocupasen en ello y algún tiempo más, pues no pueden entender en sus haciendas, ni en ganar para pagar sus tributos.

Así mismo se han de quitar, o por mejor decir, están quitados todos los hijos que están en poder de sus padres, hasta tanto que se casen, pues conforme a derecho y a la costumbre del Inga, como está dicho, se ha de contar por un tributario un vecino con su mujer e hijos no casados. Y a los que algunos dicen, que los indios no se querrán casar por no tributar, y están amancebados, digo que me parece que muy pocos harán ésto, y menos lo hicieran si les hubiéramos dado buena doctrina y ejemplo, pues se conoce dellos ser gente dócil y que no contradice las cosas de la fe y desea salvarse, y que no tendrían gran miedo si los tributos fuesen moderados, y que tendrían por justo que al que se le probase ser amancebado les hiciesen pagar tributo; y aunque algunos se escapasen de pagarlo, no se han

de hacer todas las cosas tan a gusto de los españoles, pues ninguna se ha hecho ni hace a gusto de los indios, y cuando mueran los padres o fuesen viejos que no paguen tributo, quedarán los hijos que tengan edad para tributarios.

Así mesmo reciben grande agravio en mandarles pagar los tributos en muchas cosas a cada indio, en especial agora que se pretende quitar a los caciques y principales el tributo de repartir entre los indios lo que le cabe a cada uno pagar de tributo; porque como está dicho, en tiempo del Inga no tributaban ni entendían más que en una cosa; y está evidente la vejación que la pobre gente recibiría con las demandas que les han de hacer cada año dos o tres o más veces de todas las cosas que han de tributar, y así les han de pedir una vez oro o plata, otra vez ropa, otra vez coca y otra vez huevos, otra vez alpargatas y otras muchas cosas en que están tasados; y los que la piden, está entendido que no han de llevar de menos, ni han de pedir de balde. Remediaríase con tasar lo que cabe a cada uno de tributo y mandar que lo diese a cada uno, en una cosa o dos de lo que mejor pueda dar y con menos pesadumbre.

Así mesmo reciben agravio en mandarles dar muchas cosas que ellos no tienen en sus tierras, y han de salir fuera a buscarlas, y muchas veces a tierras de diferentes templos, contra lo que se hacía en tiempos del Inga y contra lo que Su Majestad tiene proveído. Y hase de advertir que los Oficiales Reales y los encomendados han llevado tributo de todas esas cosas, aunque ha habido esterilidad dellas y no se las han remitido, sino es algunas veces compelidos por pleitos, aunque les constaba de la esterilidad, y así son obligados a retribuirles, y lo que les han hecho gastar en pleitos conociendo que la había.

Así mesmo reciben agravio en mandarles llevar las cosas que pagan de tributos a los pueblos de los españoles y a otros fuera de sus tierras, y muchas veces a diferentes templos, contra lo que Su Majestad tiene mandada, y no se puede justificar esto con decir que en tiempo del Inga llevaban algunas cosas a donde él estaba, porque esto era muy poco y cosas muy preciadas y de poco peso, y ellos lo tenían por honra y sacaban dello provecho por lo que el Inga les daba; y todos los tributos los ponían en los depósitos de su tierras, y si alguna vez lo llevaban fuera, era por necesidad de guerra. Y esto y más son compelidos a hacer después que los españoles entraron en esta tierra, y lo que peor es, que no se les ha descontado por llevarlo cosa alguna, ni aun se les han pagado muchos mantenimientos y municiones y servicios personales y otras cosas, que han dado en tiempo de las alteraciones entre españoles que ha habido en este reino y han pagado por entero los tributos, como si no trabajaran ni dieran sus haciendas y las vidas, y ha habido quien absuelva a los que los han llevado.

Y generalmente todos pagan tributos excesivos y mucho más de lo que pueden pagar y de lo que valen sus haciendas, lo cual se entienda claro; porque como está dicho, con estas cosas en que servían, cumplían con los tributos y todas ellas eran para su provecho y sustento, y hoy las hacen sin descontarles cosa alguna por ellas, y demás dellas pagan grandes tributos, y dellos ninguna cosa vuelve a su poder sino con mayor daño suyo. Y nunca ellos dieron consentimiento expresa ni tácitamente a tales tributos, ni les fué pedido, ni se ha tratado con ellos, más de que al principio los encomendados les llevaban todo aquello que podían sacarles que, en aquella sazón, era mucho; porque se habían quedado con las haciendas, oro y plata y ganados del Inga,

y después los que hicieron las visitas, que eran encomenderos de otros repartimientos, les preguntaban qué tanto pagaban, y los caciques lo decían, y si les decían si querían pagar algo menos que aquello decían que sí, como gente que siempre había sido apremiada y que no lo habían de pagar ellos; y nunca se ha tratado ésto con los indios tributarios ni se ha averiguado lo que pueden dar, y los que hicieron las tasas sólo tuvieron consideración a quitar algo de lo que pagaban, porque no se atrevieron a ponerlo en lo justo y así lo han declarado muchas veces y en las mismas tasas lo dan a entender en cuanto dicen; porque con menos cargos de conciencia, y demás de los dichos agravios y excesivos tributos reciben otros muchos.

Y en especial, en compelerlos, como los compelen, a venirse a alquilar en las obras y haciendas de los españoles, lo cual es contra la libertad que deberían tener y Su Majestad manda que tengan, como está declarado, largamente en un parecer que dí por mandado del señor presidente Licenciado Lope García de Castro que irá adelante, y en especial son compelidos a venir en ello de diez y veinte y treinta y más leguas, y muchas veces de diferentes temples y con conocido peligro de muerte, y otros les mandan dar para labrar minas y llevar cargados bastimentos a ellas y para sacar los tesoros de los enterramientos de sus pasados, y para guardas de los ganados de los españoles, y para todo lo que los españoles quieren, así para ingenios de azúcares y obrajes de paños, y aun para sacar los ríos de madre.

Y así mesmo reciben agravio notable en que los encomenderos, so color de que cuando les quitaron el servicio personal, vista su dureza, les permitieron alquilar indios de su repartimiento, han tenido y tienen mucho número de indios, alquilados en mucho menos que

los demás españoles, en tanto número que les estuviera mejor dar de balde los indios que daban de servicio primero, conforme a las tasas.

Y lo que peor es, que tienen por lícito le no pagarles lo que está mandado que paguen los demás españoles que no tienen indios encomendados, por decir que son sus indios, habiendo de ser al contrario, lo cual es necesario que se les declare, y que ellos y los jueces y capitanes y religiosos y clérigos hacen mal en ir sin necesidad de los indios a residir en sus pueblos por holgarse o por sus intereses particulares, y son obligados a restituir todos los presentes que los indios les dan; porque no se los dan de su voluntad, si no por miedo y respeto que les tienen, y aunque se los diesen de su voluntad, no es de los caciques y principales que se los dan, y todos saben que lo toman a la gente pobre para darlo, y que demás desto les hacen muchos daños a sus mujeres, hijos, criados y esclavos (4).

Ansí mesmo reciben notable daño y agravio, en compeler, como compelen, los españoles a los indios serranos a bajar a los llanos, tierra caliente o alquilarse a las obras de los españoles, con conocido peligro de muerte, y en especial a labrar la coca de los Andes y otras tierras calientes, lo cual no se hacía en tiempo de los lngas, ni la labraban sino los naturales de las tierras calientes, y era muy poca; y después que los españoles entraron siendo, como eran obligados a persuadirles que las dejaran, pues que conocidamente ningún provecho sacan los indios della, y ordinariamente usan della en sus supersticiones e invocaciones de demonios, no sólo no lo han hecho, antes han dado tantas fuerzas a

(4) Consta aquí que no sólo esclavizaban los españoles a los indios, sino que también los afrentaban. "Le hacen muchos daños a sus mujeres", asegura Falcón. (F.A.L.)

esta invención diabólica, que hoy hay mil veces más coca de la que había en tiempo de los Ingas; de que se han seguido y siguen cada día infinidad de muertes de indios; y aunque todos lo conocen, dicen que no se puede quitar porque con ella se sustentan y hacen ricos muchos españoles.

Y aunque el Marqués de Cañete, que conociendo esto, la pretendió quitar, mandó que no se pudiese más chácaras de nuevo, y se empezó a guardar lo que proveyó. Luego que murió se empezaron a dar licencias para poner chácaras de coca, y se han dado y se dan tantas, y se han apocado los indios en tanta manera, que ya no hay quien la labre sino sus encomenderos. Será justo que en este Santo Concilio se declare el estado en que están, lo que a esto han dado causa, y qué remedio pueden poner en sus conciencias porque lo entiendan y lo hagan.

Algunos indios me han dicho que sería gran principio de remedio mandar que ninguna mujer ni indio menor de catorce años sean osados de comer coca, agora ni nunca, aunque crezcan en edad, so graves penas, y que entiendan en ejecutarlas los caciques y justicias y los clérigos en hacerlo ejecutar, y que desta manera irá en gran disminución; porque quitarla a los que la han acostumbrado dicen que será muy dificultoso. A mí me parece que se debiera mandar que ninguna chácara de las que se han puesto después que el Marqués de Cañete murió, se pueda labrar y que las de antes no se pueda reponer sino fuese las que había en tiempo del Inga, habiendo indios yungas que las labran, y no de otra manera.

Ansí mesmo reciben notable daño y agravio en compelerlos a alquilarse para llevar cargas, los cuales llevan por todo el Reino, de gran peso más de lo que pueden llevar y muchas jornadas a diferentes temples de su

naturaleza. Y el haberse prohibido por leyes y cédulas de Su Majestad que no sean compelidos a ello y que no las lleven aunque ellos quieran, sino fuere en partes donde no puedan andar recuas, y de su voluntad y pagándoselo, les hace y ha hecho mayor daño a causa de que no se dá orden de declarar las partes y lugares donde las han de llevar, y el peso que han de tener, y la jornada que han de hacer con ellas, y el precio que les han de dar; porque dicen los jueces que si esto hiciesen, les harían cargo en residencia de haberlas permitido, y así son compelidos a ello sin ninguna orden ni tasa.

Y débese mucho considerar que por una parte se pretende refrenar el poderío de los caciques, para que no puedan hacer tantos agravios a los indios, y esto pónese en ejecución por efecto de quitarles a los caciques mucha parte de los tributos y servicios, que los indios les deben, para que aquellos que se les quita, lo den a los encomenderos, de que los caciques reciben agravio y también la comunidad; porque aquello que les daban, lo gastaban los caciques con la gente común, y es de creer que los caciques se lo tomaran por otra parte y tendránse por libres de la obligación de gastarlo con ellos; y por esta parte de compeler a los indios a alquilarse para las obras de los españoles y para la coca y para llevar cargas y para las minas, yendo a todo esto muy lejos de sus casas, se les dá sin comparación mayor poder sobre ellos; porque los caciques son los que dan estos indios para todo esto, y ellos envían a los que quieren, y está claro que los indios les han de tener gran respeto y miedo; porque no les envíen a esto en coyunturas, que pierdan sus haciendas o dejen a sus mujeres y hijos a mal recaudo y mueran o enfermen.

Y demás destos agravios que les hacen con color de pago, reciben otros sin paga alguna; y especialmente

son compelidos a venir de muchas leguas a los pueblos de los españoles a celebrar las fiestas y regocijos, que los españoles hacen las Pascuas y otras fiestas principales, y a encerrar los toros y poner las talanqueras, y hacer arcos y poner encaytotera y otras yerbas y flores en los recibimientos y otros regocijos; y para compelerlos a hacerlo, les quitan las mantas o lo que traen en la cabeza, y les hacen barrer y regar las plazas, y limpiar calles.

Ansí mesmo cualquier español, o mestizo, o negro, les compelen a llevar cargas de una casa a otra, y para los caminos, y para que lo hagan les quitan las mantas u otras prendas, y les hacen dejar sus negocios a que van. Y los porteros de la Audiencia los compelen a llevar la silla de los Oidores a donde quiera que van, y las justicias los compelen a llevar cartas y otros mensajes; y lo que peor es, los clérigos y religiosos de las doctrinas los compelen a darles indios que les sirvan para llevar muchas cartas y mensajes para sólo su contento, y muchas veces cargados con presentes y cosas que envían, y de retorno vuelven cargados con cosas de regalo de que ninguna necesidad tenían.

Y finalmente, se les han quitado sus señoríos, honra y libertad y tierras, tambos y pastos, montes y aguas, y se les llevan tributos incomparables, y son compelidos a labrar las tierras que los españoles les han tomado y las minas, con color de decir que no las puedan labrar, y no quieren; y andan tan ocupados y trabajados y afligidos, que aunque supiesen y quisiesen entender en su doctrina y conversión, no tienen lugar para ello, y con ver los malos tratamientos que se les hacen, quieren mal a los españoles y predicadores, siendo como es una de las cosas que conviene mucho a la predicación que el predicador no sea odioso, para que le crean; y lo que peor es, ven que se usa con ellos y que se hace y tiene

por lícito lo contrario de los que se les predica.

E así mismo reciben mucho daño y agravio en sus conciencias y conversión, en que sean sus jueces los sacerdotes de la doctrina y los castiguen por sus delitos; porque los tienen odio por los castigos que les hacen, aunque sean justos, y no se osan confesar con ellos o mal. Convendría que esto no se hiciese en todo lo que se pudiese excusar, y en especial que no condenen en pena ninguna de prisión ni corporal a los caciques y principales, sino que cuando el caso aconteciese, los remitan al ordinario, a lo menos si ellos lo pidieren.

Y porque pido y suplico a vuestras señorías provean de remedio a los que en esto han excedido y exceden contra los naturales destos reinos, declarándoles en lo que han hecho mal, y lo que son obligados a hacer en satisfacción dello, para que salgan del pecado en que están y no cometan otros semejantes; y se quiten los estorbos e impedimentos que ha habido en la instrucción, y conversión de los indios, y ellos crean y obren las cosas de nuestra santa fe católica, para lo cual, etc.—**El Licenciado Falcón.**

Muy ilustre señor: Los curacas, principales e indios de la Provincia de los Yauyos que están en la Corona Real, en términos desta Ciudad de los Reyes, decimos que a nuestra noticia ha venido que vuestra señoría ha proveído o quiere proveer un Corregidor en el dicho repartimiento, y que le señala los tomines de cada indio tributario de los que hallare en el dicho repartimiento en cada un año de salario; y porque nosotros ni nuestros indios no queremos ni pedimos el dicho corregidor, si vuestra señoría lo quiere proveer, le ha de mandar pagar los salarios a costa de Su Majestad, pues le pagamos tributos por razón de los cuales nos ha de mantener en justicia. Y demás de que ésto es así, de derecho; Su Majestad lo tiene declarado por cédulas y provisio-

nes, por la cual mande que no sólo no paguemos salario a los dichos corregidores, mas ni les demos comida en ninguna manera; y cuando el Inga ponía justicias en las provincias, que llamaban **tocorico** les pagaba de las rentas y depósitos, que en las dichas provincias tenía. Y ya que Su Majestad no lo hubiese de pagar, lo debían pagar los encomenderos que en su nombre llevan los dichos tributos, y no añadiese otro nuevo tributo sobre los indios pobres.

Y si en los reinos de Castilla pagan las ciudades los salarios de los corregidores, pues que ello es contra derecho, es cosa conocida que será por concierto que los Reyes pasados tomarían con las dichas ciudades, de que los consejos pusiesen y nombrasen justicias que conociesen de todos los pleitos en primera instancia, con lo cual descargarían de la obligación que tenían; y si las ciudades pidiesen corregidores, habiéndoles dado poder para hacer la dicha elección, es justo que pagasen el salario de los dichos corregidores, o porque así sería concierto, o en pena de haber dado causa para que fuese necesario enviar los dichos corregidores, o en recompensa de haberles hecho la dicha merced que pudiesen nombrar los dichos jueces, o porque así habría sido costumbre lo cual no pasa de lugar ni se debe guardar en estos reinos; pues son nuevamente adquiridos y han estado y están sujetos, y con tanta humildad, que a todos los naturales dellos los pueden mandar y mandan un solo español y un clérigo o fraile, y obedecen sin resistencia alguna; y así la dicha costumbre no se ha guardado ni se guarda en este Reino, y a todos los corregidores que ha habido y hay en las ciudades dellos, se les pagan los salarios a costa de Su Majestad; y en la Nueva España donde ha habido y hay muchos corregidores en los pueblos de indios, les paga Su Majestad el salario. De que nos ofrecemos a dar información, y si

es necesario, nosotros nos ofrecemos a elegir, entre nosotros, jueces que nos mantengan en justicia, y consentimos que si pidiéramos corregidores o jueces españoles, les pagaremos los salarios.

Pedimos y suplicamos a vuestra señoría no mande enviar los dichos corregidores a costa de los indios, sobre que pedimos justicia, y para ello, etc.—**El Licenciado Falcón.**

Muy ilustre señor:—Vuestra Señoría me mandó diese mi parecer por escrito, cerca de lo que se debe hacer en compeler a los indios a que se vengán a alquilar a esta ciudad y a los demás de españoles, y en las minas para llevar bastimentos a ellos con presupuesto que vuestra señoría hace, que no es lícito que Su Majestad deje estos reinos, y que para sustentarlos son necesarios españoles, y que para que éstos se sustenten, es necesario que haya quien les labre las tierras; y así mesmo es necesario que haya contratación entre ellos y los reinos de Castilla, para que dellos traigan las cosas que en éstos faltan, y esto no se puede hacer sino se labran las minas, y para ello es necesario que los indios lleven a ellas bastimentos, por lo cual se puede compeler a los jornaleros que se alquilan para estos dos efectos.

Los dos presupuestos que vuestra señoría hace, no se pueden negar, mas al tercero, de la contratación con los otros reinos, aunque es bueno para ésto que se labren las minas, a mí me parece que para este reino, no sólo no es necesario más, ni aun conveniente ni provechoso, antes es muy dañoso el comercio y contratación que tiene con los de España; porque se lleva allá el oro y la plata y se traen muchas cosas, que las más dellas son dañosas, y muy pocas que sean provechosas, y menos que sean necesarias, sino que esto no se echa de ver; porque los dos reinos son de un señor, y los que

tratamos dello somos españoles que todos pensamos irnos a España, y queríamos llevar todo el oro y la plata que fuese posible.

Mas, si se considerase cada reino de por sí, como se había de considerar, y lo que conviene a los naturales, y a los que han de permanecer en él, bien entendido está que, no sólo no es necesario el presupuesto que vuestra señoría pone de la contratación con los reinos de España, antes es dañoso, y convendría a este reino excusarlo en todo lo que fuese posible, pues en él hay todas las cosas que son necesarias para la vida humana, y si algunas faltan, son para regalo, y éstas se podrían excusar y hacer acá, y así el provecho que viene de labrar las minas se ha de procurar como cosa provechosa y no como necesaria, guardando la libertad a los indios; y esto suplico.

Paréceme que he de dar muchas gracias a Dios que este negocio se quiera poner en razón y justicia y dar el medio, habiendo venido a tanto extremo, que ninguna oblación o granjería de españoles hay para que los indios no sean compelidos a alquilarse; y si esto fuese adelante, de aquí a poco tiempo será toda esta tierra de españoles, y ninguna cosa tendrán en ella los indios ni la pueden tener, ni aun la habían menester, porque ellos se vendrán a ser jornaleros y ocuparse en trabajar en las heredades y granjerías de los españoles.

Y que si los indios han de ser compelidos a ello, sólo con el presupuesto que vuestra señoría hace, de que es necesario para sustentar el Evangelio en esta tierra, se puede justificar.

Porque quererlo justificar, como algunos quieren, en que estos reinos fuesen conquistados por justa guerra, ningún camino lleva, ni para conquistarlos hubo derecho, ni se guardó lo que se debieran guardar, según la opinión de los que tienen que se pudieran conquistar;

y aunque se guardaran, ningún derecho de servidumbre se pudiera pretender contra ellos, pues Su Majestad los tiene declarados por libres y mandado que sean tratados como los demás sus vasallos libres, y que no les sean tomadas sus haciendas, y mucho menos la libertad, que vale más que la hacienda.

Y menos se puede justificar, en decir que ellos son holgazanes y que les conviene compelerlos a trabajar, porque demás de que esto no es así y en todas las naciones hay de todo, cuando lo fuera, habíase de remediar compeliéndolos a que trabajen en sus propias haciendas, y no a que las dejasen para entender en las nuestras, o compeler a sólo los holgazanes, como Su Majestad lo tiene mandado.

Así, pues, ello se ha de justificar en sola necesidad, está claro que no pueden ser compelidos más de para aquello que fueren necesarios; y de derecho los hombres libres, aunque sean tributarios no pueden ser compelidos a hacer obras algunas, ni los labradores, como son éstos, pueden ser compelidos a venir a hacer obras en la ciudad; y aunque un hombre libre prometa de hacer obras o se alquile con otros para ello, no puede ser compelido a las hacer, y cumplirá con pagar el interés.

Y porque sería especie de servidumbre, cuanto más compeler precisamente a que las hagan el que nunca se obligó y que para ello deje sus propias granjerías en que gana más; y su mujer e hijos que no tienen otra guarda sino a él, y en lo de las minas ninguno se hallará haber sido compelido a trabajar en ellas, ni a servir a los que en ellas trabajan, sino fuese por delito en que mereciese; y así cuando le condenaban a ello se hacía siervo, y particularmente compeler a los indios serranos a que bajen a los llanos o entren en la coca, tierra caliente, donde hay probable peligro de muerte, no

se puede hacer aunque sea necesario para sustentación de la república.

Y así está determinado en derecho que en tiempo de mortandad, en el cual ninguna cosa hay que más convenga a la salud que limpiar los pueblos de cosas de mal olor, y principalmente de enterrar los muertos, ninguno puede ser compelido a ello por vil ni baja persona que sea. Y yo tengo relación que el Inga, aunque compelia a los indios a servir personalmente, jamás compelia a los serranos a bajar a los Llanos, ni a entrar a la coca, sino fuese por delito que mereciese castigo de muerte, y así menos razón hay de hacerlo en tiempo del Príncipe que tiene mandado que no sirvan personalmente, y que aunque ellos quieran, no los lleven a tierras de diferentes temples, y que sólo los holgazanes sean compelidos a ir para esto más que ocho o diez leguas de sus tierras, y se les dé jornal de la ida y vuelta.

Y si tengo que decir mi parecer libremente, no tengo por necesario, que los indios sean compelidos a alquilarse, y que creo que habría muchas maneras con que la República se pudiese sustentar mejor y a menos daño de los indios; y éstas me parecen que es justo, que se prueben primero, que se diga que es necesario compelerlos a alquilarse, cosa que no se puede hacer con hombres libres ni aun libertos. Y suplico a vuestra señoría mande advertir que no sean jornaleros éstos, para que se pueda decir que pueden ser compelidos a usar sus oficios, alquilándose, sino hombres que entienden en sus haciendas y granjerías propias; y cuando a la República conviniese, lo que más se podría hacer con ellos, es compelerlos a que labren sus tierras; de manera que haya bastimentos para los españoles y para ellos en buen precio.

Y esto sería cosa fácil, sino que dicen los españoles, que les han tomado sus tierras, que si los indios solos labrasen, no podrían ellos ganar de comer ni sustentarse, y los indios no son obligados a todo esto, sino a pagar sus tributos que pueden, y que dello Su Majestad dé salarios a los españoles, como Su Majestad lo tiene declarado en las nuevas instrucciones que ha dado para las conquistas. Y si esta orden no parece bien, podrán los indios ser compelidos a dar los salarios que fuere menester para sustentarse los prelados y religiosos y clérigos, que son necesarios para su conversión y doctrina, y los ministros de justicia, y otra persona que pareciere ser necesaria para gobernar y tener en justicia a esta tierra y hacer espaldas a los que predicán el Exangelio.

Mas suplico a vuestra Señoría se advierta que si fuese así, que esta tierra está en tanta necesidad que para sustentarse es necesario que los naturales della sean compelidos a alquilarse, por ninguna vía puede ser lícito que de tierra y gente que está en tanta necesidad lleve Su Majestad ni otra persona por él tributo para gastar en otros reinos, sino sólo que se ha de gastar en ellos, y en especial de las minas y otras obras a que los indios son compelidos a alquilarse, lo cual, como está dicho, solamente se justifica por la necesidad que hay de que esta tierra se sustente, como vuestra señoría presupuso.

Y lo que en esto se debía de haber hecho, es no consentir que hayan pasado tantos españoles a estos reinos, pues no eran necesarios, ni Su Majestad tenía en ellos con qué los poder sustentar, y que los que están con ellos desta manera fuesen compelidos a se ocupar en ejercicios en que ganasen lícitamente de comer, o se volviesen, y no se habían de consentir poblar los pobleuelos de españoles que de poco a acá se han poblado,

T. U

pues no son necesarios para sustentar esta tierra y causan muchos daños a los indios y poco provecho a los españoles; y pues sobre esto hay pleitos en la Audiencia, es fácil de remediar haciendo justicia en ellos.

Y en lo adelante, porque quitando todos los indios que se alquilan sería hacer gran mudanza, podríase mandar que para minas, ni llevar bastimentos a ellas, ni para hacer casas, ni labrar huertas, no fuese compelido indio alguno a alquilarse, y que para sembrar y coger los panes, se alquilaran los que fuesen necesarios solamente, y que él que lo tuviese alquilados, no los pudiese ocupar en otras cosas, so graves penas, y que les pagasen por cada día de trabajo dos tomines y de comer, y este respecto en otras partes, que menos inconveniente es que el trigo y maíz valga algo más de lo que vale, que compeler a los indios que se alquilen contra su voluntad.

Y pagándoles este jornal tengo entendido que no habría tanta demanda de indios, y que vendrán ellos a se alquilar de su voluntad, dando orden en que los caciques no se lo impidan; y podrá así mesmo dar orden en que los indios sean compelidos a labrar las tierras, y a entender en hacer ropa y las otras granjerías que han acostumbrado hacer. De manera que, ellos tengan bastimentos para ellos y para vender, y podránse inducir a que labren minas y hagan ingenios de azúcar y obrajes de paño y otras granjerías para ellos mesmos o en compañía de españoles, y desta manera se sustentarán las dos repúblicas con provecho de todos. Mas, querer que todo se haga y se enderece para sólo el provecho de los españoles con trabajo de los indios, no es cosa que se puede sustentar, ni vuestra Señoría ha de dar lugar a ello; y esto me parece, salvo la corrección de vuestra Señoría y de otra cualquiera que mejor lo entienda.

El Licenciado Falcón.

APENDICE

“Don José Gabriel Túpac Amaru, Cacique principal y gobernador de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca en la provincia de Tinta, en los autos seguidos por don Diego Felipe Bentancourt, sobre la descendencia de don Felipe Túpac Amaru, último Inca y señor del Perú, digo que en justicia se ha de servir vuestra alteza declarar por bastante y cumplidas las pruebas y calificaciones de la descendencia de dicho inca don Felipe de sucesor en sucesor hasta mi persona. Vuestra Alteza encontrará probada mi descendencia y entroncamiento con el citado don Felipe Túpac Amaru, último señor de estos reinos, en los instrumentos y armas genealógicas que paso a especificar.

“Por el instrumento que corre testimoniado a fojas 1, cuaderno IV, consta que Francisco de Vilela, protector de los naturales de la ciudad del Cuzco, se presentó ante aquel corregidor don Pedro de Córdova Messia del orden de Santiago, en nombre de la Coya doña Juana Pilcohuaco, mujer legítima de don Felipe Condorcanqui pidiendo se le recibiese información de ser dicha doña Juana hija natural del último inca don Felipe Túpac Amaru, nieta de don F. Manco Inca y biznieta de Huayna Capac, señores que fueron de estos reinos, y por consiguiente prima hermana de doña Beatriz Clara Coya, y prima segunda de doña María de Loyola y de don Melchor Carlos, expresando que, por haber hecho degollar a dicho Diego Felipe el Excmo. don Francisco de

Toledo, había quedado dicha Juana Pilcohuaco en casa de doña Teresa de Ordóñez, por orden de dicho señor Excmo.

“Que ésta había quedado muy niña y pobre, por no haberle dejado cosa alguna dicho don Felipe, su padre, cuando le prendieron, y que habiendo ocurrido al Excmo. señor marqués de Cañete sobre que le diese una limosna para ayuda de tomar estado, o se le hiciese merced de cincuenta fanegadas de las tierras que fueron del Inca en los contornos del Cuzco, se mandó por decreto de 19 de Diciembre de 1592 que diese información de ser hija legítima o natural del citado don Felipe Túpac Amaru, y que estando ya casado con don Diego Felipe Condorcanqui, con cinco hijos, tenía necesidad de dar información, para lo cual presentó interrogatorio con inserción de los incas sus antepasados.

“Mandáronle recibir dicha información por los corregidores, el año de 1609 la que dió con doce testigos, todos de vasto conocimiento y ciencia cierta siendo ellos españoles, caciques y principales descendientes de los mismos incas, quedando de manifiesto las afirmaciones en la misma contenida.

“Todos los dichos testigos afirman que doña Juana Pilcohuaco fué hija natural de don Felipe Túpac Amaru, último inca del Perú y sucesor de los reyes y emperadores que dominaron en estos reinos.

“Todos ellos asientan que cuando de orden del Excmo. señor don Francisco de Toledo, trajeron preso a dicho don Felipe de la provincia de Vilcabamba, trajeron también en su compañía a dicha doña Juana y a otra hermana suya, de tierna edad, su hijas naturales, que por tales las crió, trató y reconoció; y alguno de ellos añade que las traían cargadas los indios, cosa natural siendo como eran hijas de su Inca.

"Asientan que vieron degollar a dicho don Felipe en la plaza del Cuzco, en un cadalso que para ello se formó y que de orden de dicho señor Excmo. fué depositada dicha doña Juana en la casa de doña Teresa de Ordóñez, como persona principal, para que la criase, siendo de todos habida y respetada por hija natural de dicho inca Túpac Amaru, hijo de Manco Inca y nieto de Huayna Capac.

"Asientan también que, muerta doña Teresa de Ordóñez, doña Juana quedó en poder y casa de doña Feliciano de Silva, hermana de Tristán de Silva, uno de los testigos, y mujer del capitán Francisco de Grado, hasta que, muerto este último, y casada doña Feliciano con don Manuel Criado de Castilla, que fué corregidor de la provincia de Canas y Canchis, dicha doña Juana se casó en ella.

"Asientan que la segunda hija de don Felipe Túpac Amaru, llamada Isabel, murió, por lo cual la dicha doña Juana quedó por única hija del dicho don Felipe.

"Concluida esta información en que se califica la filiación de doña Juana Pilcohuaco y también la noble estirpe de don Diego Felipe Condorcanqui, su marido, se presentó a su nombre el protector de naturales don Francisco de Vilela pidiendo testimonio de ella para ocurrir al supremo gobierno a pedir tierras y rentas para mantenerse su representada con sus hijos, conforme a la calidad de sus personas tan principales, como descendientes del Inca, cuyo testimonio se les mandó dar.

"Ocurrió doña Juana al Excmo. señor Príncipe de Esquilache, virrey que fué de estos reinos, pidiendo que respecto de constar ser hija del inca don Felipe Túpac Amaru y haberle quedado cinco hijos del matrimonio que contrajo con don Diego Felipe Condorcanqui, a saber: Miguel, Felipe, Baltasar y Blas Túpac Amaru, y

doña Agueda Pilcohuaco, se le señalarán renta y tierra, y se declarase a favor de dichos sus hijos y descendientes las excepciones concedidas a otros descendientes de los incas que no eran tan inmediatos ni por su línea tan recta como ella.

“Dicho señor Excmo. declaró en tal ocasión a la expresada doña Juana Pilcohuaco por nieta de Manco Inca e hija natural de don Felipe Túpac Amaru Inca, y que como tal, ella y sus hijos debían gozar de las excepciones que S. M. manda por su reales cédulas en favor de los hijos y descendientes de los incas.

“Dió dicha información el señor Virrey Príncipe de Esquilache, quien por cédula de 25 de julio de 1619, hizo merced a doña Juana y a doña Agueda, su hija de cierto número de indios para su servicio, a la vez que ordenó que de las tierras, vacas y baldíos existentes en la provincia de Canchis se les asignase las necesarias para el sustento de ella y sus hijos.

“Esta orden se cumplió bajo el gobierno del Excmo. don Luis de Velazco, con cuyo motivo se asignó a don Diego Felipe Túpac Amaru tierras y mercedes en las que se mantuvo doña Juana y en que se han mantenido sus descendientes quieta y pacíficamente como lo estoy yo que soy a la fecha el último representante poseedor.

“De los hijos que tuvo doña Juana Pilcohuaco en su matrimonio con don Diego Felipe Condorcanqui, sólo quedó en don Blas, que llevó la sucesión adelante y fué cacique de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca, y en quien recayeron las tierras y mercedes de doña Juana Pilcohuaco, su madre.

“Dicho don Blas, del matrimonio que contrajo con doña Francisca Torres, tuvo por sus hijos a don Bartolomé Túpac Amaru, a don Sebastián, a don Agustín y a doña Juana Pilcohuaco.

"De éstos don Bartolomé fué cacique principal y gobernador del pueblo de Surimana y, en atención a su noble estirpe gozó del privilegio de "poder traer y ceñir espada y daga".

"Falleció sin poder dejar sucesión del matrimonio que contrajo con doña Catalina Quipisica, por cuya razón le sucedió en el cacicazgo, tierras y mercedes concedidos a los hijos y descendientes de doña Juana Pilcohuaco, hija del último inca don Felipe Túpac Amaru, su hermano segundogénito don Sebastián.

"Este casó con doña Catalina del Camino, de cuyo matrimonio tuvo los siguientes hijos: Miguel Túpac Amaru, Marcos, Micaela y Antonio.

"Dicho don Miguel, como hijo mayor sucedió en el cacicazgo y en el goce de las tierras y mercedes anexas a él.

"Casó de primer matrimonio con doña Rosa Noguera, de quien tuvo por hijo a don Clemente, que falleció, y a mí, José Gabriel, que por su muerte y como hijo mayor sobreviviente, sucedí en los derechos del cacicazgo y tierras anexas, aunque el citado Miguel, mi padre, del segundo matrimonio que contrajo con doña Ventura Monferraz (1), dejó otros hijos.

"A su fallecimiento, yo quedé en menor edad y durante ella fueron caciques interinos don José Noriega (2), mi tío, y don Marco Túpac Amaru, asimismo mi tío.

"Puesto ya en edad competente, contraí matrimonio con doña Micaela Bastidas y con ésta me presenté al corregidor don Pedro Muñoz de Arcona en 25 de octubre de 1775, pidiendo se me declarase por cacique, como a legítimo sucesor, de los pueblos Surimana, Pam-

(1) El verdadero nombre es Ventura Monjarras.

(2) Es José Noguera y no José Noriega.

pamarca y Tungasuca, y corridas las diligencias correspondientes de información, partidas de bautismo y casamiento, con general aclaración de los pueblos calificué dicha sucesión como hijo legítimo de don Miguel, nieto de don Sebastián, biznieto de don Blas y tercer nieto de don Felipe Condorcanqui, y de la Coya doña Juana Pilcohuaco, hija del último inca don Felipe Túpac Amaru, en cuya conformidad obtuve el cacicazgo de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca, que actualmente poseo".

LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS DE HISTORIA AMERICANA

Un pequeño grupo de peruanos, con mucha voluntad y sin ninguna mira mercantil, ha emprendido la seria labor de editar una serie de tomos, bajo el rubro general: "LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS DE HISTORIA AMERICANA".

Esta Colección tiene como base documentos inéditos, y en ella se dará preferencia a los que tratan de los hechos revolucionarios, por la Independencia del Perú, desde el año de 1535 a 1815, en los que figuran héroes aborígenes, olvidados o desconocidos totalmente.

Si hemos glorificado, con justicia, a los grandes hombres que, aunque no nacidos en el Perú, lucharon por nuestra Independencia definitiva; ¿por qué no recordamos a nuestros héroes autóctonos, que fueron y son los legítimos gestores de nuestra Independencia?... ¡Los pueblos que no glorifican a sus héroes, no son dignos de ellos!

Para lograr nuestro propósito, contamos con más de VEINTE Y SIETE MIL PAGINAS FOTOCOPIADAS de manuscritos históricos e inéditos, procedentes de los archivos españoles, y además copias de CIENTO TREINTA PLANOS Y MAPAS del siglo XIV al siglo XVII, referentes al Perú, y de la misma procedencia. Poseemos así mismo copias de manuscritos antiguos de nuestros archivos nacionales.

Dentro del programa que se ha trazado la Asociación Editora "LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS DE HISTORIA AMERICANA" está incluida la reimpresión de obras referentes al Perú, raras y de gran importancia. Y editaremos también trabajos inéditos de autores peruanos, cuyas tesis sean novedosas y de alto interés histórico.

Nuestras publicaciones no se interrumpirán, mientras reciban la acogida del público que esperamos alcanzar, teniendo en cuenta nuestros esfuerzos en pro de un patriotismo entusiasta y eficiente.

No obstante el pequeño formato de los tomos de nuestra Colección, el texto de cada uno siempre es mayor que otros más grandes con igual número de páginas. Menos papel, pero mayor contenido.



Librería e Imprenta D. Miranda — Azángaro 

Precio de este ejemplar: S/o. 9.00 m/n.

Para el extranjero, en paquete certificado: \$ 1.00 dollar



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3023551085

0 5917 3023551085